

Colla Barroal Biblioteca Formosa

## Miranda July

Nadie es más de aquí que tú





- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- [notes](#)

- -
-

Miranda July

**Nadie  
es más de aquí  
que tú**

*Para Julia Bryan-Wilson*

## El patio común

Es algo que aún tiene su importancia, aunque sucediese cuando él estaba inconsciente. Tiene una doble importancia, ya que una mente consciente comete errores con frecuencia, se enamora de la persona equivocada. Pero allá abajo, en el pozo, donde no hay luz, sino tan sólo un agua milenaria, un hombre no tiene motivos para cometer errores. Dios dice: Hazlo, y lo hace. Ámala, y la ama. Ese hombre es mi vecino. Es de ascendencia coreana. Se llama Vincent Chang. No practica hapkido. Cuando se dice «coreano», hay gente que automáticamente piensa en el maestro surcoreano de hapkido de Jackie Chan, el Gran Maestro Kim Jin Pal. Yo pienso en Vincent.

*¿Qué ha sido lo más aterrador que te ha pasado en la vida? ¿Algo relacionado con un coche? ¿Algo que te ocurrió en un barco? ¿Lo provocó acaso un animal? Si contestas afirmativamente a alguna de estas preguntas, no me sorprende en absoluto. Los accidentes de coche, el hundimiento de barcos y los animales son espeluznantes. Hazte un favor y aléjate de todo eso.*

Vincent tiene una mujer que se llama Helena. Una griega con el pelo rubio. Rubio teñido. Quería ser educada y no mencionar que se lo tiñe, pero estoy segura de que a ella no le importará que se sepa. De hecho, creo que le gusta ir de teñida, con las raíces en su color natural. Supongamos que ella y yo fuésemos amigas íntimas. Supongamos que me prestase su ropa y me dijese: A ti te sienta mejor que a mí. Deberías quedártela. Supongamos que me llamase un día, llorando, y tuviese que ir a su casa y tranquilizarla en la cocina y que, cuando Vincent se dispusiera a entrar, le gritásemos: ¡Fuera de aquí! ¡Ésta es una conversación de mujeres! Una vez vi algo parecido en la tele. Eran dos mujeres que hablaban de ropa interior robada y, cuando un hombre entró en la habitación, le gritaron: ¡Fuera de aquí! ¡Ésta es una conversación de mujeres! Una de las razones por las que Helena y yo no podremos ser nunca amigas íntimas es porque ella es aproximadamente el doble de alta que yo. La gente suele arrimarse a los de su misma altura, ya

que resulta más cómodo para el cuello. A no ser que se mantenga una relación amorosa, en cuyo caso la diferencia de altura constituye un factor erótico. Es decir: Estoy deseando con todas mis fuerzas romperme el cuello por ti.

*Si estás triste, pregúntate por qué estás triste. Después descuelga el teléfono y llama a cualquiera y dale la respuesta a esa pregunta. Si no conoces a nadie, llama a un operador y se la cuentas, tanto si es un hombre como una mujer. La mayor parte de la gente no sabe que los operadores tienen la obligación de escuchar. Lo manda la ley. El cartero no puede entrar en tu casa, pero puedes hablarle en cualquier lugar público durante un máximo de cuatro minutos o bien hasta que él decida irse, ya ocurra antes una cosa u otra.*

Vincent estaba en el patio común. Voy a contar lo del patio. Es una zona común. Si te fijas, llegarás a la conclusión de que el patio es sólo de Vincent y de Helena, porque la puerta trasera de su casa da a él. Pero, cuando me mudé aquí, el casero me dijo que el patio podía usarlo tanto el inquilino del apartamento de arriba como el de abajo. Yo vivo en el de arriba. Me dijo: No te dé reparo usarlo. Tú pagas la misma renta que los de abajo. Lo que no sé con seguridad es si les dijo a Vincent y a Helena que se trataba de un patio común. He tratado de dejar claro que ese patio también es de mi propiedad desperdigando alguna que otra cosa por allí, como por ejemplo mis zapatos. Una vez colgué una bandera de Pascua. También intento pasar en el patio el mismo tiempo que ellos. De esa manera, sé que cada uno de nosotros le saca provecho. Cada vez que los veo allí, lo señalo con una pequeña marca en el almanaque. En cuanto no hay nadie en el patio, me siento allí. Y tacho en el almanaque el día en que lo ocupo yo. En ocasiones, me rezago y, a finales de mes, tengo que sentarme muchas veces en el patio para ponerme al día.

Vincent estaba en el patio común. Voy a hablar de Vincent. Es un ejemplo de Nuevo Hombre. Puede que hayas leído un artículo sobre los Nuevos Hombres publicado el mes pasado en la revista *True*. Los Nuevos Hombres son más conscientes de sus sentimientos que las mujeres, y lloran. Quieren tener hijos, anhelan dar a luz. De modo que cuando lloran es porque no pueden hacer tal cosa, y no pueden hacerla porque no tienen

ningún sitio por donde pueda salir un bebé. Los Nuevos Hombres lo único que hacen es dar: lo dan todo. Vincent es así. Una vez lo vi dándole a Helena un masaje en el patio común. Algo de lo más irónico, ya que si hay alguien que necesite un masaje, ése es Vincent. Padece un tipo leve de epilepsia. Me lo dijo el casero, como medida de precaución, cuando me mudé aquí. A menudo, los Nuevos Hombres son un poco blandos. Además, Vincent es diseñador, una profesión muy propia del Nuevo Hombre. Me lo dijo un día en que coincidimos al salir del edificio. Es diseñador gráfico de una revista llamada *Punt*. Se trata de una casualidad infrecuente, ya que soy la jefa de sección de una imprenta en la que entre otras cosas imprimimos revistas. No hacemos *Punt*, pero imprimimos una revista que también empieza por «p», *Positive*. En realidad, se trata más bien de un boletín informativo para los afectados por el VIH.

*¿Estás mosqueado? Líate a puñetazos con una almohada. ¿Te has quedado satisfecho? Ni pizca. Hoy en día la gente está demasiado mosqueada para limitarse a dar puñetazos. Lo que deberías intentar es apuñalar. Coge una almohada vieja y llévatela al jardín. Apuñálala con un gran cuchillo afilado. Una y otra vez. Con fuerza, para que la punta del cuchillo llegue hasta la hierba. Apuñálala hasta que la destroces, hasta que lo que estés apuñalando sea la tierra, una y otra vez. Como si quisieras matarla por seguir girando, como si te vengaras de ella por tener que vivir en este planeta día tras día, solo.*

Vincent estaba en el patio común. Yo me había rezagado a la hora de usar el patio, así que me alarmé un poco al ver que él estaba allí a esas alturas del mes. Entonces se me ocurrió una idea: podía sentarme con él. Me puse unas bermudas, unas gafas de sol y me embadurné de bronceador. Aunque estábamos en octubre, seguía sintiéndome veraniega. Tenía en mente una estampa veraniega. Sin embargo, la verdad sea dicha, era un día muy ventoso y no tuve más remedio que subir al apartamento para coger un jersey. Unos minutos más tarde, volví para ponerme unos pantalones largos. Por fin, me senté junto a Vincent en nuestro patio común, observando cómo el bronceador se me filtraba a través de los pantalones. Me dijo que siempre le había gustado el olor de la crema bronceadora. Se trataba de una manera muy elegante de hacerse cargo de mi situación. Un hombre que sabe ser



elegante: así se comporta el Nuevo Hombre. Le pregunté cómo iban las cosas en *Punt* y me contó una anécdota muy graciosa sobre una errata. Como nos dedicamos a lo mismo, no tuvo que aclararme que una errata es un error tipográfico. Si Helena hubiese salido al patio, habríamos tenido que dejar de hablar en nuestra jerga laboral para que nos entendiera. Pero no salió porque aún estaba en el trabajo. Es la auxiliar de un médico, que viene a ser lo mismo -o tal vez no- que enfermera.

Le formulé a Vincent más preguntas y sus respuestas se hicieron cada vez más largas, hasta que alcanzaron una especie de altitud de crucero, con lo que ya no tuve que preguntarle nada: él peroraba por su cuenta. Fue algo inesperado, algo así como encontrarse trabajando de repente durante un fin de semana. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué fue de mis vacaciones en Roma? ¿Dónde estaba mi americano en París? Era más de lo mismo: un americano en América. Al final, dejó de hablar y se puso a mirar el cielo con los ojos entrecerrados. Supuse que trataba de construir para mí la pregunta perfecta, una pregunta fantástica que tendría que responder echando mano de todo lo que sabía sobre mí misma, sobre mitología y sobre este valle de lágrimas. Pero sólo hizo aquella pausa para recalcar que lo que me había contado sobre el diseño de la cubierta no fue culpa suya. Después, por fin, me preguntó algo. Y la pregunta que me hizo fue: ¿Creía yo que era culpa suya, basándome en todo lo que acababa de contarme? Miré al cielo para comprobar lo que se sentía al hacerlo. Fingí que me tomaba una pausa antes de responderle sobre el secreto sentimiento de alegría que escondía en mi pecho, esperando, esperando y esperando a que alguien se diera cuenta de que me levanto cada mañana, aparentemente sin motivo alguno por el que vivir, pero que, aun así, me levanto, y sólo lo hago por esa secreta alegría, el amor divino que late dentro de mi pecho. Bajé la mirada del cielo, la dirigí a sus ojos y le contesté: No fue culpa tuya. Le perdoné por lo de la cubierta y por todo lo demás. Por no ser todavía un Nuevo Hombre. Entonces se hizo un silencio. No me preguntó nada más. Yo seguía feliz por estar sentada junto a él, pero sólo porque espero muy poco, por no decir nada, de la mayoría de la gente, y en aquel momento comprendí que él había entrado en lo que yo denomino la Mayoría de la Gente. Entonces se desplomó hacia adelante. Con un movimiento repentino, se inclinó al frente, adquiriendo una postura inhumana, y así se quedó. Aquel comportamiento no era el esperable de la Mayoría de la Gente, ni tampoco de los Nuevos Hombres. Se trataba de algo que puede que hagan

los ancianos, los que ya tienen una edad. Le dije: Vincent. Vincent. Grité: ¡Vincent Chang! Pero él seguía inclinado hacia delante, en silencio, con el mentón casi rozándole las rodillas. Me arrodillé y le miré a los ojos. Los tenía abiertos, pero cerrados igual que una tienda cerrada, con su aire fantasmal, con todas las luces apagadas. Con las luces apagadas, en aquel momento pude apreciar lo luminoso que había estado un momento antes, incluso en su demostración de egotismo. Y me pareció que tal vez la revista *True* se había equivocado. Quizá los Nuevos Hombres no existen. Quizá sólo existen los vivos y los muertos, y todos aquellos que están vivos son tal para cual y no se diferencian entre sí. Lo empujé hacia atrás para enderezarlo. No sabía nada de epilepsia, pero me imaginé que le darían más sacudidas. Le retiré el pelo de la cara. Le puse la mano debajo de la nariz y noté que respiraba tranquila y pausadamente. Apreté los labios contra su oreja y volví a susurrar: No es culpa tuya. Quizá sea eso lo único que siempre he querido decirle de verdad a alguien, y que alguien me lo dijera.

Acerqué la silla y apoyé mi cabeza en su hombro. Y, aunque estaba muy asustada por tener que hacerme responsable de aquel ataque epiléptico, me quedé dormida. ¿Por qué hice algo tan arriesgado y tan fuera de lugar? Me gustaría creer que no lo hice, que en realidad me lo hicieron a mí. Pero me dormí y soñé que, mientras nos besábamos, Vincent deslizaba las manos con lentitud y las hacía ascender por mi camisa. Podría incluso decir que noté la pequeñez de mis pechos por la manera en que tenía que curvar las palmas de sus manos. Unos pechos más grandes habrían necesitado un ángulo menos agudo. Me los agarraba como si hubiese deseado hacerlo durante mucho tiempo y, de repente, vi todo con claridad. Me amaba. Era una persona complicada, con emociones volátiles, algunas de ellas espirituales, otras atormentadas de una manera más profana, y ardía en deseos por mí. Aquel complicado ser en llamas era mío. Le agarré la cara acalorada y le hice la pregunta del millón:

Y Helena, ¿qué?

No pasa nada, porque ella pertenece a la profesión médica. En ese gremio están obligados a hacer lo que sea mejor para la salud.

Llevas razón. El juramento hipocrático.

Se entristecerá, pero no se interpondrá entre nosotros por fidelidad al juramento.

¿Te mudarás a mi piso?

No. Tengo que seguir viviendo con Helena. Se lo prometí.

¿Te refieres a tus votos matrimoniales? Y el juramento, ¿qué?

No habrá problema. Todo eso no es nada comparado con lo nuestro.

¿La has amado alguna vez de verdad?

No. La verdad es que no.

¿Y a mí?

Sí.

¿Aunque no sea estilosa?

¿Qué dices? Tú eres perfecta.

¿Te has dado cuenta de que soy perfecta?

Aprecio la perfección en todo lo que haces. Te observo cuando te sientas en el borde de la bañera para lavarte el culo antes de acostarte.

¿Me ves hacer eso?

Todas las noches.

Lo hago por si acaso.

Lo sé. Pero nadie te penetrará nunca en tus sueños.

¿Cómo puedes asegurarlo?

Porque siempre te observo.

Creía que tendría que esperar hasta morirme para que me pasara esto.

De ahora en adelante, soy todo tuyo.

¿Pase lo que pase? Incluso cuando estés con Helena y yo sea sólo la bajita del piso de arriba, ¿seguiré siendo tuya?

Sí. Esto es algo entre nosotros dos, incluso si nunca más volviésemos a hablar del asunto.

No puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad.

Y, acto seguido, allí estaba Helena, zarandeándonos. Pero Vincent continuaba dormido y yo me preguntaba si estaba muerto y, si así fuese, si me había dicho todo aquello durante el sueño antes o después de fallecer, y cuál de ambas opciones era más auténtica. Aparte de eso, ¿era yo una asesina? ¿Me detendrían por negligencia? Levanté la vista hacia Helena. Era un enjambre en movimiento dentro de su ropa de auxiliar médico. Todo aquel movimiento me mareó. Cerré los ojos, y estaba ya casi a punto de reingresar en el sueño cuando Helena me gritó: ¿Cuándo empezó el ataque? Además de: ¿Por qué cono estabas dormida? Pero ya le comprobaba las constantes vitales con ostentosa profesionalidad. Cuando me miró por segunda vez, comprendí que no tenía que contestarle aquellas preguntas, porque, sin saberlo, me convertí en su auxiliar: la auxiliar de la auxiliar de un médico. Me ordenó que fuera lo más rápido posible a su apartamento

para coger una bolsa de plástico que había encima del frigorífico. A la carrera, y con una sensación de agradecimiento, entré en la casa y cerré la puerta.

El apartamento estaba muy silencioso. Crucé la cocina de puntillas y apreté la cara contra el congelador, aspirando los olores complejos de aquellas vidas. Había algunas fotografías de niños en la puerta del frigorífico. Tenían amigos, y esos amigos habían dado origen a más amigos. Nunca había visto nada tan íntimo como las fotografías de aquellos niños. Quería alargar la mano y coger la bolsa de plástico que había encima del frigorífico, pero a la vez quería mirar a cada uno de aquellos niños. Uno se llamaba Trevor, e iba a celebrar su fiesta de cumpleaños ese sábado. *¡Por favor, venid!*, rezaba la invitación. *¡Vamos a flipar como las ballenas!* Y la invitación era la imagen de una ballena. Era una ballena auténtica, una fotografía de una ballena de verdad. Examiné sus diminutos y sabios ojos y me pregunté dónde se encontraría en aquel momento. ¿Estaría viva y nadando, o habría muerto hacía ya mucho tiempo, o se encontraría moribunda en ese preciso instante? Cuando muere una ballena, va cayendo al fondo del mar muy lentamente, y tarda un día entero en hacerlo. Los demás peces la ven caer, como si fuera una estatua gigante o un edificio, pero lentamente, muy lentamente. Centré mi atención en aquel ojo. Trataba de meterme en su interior, de llegar hasta la ballena de verdad, la ballena moribunda, y susurré: No es culpa tuya.

Helena entró por la puerta trasera y dio un portazo. Fugazmente, apoyó su pecho contra mi espalda para alcanzar la bolsa. Volvió a salir en un visto y no visto. Me di la vuelta y me quedé mirándola por la ventana de la cocina. Estaba poniéndole a Vincent una inyección. Él volvía en sí. Ella lo besaba y él se masajeaba el cuello. Me preguntaba qué recordaría. Helena se sentó en su regazo y le abrazó la cabeza. No me miraron cuando pasé por delante de ellos.

Lo más interesante de *Positive* es que nunca hace mención alguna al VIH. Si no fuese por la publicidad -Retrovir, Sustiva, Viramune-, podría pensarse que es una revista que trata de cómo sentirse bien, de cómo mantener una actitud positiva ante las cosas. Por esa razón, es mi revista preferida. Todas las demás te levantan el ánimo para acabar machacándote. Pero los redactores de *Positive* comprenden que ya nos han machacado demasiadas veces y que, a estas alturas, no hay necesidad de no superar un test titulado «¿Eres muy sexy o sólo así así?». *Positive* publica unas listas

de recomendaciones para ayudar a sentirse mejor, algo similar a los famosos «Consejos de Heloise» que aparecen en la revista *Good Housekeeping* para uso de las amas de casa tradicionales. Esas listas parecen fáciles de confeccionar, pero ése es el espejismo de todo buen consejo. El sentido común y la verdad deberían ser anónimos, deberían estar escritos por el tiempo mismo. En realidad, es muy difícil escribir algo que haga sentirse mejor a los enfermos terminales. Y *Positive* tiene normas: no se puede plagiar un consejo de la Biblia ni de un libro zen. Quieren textos originales. Hasta la fecha, no han aceptado ninguna de mis propuestas, pero creo que voy acercándome.

*¿Tienes dudas acerca de la vida? ¿No estás seguro de si merece la pena vivir? Mira el cielo: está ahí para ti. Fíjate en la cara de las personas cuando caminas por la calle: esas caras están ahí para ti. Y las calles mismas, y la tierra que hay debajo de las aceras, y la bola de fuego que hay debajo de la tierra: todo eso es para ti. Son tan tuyas como del resto de la gente. Recuerda esto cuando te levantes por la mañana y pienses que no tienes nada. Levántate y ponte de cara al este. Da gracias por el cielo y da gracias por la luz que hay dentro de cada persona que vive bajo el cielo. Está bien sentirse inseguro. Pero da las gracias, da las gracias, da las gracias.*

## El equipo de natación

Ésta es la historia que jamás te hubiese contado cuando era tu novia. No hacías más que preguntarme, machaconamente, y tus conjeturas resultaban muy morbosas y concretas. ¿Era yo una mantenida? ¿Era Belvedere igual que Nevada, donde la prostitución es legal? ¿Me pasé desnuda todo un año? Daba la impresión de que la realidad empezaba a ser un territorio estéril. Y me di cuenta a tiempo de que si la verdad no tenía sentido, con toda probabilidad no sería tu novia durante mucho más tiempo.

Nunca había tenido intención de vivir en Belvedere, pero no podía soportar la idea de tener que pedir dinero a mis padres para irme a otro sitio. Todas las mañanas me asustaba recordar que vivía sola en aquella ciudad que ni siquiera era una ciudad, de lo pequeña que era. Sólo había unas casas en torno a una gasolinera y, a unos dos kilómetros, carretera abajo, una tienda. Eso era todo. No disponía de coche. Tampoco de teléfono. Tenía veintidós años y les escribía a mis padres todas las semanas para contarles patrañas sobre mi trabajo en un programa llamado LEER, consistente en leerles a jóvenes problemáticos. Les decía que era un programa piloto pagado con fondos públicos. Nunca decidí qué había detrás de las siglas LEER, pero, cada vez que escribía «programa piloto», me asombraba de mi habilidad para encontrar ese tipo de expresiones. Otra muy buena fue «intervención primaria».

Esta historia no será muy larga, ya que lo asombroso de aquel año fue que casi no pasó nada. Los vecinos de Belvedere creían que me llamaba María. Nunca les dije que aquél era mi nombre, pero, por alguna razón que desconozco, empezaron a llamarme así, y la tarea de decirles a los tres únicos vecinos mi nombre verdadero era algo que me agobiaba. Aquellas tres personas se llamaban Elizabeth, Kelda y Jack Jack. No sé por qué duplicaban el nombre de Jack, y tampoco estoy del todo segura con respecto al nombre de Kelda, pero era así como me sonaba, y ése era el

sonido que yo reproducía cuando me dirigía a ella. Los conocí porque les di clases de natación. Éste es el verdadero meollo de mi historia, porque cerca de Belvedere no había ningún sitio donde poder nadar; por no haber, no había ni piscina. Un día comentaban ese asunto en la tienda y Jack Jack, que ahora debe de estar muerto porque ya era un hombre muy viejo en aquel entonces, dijo que de todas formas aquello no le importaba en absoluto, ya que él y Kelda no sabían nadar, de modo que lo más probable era que se ahogasen. Elizabeth era prima de Kelda, me parece. Y Kelda era la mujer de Jack Jack. Los tres tenían más de ochenta años, por lo menos. Elizabeth dijo que ella había nadado mucho durante un verano en que fue a visitar a una prima suya (es evidente que no se trataba de su prima Kelda). La única razón por la que me sumé a la conversación fue que Elizabeth afirmaba con mucha seriedad que había que respirar debajo del agua para nadar.

Eso no es verdad, grité. Aquéllas fueron las primeras palabras que pronuncié en voz alta desde hacía varias semanas. El corazón me palpitaba igual que cuando le pides a alguien que salga contigo. Lo que hay que hacer es contener la respiración.

Elizabeth pareció enfadarse, aunque luego me aseguró que sólo estaba bromeando.

Kelda dijo que a ella le daría mucho miedo contener la respiración porque tuvo un tío que murió por contener demasiado la respiración en un concurso que se llamaba «Aguanta la Respiración».

Jack Jack le preguntó si se creía de verdad lo que acababa de decir y Kelda respondió: Sí. Claro que sí. Y Jack Jack le dijo: Tu tío murió de un derrame cerebral. Kelda, no sé de dónde sacas esas historias.

Después de aquello, los cuatro nos quedamos callados. En realidad, estaba disfrutando de aquella compañía y deseé que la conversación continuase. Cosa que ocurrió porque Jack Jack me dijo: De modo que sabes nadar.

Les conté que había formado parte de un equipo de natación en el instituto, y que incluso llegué a competir a nivel estatal, hasta que una escuela católica, la Bishop O'Dowd, nos derrotó. Parecía que estaban muy pero que muy interesados en mi historia. Yo ni siquiera la había considerado nunca una historia, aunque, en aquel momento, me di cuenta de que era en realidad una historia muy apasionante, llena de dramatismo y de cloro, además de otras cosas que Elizabeth, Kelda y Jack Jack desconocían de

primera mano. Fue Kelda la que dijo que le gustaría que hubiese una piscina en Belvedere, ya que no cabía duda de que eran muy afortunados al tener una entrenadora de natación viviendo allí. Yo no había dicho que fuese entrenadora, pero supe a lo que se refería. Era una pena.

Entonces sucedió algo extraño. Bajé la mirada a mis zapatos y vi el suelo marrón de linóleo. Mientras pensaba que estaría dispuesta a apostarme lo que fuese a que aquel suelo no había sido limpiado desde hacía un millón de años, sentí, de repente, que estaba muriéndome. Pero en vez de morir, dije: Puedo enseñarles a nadar. Y no necesitamos una piscina.

Nos reuníamos dos veces por semana en mi apartamento. Cuando llegaban, yo ya tenía preparadas tres palanganas de agua caliente alineadas en el suelo, y una cuarta enfrente, la de la entrenadora. Añadía sal al agua, ya que, según parece, es saludable inhalar agua caliente con sal, y supuse que de manera accidental algo inhalarían. Les indiqué cómo tenían que colocar la nariz y la boca en el agua y cómo respirar de lado. Después les enseñé a mover las piernas y, por último, los brazos. Reconozco que aquéllas no eran las circunstancias idóneas para aprender a nadar, pero les expliqué que ése era el método de entrenamiento que empleaban los nadadores olímpicos cuando no tenían una piscina a mano. Sí, sí, ya lo sé, era una mentira, pero necesitábamos esa mentira porque éramos cuatro personas tendidas en el suelo de una cocina, pateando con estrépito como si estuviésemos enfadados, furiosos, como si estuviésemos decepcionados y frustrados y no nos diera miedo exteriorizarlo. La disciplina de la natación había que imponerla con firmeza para crearles la sugestión de que estaban dentro del agua. A Kelda le llevó varias semanas aprender a colocar la cara. Le decía: ¡Muy bien, muy bien! Contigo vamos a probar con una tabla flotadora. Y le di un libro. Kelda, es muy normal tenerle respeto a la palangana. Es la manera que tiene el cuerpo de decirte que no quiere morir. Y ella contestaba: No me lo dice.

Les enseñé todos los estilos de natación que sabía. El estilo mariposa era sencillamente increíble, lo nunca visto. Creí que el suelo de la cocina cedería, que se convertiría en una superficie líquida y que se llevaría a los tres, con Jack Jack a la cabeza. Era un alumno precoz, por no decir otra cosa. Cruzaba todo el suelo, con la palangana de agua salada y todo. Después de emprender una carrera hasta el dormitorio, volvía a la cocina agotado, sudoroso y lleno de polvo. Kelda, mientras sostenía el libro con ambas manos, levantaba la vista, le miraba y le sonreía satisfecha. Nada



hacia mí, le decía él. Pero ella estaba demasiado asustada. En verdad, se requiere una fuerza extraordinaria para nadar fuera del agua.

Yo era de esa clase de entrenadores que, en lugar de sumergirse, permanecen junto a la piscina, pero estaba ocupada en todo momento. Puedo decirlo sin temor a resultar presuntuosa: era yo la que estaba allí *en vez del agua*. Estaba pendiente de todo. Les hablaba constantemente, igual que un entrenador de aeróbic, y tocaba el silbato a intervalos exactos para indicarles el límite de la piscina. Se daban la vuelta al unísono y nadaban en dirección contraria. Una vez que a Elizabeth se le olvidó usar los brazos, le grité: ¡Elizabeth! ¡Tienes los pies levantados, pero se te está hundiendo la cabeza! Y, como loca, empezó a dar brazadas, nivelándose enseguida. Con mi meticuloso y comunicativo método de entrenamiento, todas las zambullidas empezaban de manera perfecta, manteniendo el equilibrio sobre mi escritorio, y terminaban con un barrigazo sobre la cama. Pero eso sólo lo hacíamos por seguridad. Aun así, se trataba de una inmersión, de despojarse del orgullo mamífero y aprovechar la gravedad. Elizabeth agregó una regla que consistía en que todos teníamos que emitir un ruido cuando nos tirábamos. Era una regla demasiado creativa para mi gusto, pero yo estaba abierta a las innovaciones. Quería ser ese tipo de monitor que aprende de sus alumnos. Kelda hacía el ruido de un árbol al caer, en el caso de que aquel árbol perteneciese al género femenino. Elizabeth hacía «ruidos espontáneos» que siempre sonaban idénticos, y Jack Jack decía: ¡Soltad las bombas! Al final de la clase, nos secábamos. Jack Jack me estrechaba la mano y Kelda o Elizabeth me dejaban algo de comida casera: un guiso o unos espaguetis. Ése era el trueque, y resultaba tan ventajoso que no tuve necesidad de buscarme otro trabajo.

Eran dos horas a la semana, pero el resto de mi tiempo estaba supeditado a esas dos horas. La mañana de los martes y de los jueves me levantaba y pensaba: Práctica de natación. Las demás mañanas, me levantaba y pensaba: Hoy no hay práctica de natación. Cuando me encontraba a alguno de mis alumnos por el pueblo -es decir, en la gasolinera o en la tienda-, les preguntaba algo así como: ¿Has practicado para tirarte en picado? Y me contestaba: ¡Estoy en ello, entrenadora!

Sé que te resultará difícil imaginarme como alguien a quien llaman «entrenadora». En Belvedere tenía una identidad muy diferente, por eso me resultaba tan difícil hablarte de aquello. Allí nunca tuve novio. No me dediqué al arte, no me sentía en absoluto artística. Era una especie de

deportista. Era toda una deportista: era la entrenadora de un equipo de natación. De haber creído que eso te hubiese interesado de verdad, te lo habría contado mucho antes, y quizás aún estaríamos saliendo juntos. Han pasado tres horas desde que me tropecé contigo en la librería en la que estabas con la mujer del abrigo blanco. ¡Qué abrigo tan fabuloso! Se ve a las claras que eres muy feliz y que por fin te sientes del todo realizado, aunque hayan pasado tan sólo dos semanas desde que rompimos. No estaba del todo segura de que hubiésemos terminado nuestra relación hasta que te vi con ella. Me pareciste increíblemente lejano, como alguien que se halla al otro lado de un lago. Un punto tan pequeño que no podría acertar a decir si era femenino o masculino, joven o viejo. Tiene gracia. Esta noche, a quien echo de menos es a Elizabeth, a Kelda y a Jack Jack. De una cosa estoy segura: están muertos. Qué sentimiento tan triste. Debo de ser la entrenadora de natación más triste de toda la historia.

# Majestad

No soy de esa clase de personas a las que les interesa la familia real inglesa. He entrado en chats atestados de esa clase de personas, y son gente que tiene un mundo muy pequeño, gente que no piensa a largo plazo y a la que no le interesa lo que ocurre en su propia nación porque está demasiado ocupada en pensar en la familia real de otro país. El vestuario real, los cotilleos en torno a la realeza, las malas rachas, especialmente las malas rachas que padece esa familia real en concreto. A mí sólo me interesaba el muchacho. El mayor. Hubo una época en que ni siquiera sabía su nombre. Si alguien me hubiese enseñado una fotografía suya, habría adivinado quién era, pero no habría sabido decir su nombre, ni su peso, ni sus aficiones, ni los nombres de las chicas que asistían a aquella universidad mixta en la que él estudiaba. Si hubiese un mapa del sistema solar que, en vez de mostrar las estrellas, mostrase la gente y sus grados de separación, mi estrella sería la que estaría más separada, a años luz, de la de él. Te morirías en el intento de llegar a él. Sólo podrías esperar que los hijos de tus nietos llegasen a él. Pero no sabrían qué hacer, no sabrían cómo retenerlo. Y él estaría muerto. Lo sustituiría el guapo y fornido hijo de su bisnieto. Todos sus hijos constituirán una familia real hermosa y fornida, y mis hijas serán mujeres de mediana edad que trabajen para una entidad sin ánimo de lucro y que adiestren al vecindario ante la eventualidad de un terremoto. Cada uno de nosotros procede de un extenso linaje de gente destinada a no conocerse nunca entre sí.

Durante toda mi vida he tenido el mismo sueño. Es lo que llaman un sueño recurrente. Siempre termina igual. Salvo aquel 9 de octubre de 2002. El sueño empezó de la manera habitual: una tierra en la que el cielo está muy bajo y en la que sus habitantes se ven obligados a arrastrarse, apoyándose en las manos y las rodillas. Pero aquel día me di cuenta de que toda la gente que estaba a mi alrededor mantenía relaciones sexuales como consecuencia de tener que vivir horizontalmente. Estaba furiosa y hacía todo lo posible por separar a las parejas, pero estaban pegadas como si

fuesen escarabajos en pleno apareamiento. Entonces, de repente, lo vi. Will. En el sueño, reconocí que se trataba de una celebridad, pero no sabía con exactitud quién era. Me sentí muy avergonzada porque sabía que él siempre estaba rodeado de guapas jovencitas y porque con toda probabilidad nunca en su vida había visto a nadie que se pareciese a mí. Pero, poco a poco, fui percatándome de que me subía la parte trasera de la falda y que acurrucaba su cara en mi culete. Lo hacía porque me amaba. Era un tipo de amor que nunca imaginé que fuera posible. Y entonces me desperté. Así era como terminaban siempre mis historias en el colegio: *¡Y entonces me desperté!* Pero aquél no fue el final, porque, justo cuando abrí los ojos, pasó por delante de mi casa un coche con la música a todo volumen. Era un tipo de música que por norma general odio, y en este instante pienso que debería estar prohibida, pero aquella canción en concreto era hermosa. Decía algo así como: «Todo lo que necesito es un milagro, todo lo que necesito eres tú.» Lo cual se ajustaba al sentimiento que me había provocado el sueño. Me levanté de la cama y, como si necesitase más pruebas, abrí el prestigioso periódico *The Sacramento Bee* y, allí, en la sección internacional, había un artículo sobre la visita del príncipe Charles a un barrio de viviendas de protección social de Glasgow, un viaje que hizo con su hijo, el príncipe William Arthur Philip Louis. Había una fotografía. Tenía la misma cara que cuando se acurrucaba en mi culete, el mismo aplomo rubio y encantador, la misma nariz.

Tecléé «familia real» en una página web dedicada a la interpretación de los sueños, pero no existía esa entrada en aquella base de datos, así que tecléé «culo» y le di a la tecla «interpretar», y esto es lo que me salió: *Ver tu culo en un sueño representa tus instintos y tus deseos.* También decía: *Soñar que tu culo está deformado sugiere aspectos de tu psique no desarrollados o heridos.* Pero mi culete estaba bien formado, de manera que aquello indicaba que mi psique estaba desarrollada, en tanto que la primera frase me decía que confiara en mis instintos, que confiara en mi culo, ese culo que confiaba en él.

Durante aquel día cargué con el sueño como si fuese un vaso lleno de agua, moviéndome con delicadeza para que no se me derramase ni una gota. Tengo una falda larga igual a la que él me levantó y, cuando me la puse, experimenté una dimensión sexual nueva. Empecé a contonearme en cuanto llegué al trabajo y me dejé ver, con andares deslizantes, por la cocina del personal.

Mi hermana llama a ese tipo de falda «acampanada», pero lo dice con un matiz despectivo. Por la tarde, se pasó por mi oficina en QuakeKare para usar la fotocopidora Xerox. Parecía casi sorprendida de verme allí, como si nos hubiésemos encontrado por casualidad en Kinko's, la megatienda de informática. QuakeKare es una organización que tiene como cometido enseñar a la gente cómo reaccionar ante un terremoto y ayudar a las víctimas de un terremoto que se produzca en cualquier parte del mundo. A mi hermana le gusta bromear diciendo que ella es prácticamente víctima de un terremoto por el desorden que reina en su casa.

¿Cómo llamas exactamente a lo que llevas puesto, una falda acampanada?, me preguntó.

Es una falda. Sabes muy bien que es una falda.

Pero, ¿no resulta extraño que esta prenda tan favorecedora y tan bien confeccionada que llevo se llame también falda? ¿No habría que hacer una distinción?

No todo el mundo piensa que lo más corto es más excitante.

¿Excitante? ¿Acabas de decir «excitante»? ¿Hablamos de excitación? Dios mío, no puedo creer que acabes de emplear esa palabra. Repítela.

¿Cuál? Excitante.

¡No la digas! Es demasiado, suena como si dijeras «follar» o algo parecido.

Vale, no la diré.

No. ¿Crees que nunca vas a volver a follar? Cuando me contaste que Carl te había dejado, eso fue lo primero que se me vino a la cabeza: Nunca volverá a follar.

¿Por qué eres así?

¿Cómo? ¿Pretendes que sea una estrecha como tú? ¿Todo guardado bajo llave? ¿Es eso más saludable?

No soy una estrecha.

En fin, me encantaría estar de acuerdo contigo en eso, pero voy a necesitar alguna prueba que demuestre que no eres una estrecha.

¡Tengo un amante!

Pero no dije eso. No dije: Me quieren, soy una persona que merece ser querida, no soy una buscona, pregúntale al príncipe William. Aquella noche hice una lista con las maneras posibles de tener un encuentro real con él:

Ir a su universidad para dar una conferencia sobre medidas de seguridad ante posibles terremotos. Ir a los bares cercanos a su facultad y

esperarlo allí.

No se excluían mutuamente. Ambas opciones eran maneras razonables para conocer a alguien. Todos los días la gente se encuentra en los bares, y con frecuencia tiene sexo con gente que conoce en los bares. Mi hermana lo hace siempre, o al menos lo hacía cuando estaba en la universidad. Después me llamaba y me contaba con todo detalle lo que había sucedido durante la noche anterior, no porque yo esté muy unida a mi hermana, todo lo contrario. Es porque hay algo en mi hermana que no funciona bien. Casi llamaría a lo que hace abuso sexual, pero es mi hermana pequeña, de modo que debe de haber otra manera de denominarlo. Se pasa de la raya. Eso es todo lo que puedo decir de ella. Si la raya está aquí, donde estoy yo, ella la traspasa, cerniéndose sobre mí, desnuda.

Al día siguiente, me levanté a las seis de la mañana y empecé a andar. Sabía que nunca estaría delgada, pero decidí que sería conveniente endurecer mis carnes por si se diera el caso de que él me tocara en la oscuridad. Después de perder unos cinco kilos estaría lista para ir a un gimnasio. Hasta entonces, me limitaría a caminar, caminar y caminar. Mientras andaba por el vecindario, reavivé el sueño, alcanzando tal extremo de nitidez que tuve la impresión de que me toparía con él a la vuelta de la esquina. Al verlo, metería la cabeza debajo de su camisa y me quedaría allí para siempre. Incluso podía ver la luz del sol traspasando las rayas de su polo de rugby. Mi mundo era pequeño y olía a hombre. Cegada por esos pensamientos, no vi a una mujer que se acercaba hasta que no estuvo delante de mis narices. Llevaba un albornoz amarillo.

Mierda. ¿Has visto un perrito castaño? ¡*Patata!*

No.

¿Estás segura? ¡*Patata!* Si tiene que haber pasado por aquí corriendo.  
¡*Patata!*

Iba distraída.

Joder, tienes que haberlo visto. ¡*Patata!*

Lo siento.

¡Dios! Bueno, si lo ves, agárralo y tráelo de vuelta a este mismo sitio. Es un perrito castaño y se llama *Patata*. ¡*Patata!*

Vale.

Seguí caminando. Había llegado la hora de concentrarse en cómo conocerlo. Planes 1 y 2. Ya había ido a otras escuelas para hablar de medidas de seguridad ante posibles terremotos, así que no sería la primera

vez. Hay en el barrio una escuela Buckman de enseñanza primaria que cada año invita a los bomberos para que expliquen a los alumnos cómo Detenerse, Tumbarse y Rodar, y después llego yo y les hablo sobre las medidas de seguridad que hay que tomar en caso de que se produzca un terremoto. Por desgracia, se puede hacer muy poca cosa. Uno puede detenerse, tumbarse, saltar en el aire y batir los brazos, pero si se trata del Gran Terremoto, lo mejor es salir corriendo y rezar lo que sepas. El año pasado, un crío me preguntó por qué me había hecho experta en terremotos, y le fui sincera. Le dije que no conocía a nadie a quien le diesen más miedo que a mí. Hay que ser sincera con los niños. Le describí mi sueño recurrente de asfixiarme bajo los escombros. ¿Sabes qué significa «asfixiado»? Lo representé para que lo comprendiera. Y allí estaba yo, jadeando, con los ojos saliéndome de las órbitas, agachada sobre la alfombra, buscando aire a la desesperada. Cuando me restablecí de aquella demostración, me tocó la espalda y me dio una hoja de árbol que tenía una forma parecida a la de un tiburón. Me dijo que era la mejor de todas. Me mostró otras hojas que había coleccionado, todas con más aspecto de hoja que de tiburón. La que me dio era la que tenía el mayor parecido con un tiburón. La metí en el bolso y me la llevé a casa. La dejé encima de la mesa de la cocina. La observé antes de irme a la cama. Pero en mitad de la noche me levanté y la tiré al triturador de basura. En mi vida no hay sitio para tal cosa. La pregunta es: ¿hay terremotos en Inglaterra? Si no los hay, entonces no es ésa la opción más adecuada para acercarme a él. Pero si no los hay, tengo una razón más para vivir con él en un palacio en lugar de convencerlo de que se mude a mi apartamento.

Entonces *Patata* pasó corriendo junto a mí. Como había dicho aquella mujer, era un perrito castaño. Me pasó a toda velocidad, como si estuviese a punto de perder un avión. Cuando me di cuenta de que se trataba de *Patata*, ya se había ido. Pero parecía contento, y pensé: Enhorabuena. Vive tu sueño, *Patata*.

Hay que descartar la visita a la universidad. No me queda más remedio que ir al pub. Así es como llaman los ingleses a los bares. Entraría en el pub. Llevaría la misma falda que él me levantó en el sueño. Posiblemente estaría rodeado de amigos y de guardaespaldas. Él no se fijaría en mí, brillaría como el sol, cada vello dorado de sus brazos brillaría. Me dirigiría a la máquina de discos y seleccionaría «Todo lo que necesito es un milagro». Eso me daría valor. Me sentaría a la barra, pediría una copa y

empezaría a contar un embrollo. Un embrollo es una especie de juego que hace que la gente se enrolle igual que un ovillo de lana alrededor de las dos manos. Haría que los que estuvieran en el mostrador fueran enrollándose con mi historia. Habría una parte del juego que exigiría participación, y alguna gente estaría obligada a corear en situaciones clave. Aún no he pensado cuál sería la historia, pero diría, por ejemplo: «Y volví a llamar a la puerta y grité», y entonces los que estuviesen en la barra corearían: «¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar!» Al final, todos los que estuviesen cerca de mí también corearían lo mismo, y el círculo del coro crecería a medida que se fueran uniendo los curiosos. William no tardaría en preguntarse a qué venía todo aquel alboroto. Se acercaría con una sonrisa desconcertada. ¿Qué hacen ahora los plebeyos? Lo vería allí, muy cerca de mí, cerca de cada parte de mi cuerpo, pero no me detendría, seguiría dándole vueltas a aquella historia embrollada, de modo que la próxima vez que llamase a la puerta él gritaría con todos los demás: «¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar!» Y, de algún modo, esa historia, esa asombrosa historia que ya habría reclutado a la mitad del campesinado inglés, se remataría cediendo la palabra tan sólo a William. Sería una nueva forma de rematar el embrollo, totalmente distinta a las fórmulas habituales del tipo «Naranja, alégrate de que no dijera plátano». Ese remate lo atraería hacia mí, se quedaría plantado ante mí, y, con lágrimas en los ojos, me suplicaría: «¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar!» Y apretaría su cara gigantesca contra mi pecho y, como el embrollo no habría llegado aún del todo a su final, le diría:

Pídeselo a mis pechos, a mis pechos de cuarenta y seis años.

Y él les gritaría con calma: ¡Dejadme entrar, dejadme entrar!

Y a mi estómago, pídeselo a mi estómago. ¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar!

Arrodíllate, Alteza, y pídeselo a mi vagina, esa bestia fea.

Déjame entrar, déjame entrar, déjame entrar.

El sol iba ocultándose con una luz que parecía prehistórica. No sólo me sentía cegada sino también perdida, o como si hubiese perdido algo. Y de nuevo apareció ella, la mujer del albornoz amarillo. Esa vez conducía un utilitario rojo. Ni siquiera se había vestido, seguía en albornoz. Y gritaba con tanta desesperación el nombre del perro, que se había olvidado sacar la cabeza por la ventanilla; gritaba en vano en el interior del coche, como si



*Patata* estuviese dentro de ella, igual que Dios. Su abovedado grito resultaba llamativo, era un lamento verdadero. Había perdido a alguien a quien quería y temía por su seguridad, y eso estaba ocurriendo de verdad, estaba ocurriendo en aquel momento. Y yo estaba involucrada, porque, aunque resultara increíble, acababa de ver a *Patata*. Corrí hacia el coche.

Acaba de irse en aquella dirección.

¡Qué!

Ha bajado por Effie Street.

¿Por qué no lo has detenido?

Iba demasiado deprisa. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era él.

¿Era *Patata*?

Sí.

¿Estaba herido?

No, parecía feliz.

¿Feliz? Estará aterrorizado.

Tan pronto como dijo aquello, pensé en lo rápido que corría y comprendí que ella tenía razón. Corría ofuscado por el miedo, aterrorizado. Un adolescente filipino se acercó al coche y se quedó allí parado, que es lo que suele hacer la gente cuando se avecina un desastre. Lo ignoramos.

¿Que tomó aquella dirección?

Sí, pero eso fue hace diez minutos por lo menos.

¡Joder!

Se fue bramando mientras bajaba por Effie Street. El joven se quedó conmigo, como si ambos estuviésemos involucrados en aquel asunto.

Se le ha perdido el perro.

El chico asintió y echó una mirada alrededor, como si el perro estuviese cerca de donde nos encontrábamos.

¿Cuál es la recompensa?

No creo que la haya todavía.

Tiene que dar una recompensa.

Aquello me pareció una grosería, pero, antes de poder decírselo, el coche rojo regresó. Venía más despacio.

La chica bajó la ventanilla y yo me acerqué con una sensación interna de derramamiento. Llevaba puesto un camisón. El albornoz amarillo había tomado la forma de un pequeño nido en el asiento del copiloto, y dentro del nido estaba *Patata*, muerto. Le dije que lo sentía muchísimo. La mujer me

respondió con una mirada que daba a entender que yo era la única responsable de esa muerte y que no quería intercambiar palabra alguna con una asesina profesional de perros. Me pregunté cuántas otras cosas habían desembocado en la muerte a través de mí. Quizá muchas. Quizá yo pasaba a través de ellas, como la dama de la guadaña, señalando el final. Eso explicaría muchas cosas.

Ella se fue, y el chico y yo volvimos a quedarnos solos. Estaba apenas a unas cuantas calles de mi casa, pero me resultaba difícil echar a andar. No sé en qué pensaba cuando eché a andar de nuevo. «William». Quién era William. Parecía perverso, casi delictivo, pensar en él en aquel momento. Y agotador. De repente, tuve la impresión de que nuestra relación requería una fuerza enorme para mantenerse. Era probable que ella estuviese enterrando al perro en su jardín en aquel instante. Miré al chico: era todo lo contrario a un príncipe. No tenía nada. Cuando mi hermana estaba en la universidad, solía llevarse a casa a esa clase de chicos. A la mañana siguiente me llamaba por teléfono.

Se la noté a través de los pantalones, la tenía casi dura, y me di cuenta de que era grande.

Por favor, cállate.

Pero, cuando se quitó los pantalones, casi me cago encima. Pensaba: ¡Por favor, encanto, méteme cuanto antes eso que tienes ahí!

Vale.

Y después va y se saca una cuerda negra diminuta o algo por el estilo y se la coloca alrededor de la polla. Le digo: ¿Para qué es eso? Y él va y se ríe de esa manera repugnante que tienen los críos de reírse. Yo me puse aquellas bragas horteras que acababa de comprarme, las que tienen una cremallera de cabo a rabo, ¿sabes cuáles son, no? Pero creo que a él no le gustaron mucho, porque me las arrancó y me dijo que me lo hiciera yo misma. ¿Has oído alguna vez a un tío decir algo así? ¿Háztelo tú?

No.

Desde luego que no. De todas formas, me frotaba y me frotaba y estaba supermojada y él me la refregaba por la cara, y aquello me volvió loca, y entonces, no vas a creértelo: se corrió en toda mi cara. Antes incluso de que yo me la metiera. ¿Puedes creértelo?

Sí.

Bueno, claro, creo que sí. Me parece que era muy joven y que nunca había visto un coño blanco como el mío.

Y después mi hermana se callaba para oír el sonido de mi respiración a través del teléfono. Oía que había terminado, que me había corrido. De modo que se despedía, yo me despedía y colgábamos. Así es como nos comportamos; siempre nos comportamos de esa manera. Así es como me cuida. Si pudiese matarla sin que nadie se enterara, lo haría.

Miré al chico. Él me miraba como si ya hubiésemos acordado algo. Sólo por el hecho de estar junto a él durante un minuto tan intenso parecía que le había tirado los tejos. No podía dejarle ir sin llegar a algún tipo de negociación.

Podrías lavar mi coche.

¿Y cuánto me das?

¿Diez dólares?

Por diez dólares no muevo un dedo.

Vale.

Abrí el bolso, le di diez dólares y se fue por Effie Street, camino de una muerte segura. Yo me encaminé a casa. En el sueño recurrente, todo está ya destruido, y yo estoy debajo. A veces, gateo durante días, bajo los escombros. Y, mientras gateo, me doy cuenta de que ése fue el Gran Terremoto. Resultó ser el terremoto que hizo temblar el mundo entero y que destruyó todo. Pero ésa no es la parte espeluznante. Esa parte siempre viene justo antes de que me despierte. Estoy gateando, y entonces, de repente, recuerdo: el terremoto ocurrió hace ya años. Este dolor y esta agonía son del todo normales. Así es la vida. En realidad, reconozco que nunca hubo un terremoto. La vida funciona de esa manera, como un cataclismo, y estoy loca de ganas de que me pase algo diferente.

## Un hombre en la escalera

Era un sonido sordo, pero me despertó porque era un sonido humano. Contuve la respiración y volví a oírlo, después otra vez: eran unos pasos en la escalera. Intenté susurrar: Alguien está subiendo la escalera, pero tenía la respiración paralizada y me sentía incapaz de restablecerla. Apreté la muñeca de Kevin en diferentes intervalos: primero tres pulsaciones, después dos y por último tres más. Trataba de inventar un lenguaje que pudiera penetrar en su sueño. Pero, al cabo de un rato, me di cuenta de que ni siquiera tocaba su muñeca, sino que pulsaba el aire. Así de asustada estaba yo: apretando el aire. Y el sonido no se interrumpió. El hombre seguía subiendo la escalera. Lo hacía de la manera más lenta posible. Parecía disponer de todo el tiempo del mundo para hacerlo. Vaya que sí. Yo nunca he podido tomarme las cosas con esa tranquilidad. Ése es mi problema con la vida, que la vivo a la carrera, como si me persiguiesen. Incluso con las cosas cuyo objetivo es la lentitud, como por ejemplo tomar un té relajante. Cuando me tomo un té relajante, me lo trago como si estuviese en un concurso de quién es capaz de beberse un té relajante con más rapidez. O si estoy en un jacuzzi en compañía de gente y todos estamos mirando las estrellas, soy siempre la primera que dice: Se está tan bien aquí. Cuanto antes se dice: Se está tan bien aquí, antes se puede decir: Vaya, me estoy cociendo.

El hombre de la escalera era tan lento, que me olvidé del peligro, casi volví a quedarme dormida de nuevo, aunque me desperté cuando oí que daba otro paso. Iba a morir y el momento parecía no llegar nunca. Dejé de hacer intentos para alertar a Kevin porque me daba miedo de que dijese algo al despertarse, algo así como: ¿Qué pasa? O: ¿Sí, cariño? El hombre de la escalera lo oiría y se daría cuenta de lo vulnerables que éramos. Sabría que mi novio me llamaba cariño. Incluso era posible que apreciase el leve enfado de mi novio, su irritación después de la pelea de la noche anterior. Cuando practicamos sexo, ambos fantaseamos con otra gente, pero a él le gusta decirme con quién fantasea y a mí no. ¿Por qué tendría que hacerlo?

Eso es cosa mía, es algo muy íntimo. No es culpa mía que le pirre que yo lo sepa. Le gusta decirlo en el momento en que se corre, igual que el gato que trae de regalo un pájaro muerto. Yo nunca le pido que me lo diga.

No quería que el hombre de la escalera se enterase de nuestras intimidades. Pero se enteraría. En el instante en que encendiese las luces y sacase una pistola, o un cuchillo, o una piedra contundente. Se enteraría en el instante en que me encañonara la cabeza, en que me pusiera el cuchillo en el corazón o en que alzara la piedra contundente sobre mi pecho. Lo vería en los ojos de mi novio: *Puedes hacer lo que quieras con ella, pero déjame vivir.* Y en mis ojos vería las palabras: *Nunca he conocido el amor verdadero.* ¿Se identificaría con nosotros? ¿Sabría lo que significa eso? La mayoría de la gente sí. Uno siempre se siente como si fuera único en el mundo, como si todos los demás estuviesen locos los unos por los otros, pero eso no es verdad. Por lo general, la gente no se gusta mucho entre sí. Y eso va por los amigos también. A veces, me tumbo en la cama e intento decidir cuál de mis amigos me importa de verdad, pero siempre llego a la misma conclusión: ninguno. Suponía que los de ahora serían mis primeros amigos y que los amigos de verdad se presentarían más tarde. Pero no. Ésos son mis amigos de verdad. Es gente que trabaja en el ámbito de lo que le gusta. A Marilyn, mi amiga más antigua, le entusiasma cantar y es la responsable de matriculación en una prestigiosa escuela de música. Es un buen trabajo, pero no tan bueno como limitarse a abrir la boca y cantar. Tra-la-lá. Siempre he estado convencida de que sería amiga de una cantante profesional. Una cantante de jazz. Mi mejor amiga sería una cantante de jazz y una conductora temeraria pero fiable. Más de lo que me figuraba para mí misma. También me imaginaba amigos que me adorarían. Pero esos amigos creen que soy un coñazo. Fantaseaba con volver a empezar y eliminar el sambenito de tía coñazo que cuelga sobre mí. Creo que ahora lo tengo controlado. Hay tres cosas que me hacen ser un coñazo:

Nunca devuelvo las llamadas.

Soy una falsa modesta.

Tengo un sentimiento desproporcionado de culpa con respecto a los dos puntos anteriores, lo que hace antipática mi presencia.

No me resultaría difícil devolver las llamadas y ser más modesta de verdad, pero ya es demasiado tarde para eso en relación con mis amigos. No

serían capaces de ver que ya no soy un coñazo de amiga. Necesito hacer nuevos amigos que no estén contaminados y que me asocien con la alegría. Ése es mi problema número dos: nunca me satisface lo que tengo, asunto que va cogido de la mano con mi problema número uno: la prisa que le meto a todo. Quizá no sea tanto que vayan cogidos de la mano como que se trata de las dos manos de la misma bestia. Puede que se trate de mis manos. La bestia soy yo.

Estuve enamorada locamente de Kevin durante trece años, antes de que a él, por fin, empezase a gustarle yo. Al principio no mostraba interés alguno por mí porque era una niña. Yo tenía doce años y él veinticinco. Después de cumplir los dieciocho, le costó siete años más verme como una verdadera adulta, no como su alumna. En nuestra primera cita, me puse un vestido que había comprado cuando tenía diecisiete años. Lo compré especialmente para esa ocasión. Estaba pasado de moda. De camino al restaurante, nos detuvimos en una gasolinera. Sentada en el coche, mientras Kevin pagaba la gasolina, observé a un adolescente que limpiaba el parabrisas. La precisión con la que el chico utilizaba el enjugador dejaba claro que aquel trabajo no estaba sólo dentro de su ámbito de interés: ése era exactamente su trabajo, eso era todo lo que él había querido en la vida. Tra-la-lá. Cuando salíamos de la gasolinera, me quedé mirando a través de la ventanilla perfectamente limpia al adolescente y pensé: Tendría que estar con él en vez de con Kevin.

El hombre de la escalera se detiene y se queda parado durante tanto tiempo que casi llego a preguntarme si no se le habrá presentado algún problema. A lo mejor está discapacitado o es una persona muy anciana. O quizás es que está muy cansado. Quizá ya ha asesinado a todo el mundo en la manzana y está agotadísimo. Por momentos, casi alcanzo a verlo apoyado en la barandilla, mientras sus ojos escrutan la oscuridad. Yo también tengo los ojos abiertos. Kevin duerme. Está lejísimo y siempre lo estará. El silencio se prolonga cada vez más y empiezo a preguntarme si el hombre sigue allí. Lo único que se oye es la respiración de Kevin. Me pregunto qué ocurriría si me pasase el resto de mi vida en esta cama, escuchando a Kevin respirar. Pero, mira tú por dónde... Un crujido fuerte y definitivo llega del hueco de la escalera, y lo que siento es un alivio emocionante. En realidad está ahí, en la escalera, y está acercándose cada vez más con esa manera impresionantemente lenta de caminar que tiene. Si lograba sobrevivir y ver la luz del día, nunca olvidaría aquella clase práctica.

Destapé la cama y me levanté. Sólo llevaba puesta una camiseta, y no me puse unas bragas porque qué más daba eso. Quizás él también estuviese medio desnudo. Quizás estuviese decapitado y cubierto de sangre. Me quedé de pie en la entrada del hueco de la escalera, en el escalón de arriba. Allí había más oscuridad que en el dormitorio, y estaba cegada por completo. Me quedé inmóvil y esperé a morir o a que mis ojos se adaptaran a la oscuridad, fuese lo que fuese lo que sucediera primero. Antes de alcanzar a ver nada, sólo oía su respiración. Estaba frente a mí. Me incliné hacia delante. Sentía su respiración. Olía su aliento agrio. Nada bueno. Él no era bueno. No era un hombre que tuviese buenas intenciones. No me moví. Él tampoco. Aquel hombre exhalaba ese aire gélido que hace que las mujeres duden de todo, y yo lo aspiraba, como siempre lo había hecho. Yo expelía mi mugre, el polvo de todo lo que había destruido con mis dudas, y sus pulmones absorbían todo aquello. Mi vista fue adaptándose y vi a un hombre, un hombre corriente, un desconocido. Nos miramos a los ojos, y de repente me sentí furiosa. Vete, susurré. Fuera. Fuera de mi casa.

Después de salir de la gasolinera, fuimos a un restaurante que Kevin creyó que me gustaría. Pero yo seguía pensando en el chico que limpiaba los parabrisas, y de manera sistemática hice todo lo contrario que Kevin quería que hiciese. No pedí postre ni vino, sólo una pequeña ensalada, de la que me quejé mucho. Pero él no se rindió. En el coche, de vuelta a mi apartamento, contaba chistes, chistes ridículos. Me armé de valor para no reírme. Prefería morir antes que reírme. No me reí, no me reí en absoluto. Pero morí, morí del todo.

## La hermana

Muchas veces la gente me ha preguntado si me gustaría conocer a su hermana. Algunas mujeres no se casan y no se preocupan mucho por su aspecto, y los años no pasan de puntillas por ellas. Esas mujeres tienen hermanos, y los hermanos de tales mujeres a menudo conocen a un hombre como yo, un anciano que está solo. Los hombres solos suelen arrastrar consigo uno o dos defectos importantes, pero los hermanos creen que sus hermanas son capaces de sobrellevarlos. Un ejemplo de ese tremendo problema es el hecho de que sigan enamorados de una esposa difunta. Ése no era mi problema. Nunca me he enamorado de ninguna persona, ni viva ni muerta. Pero ése es un ejemplo del tipo de problema que tienen los hombres como yo, y se trata de un problema bastante considerable. A menudo la gente nos presenta a sus hermanas. Las hermanas son de todas las edades. Tardé un tiempo en darme cuenta de eso. Yo no tengo hermanos de sangre, pero me acuerdo de cuando los niños hablaban de sus hermanas en la escuela, y por eso siempre me imaginaba que las hermanas tenían una edad determinada: la edad escolar. ¿Quería conocer a sus hermanas? Al principio, me desconcertaba ver a alguna hermana alta y de edad avanzada. Pero, como es lógico, todos somos ya viejos, incluso las hermosas hermanas de los niños que conocí en la escuela. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que conocí a una chiquilla. Los hombres como yo, los hombres solos, somos los que menos probabilidades tenemos que nos presenten a chiquillas. Y puedo expresar con una palabra el motivo: estupro.

Casi todos los bolsos del mundo se fabrican en un lugar: Deagan Leather. Aunque tengan distinta etiqueta, aunque en uno de ellos ponga hecho en sri lanka y en otro ponga hecho con orgullo en usa, ambos fueron hechos en la fábrica Deagan, en Richmond, allá en California. Cuando llevas veinte años consecutivos trabajando en Deagan, te dan una fiesta de despedida con ponche hawaiano y, de manera automática, te dan bolsos gratis durante el resto de tu vida. Víctor Caesar-Sanchez y yo somos los



únicos que hasta el momento hemos merecido tal fiesta. Jugamos a un juego llamado «Qué puede hacerse con un número ilimitado de bolsos». Un ejemplo de algo que puede hacerse es una casa de cuero, o un avión de piel que vuele de verdad. No supe cómo se llamaba la mujer de Víctor hasta el año pasado, cuando falleció. Se llamaba Caroline. Creo que no era mexicana como su marido. Durante todo el tiempo que trabajamos juntos di por hecho que era mexicana. Y no supe que él tenía una hermana hasta que me preguntó: ¿Quieres conocer a mi hermana? Se llamaba Blanca Caesar-Sanchez. De nuevo cometí el error de imaginármela como una adolescente. Una adolescente con un vestido blanco. Pechitos incipientes. Quería conocerla a toda costa.

Víctor lo organizó todo para que Blanca y yo nos encontrásemos en una fiesta con fines benéficos para la lucha contra el sida. Muchos de los que había por allí eran veinteañeros y treintañeros, y me pregunté si entre ellos se encontraba Blanca o si eran amigos de Blanca. Renuncié a mis principios para ser tolerante con ellos. También había gente de cuarenta, cincuenta, sesenta y setenta años, y cabía la posibilidad de que entre esa gente se encontrase Blanca, o los padres de Blanca, o los abuelos, incluso los bisabuelos de Blanca, en el caso de que Blanca fuese una cría. Había algunas niñas corriendo de aquí para allá, hermanas de hermanos, que podían ser Blanca o la nieta de Blanca. La noche seguía su curso. Vi a Víctor muchas veces, y cada vez que lo veía me decía que acababa de ver a su hermana, aunque había vuelto a perderla de vista. Más tarde me dijo que, de hecho, no hacía ni quince minutos que le había dicho que fuese a la mesa a la que estaba yo sentado para que se presentara ella misma. ¿No lo había hecho? No.

En fin, ¿qué piensas de ella?

¡No la conozco!

Ah, creí que habías dicho que la habías conocido.

No, he dicho que no, que no.

Vaya, qué lástima. Pues creo que ya se ha ido. Me dijo que le has caído bien.

¿Qué?

Me dijo que quiere volver a verte.

¡Si no he llegado a conocerla!

¡Ojo! Estás hablando de mi hermana.

Mido un metro ochenta y dos. Peso ochenta y un kilos. Tengo el pelo gris con entradas. No estoy en forma, pero estoy delgado porque tengo un metabolismo naturalmente rápido. Excepto el estómago: tengo barriga.

Blanca entró y salió de mi vida durante las semanas siguientes, pero nunca entró lo suficiente como para llegar a verla. Nuestros encuentros resultaron fallidos por causas tan diferentes, que de algún modo empecé a conocerla. Conocí las cualidades de su peculiar ausencia. Y me vestía con elegancia para esas ausencias. Me ponía un traje con el que nunca me había sentido cómodo en los setenta, pero que ahora encajaba conmigo. Es un traje poco común porque tanto la chaqueta como el pantalón son de color beige claro, casi blancuzco, y es un color que no se ve mucho. Se convirtió en mi uniforme para ir al no encuentro con Blanca.

¿Estuvo anoche en Tiny Bubble Lounge?

¡Claro que sí! ¿Se te presentó?

No.

Le dije que a veces tú ibas por allí. Ha ido por el bar con frecuencia.

Me gustaría conocerla.

Y a ella le gustaría conocerte.

Victor, tiene que presentarse ella misma. La veo en sueños.

¿Y qué aspecto tiene?

Es un ángel.

Ésa es Blanca, ésa es ella.

¿Es rubia?

No, tiene el pelo moreno, como yo.

Una morena.

Bueno, yo no sé de esas cosas.

Acabas de decir que es morena.

Vale, es que no me gusta que hablen de mi hermana de esa manera.

¿Morena? No es nada malo.

Ya. Pero es el modo en que lo has dicho.

La palabra «morena» dicha por un hombre que tiene que usar las dos manos para hacerse una paja todas las noches, a eso era a lo que Blanca me había llevado. Sabía cuándo estaba cerca porque empezaba a respirar con mucha dificultad. Allí donde me encontrase, todas las sensaciones cambiaban: su olor envolvía mi rostro, y, nada más tener la certeza de que estaba allí, no podía dejar de pensar que era una adolescente. Aunque no tuviera sentido. El bar estaba lleno de humo y de hombres, pero podía verla,

detrás de alguien, sólo que fuera de mi vista, con unos vaqueros ceñidos y unos zapatos de deporte, masticando chicle, con piercings en las orejas y algo que le apartaba el pelo de la cara. Una diadema o una cinta. Y piercings en las orejas. Ya he dicho eso. Vale. Eso era lo que veía. Alguien podría decir que una chica como ella no está preparada para mantener una relación con un hombre, especialmente con un hombre que está ya al final de sus sesenta. Pero para eso tengo una réplica: No sabemos nada. No sabemos cómo curar un resfriado o lo que piensan los perros. Hacemos cosas terribles, provocamos guerras, asesinamos a gente por codicia. De modo que quiénes somos nosotros para decir cómo hay que amar. Yo no la forzaría. No tendría que hacerlo. Ella me querría. Se enamoraría de mí. Qué sabéis vosotros. No sabéis nada. Llamadme cuando encontréis un remedio para el sida, dadme un telefonazo y entonces os escucharé.

Había muchas horas del día en que la necesitaba. Cuando caminaba o me dirigía en autobús a Deagan, cuando estaba activo o cuando estaba pasivo. Cuando inspeccionaba los bolsos, hasta la última arandela, y todos estaban perfectos. Día tras día, ningún defecto, sólo una tensión que iba en aumento, una neblina creciente que sólo podría disipar una tira al revés o la falta de una hebilla. Hay gente que nunca se inmuta, que no grita. Pero yo gritaba: ¡Blanca! Cuando el sol estaba en todo lo alto, brillantísimo, o cuando se ponía, particularmente cuando se ponía allá lejos, tras las colinas, yo sentía que algo similarmente brillante caía dentro de mí, y la llamaba a gritos: Blanca. Le gritaba a mi propio corazón, como si ella estuviese dentro de mí igual que un huevo. Blanca como el color de un huevo y aún sin desarrollar. A punto de transformarse, igual que un huevo.

Nunca le había echado demasiada cuenta a Víctor, pero en aquella época se convirtió en una persona fascinante, casi excitante, porque era el hermano de Blanca. Víctor también me consideraba de manera distinta. Me veía como a un miembro de su familia. Como si Blanca y yo fuésemos ya pareja. Me invitó a una comida familiar con Blanca y sus padres. El almuerzo fue en una residencia de ancianos y pude comprobar que el señor y la señora Caesar-Sanchez eran las personas más viejas que he visto con vida. Todo lo que comieron fue por vía intravenosa. Cuando le pregunté a la señora Caesar-Sanchez dónde estaba su hija, me lanzó una mirada tan desconcertada que no volví a preguntar. Había una fotografía de ella en la pared de su cuarto. No de Blanca, sino de su madre, de cuando era niña. Tenía la misma mirada de Blanca: de tal palo, tal astilla. Víctor les hablaba

a sus padres como si lo entendieran, pero yo sabía que no era así. Le regaló a cada uno un bolso de bandolera: el popular modelo SOHO, con la piel rugosa. No daba la impresión de que sus padres fueran a ponerse de pie de nuevo, y ese tipo de bolso requiere una posición erguida. Andar, vivir, necesitar, cuidarse, cargar. Parecía que aquellos ancianos estaban demasiado lejos de poder hacer ese tipo de cosas... Pero no lo sé, mis padres murieron antes de que yo fuese lo suficientemente mayor para regalarles algo. Víctor y yo nos comimos el pollo frito chino que habíamos llevado. Después todos nos pusimos a ver un programa de televisión en el que unas parejas competían en la remodelación de sus cocinas. Víctor me trajo en coche a casa, y no hablamos porque no había nada de qué hablar. Después de ochocientos millones de trillones de veces, ella no había aparecido.

Nunca me había enamorado, he sido un hombre que ha llevado una vida apacible. Pero en aquellos días la inquietud me tenía cautivo. De manera accidental, me lesionaba a mí mismo, como si mi cuerpo y yo fuésemos dos patosos peleándose entre sí. Algunas cosas las agarraba con demasiada fuerza y las páginas se desgarraban cuando las pasaba, y otras cosas las soltaba de pronto, como por ejemplo los platos, y se rompían. Durante toda la semana, Víctor se sentaba conmigo a la hora del almuerzo e intentaba que me interesase por asuntos que no eran interesantes. Al final, acabó invitándome a su apartamento para tomar unas copas con Blanca. Entonces lo vi todo claro. Yo había cautivado a sus padres con mi cómodo silencio. Hay gente a la que incomodan los silencios. No es mi caso. Nunca me he preocupado mucho por las preguntas y las respuestas. A veces, pienso en decir algo, pero después me pregunto: ¿Merece la pena? Y simplemente no merece la pena. Me puse lo mismo que me había puesto todas las otras ocasiones en que creía que iba a conocerla: todo de beige. Pero esa vez fui más cuidadoso. Antes de subirme los pantalones, me metí la camisa por dentro de los calzoncillos. A medida que me subía los pantalones, notaba que me acariciaban los vellos de las piernas. Era capaz de sentir todo, estaba cargado de electricidad.

Como no hace falta decir, Blanca se retrasó. Víctor y yo nos reímos de aquello, y yo me reía de verdad porque, en cierto sentido, en aquel momento me hizo más gracia de la que me había hecho antes. ¡Puñetera niña! Sabía cómo tomarle el pelo a un tipo. Brindamos por Blanca y su tardanza. Llené su copa y me la bebí por ella: ¡Ésta por mi niña! ¡Mi niñita!

A medianoche, Víctor se aclaró la voz y dijo que había algo que no me había contado.

¿No va a venir?

No, va a venir.

Bueno, eso está bien.

Pero he planeado algo para esta noche, para ti y Blanca.

¿Qué?

Tengo E.

¿Cómo?

E.

¿Qué es E?

Éxtasis.

Ah.

¿Lo has tomado alguna vez?

No. Yo sigo con mi cerveza.

Te va a gustar tela.

Una vez me fumé un canuto y durante un año entero estuve regular.

Esto no es lo mismo. Te pondrá fantástico y cachondo con Blanca.

No creo que ella quiera que me ponga cachondo.

Confía en mí, querrá. Ella se tomará la pastilla que queda en cuanto llegue.

¿A Blanca le gusta esta droga?

Desde luego.

¿Es una de esas adolescentes salvajes y... fuera de control?

Sabes que lo es.

¡Dios mío! Me imaginaba que lo era, pero no quería preguntar.

Póntela debajo de la lengua, mira, así...

Vale. ¿Tiene diecisiete años?

Pues claro. Ahora escucha la música y espera a que te haga efecto.

Nos sentamos en el sofá de Víctor y escuchamos a Johnny Cash o a alguien que sonaba como él. Un cantante vaquero que cantaba sus canciones vaqueras. Pensé en Blanca y percibí que se acercaba. Casi me llegaba el sonido de sus zapatos al pisar el asfalto, casi la oía subir a toda prisa las escaleras y casi veía que la puerta se abría de golpe. Me lo imaginaba una y otra vez, a la espera de que la puerta se abriese de golpe en el momento exacto en que imaginaba que la puerta se abría de golpe, y aquello sería un sueño hecho realidad. La música del vaquero propiciaba

aquella sensación. Hacía que el aire se espesase más, como si mi pensamiento estuviese fuera de mi cabeza. Mi pensamiento estaba en el aire, y, lo mismo que un caballo, cabalgaba encima de la canción. Empecé a imaginar que Víctor era un vaquero. Y, no sé por qué motivo, se lo dije. Aunque no me gustan las preguntas y respuestas, lo interpele:

Víctor.

Dime.

Es como si tú fueras el vaquero.

Sí. ¿Qué vaquero?

El que canta la canción, la canción del vaquero.

Estupendo, soy yo. Reconoces en la suya la tristeza de mi voz.

Sí.

Hay mucha tristeza en mí.

La oigo.

Creo que tienes un dolor parecido.

Sí. Víctor, estoy desesperado, tengo tantas ganas de verla. No puedes hacerte una idea.

Lo sé.

¿No podrías enseñarme una fotografía? Por favor.

Sabes que no puedo hacerlo.

¿Por qué no?

Ven, acércate.

Me acerqué a Víctor y supe que la droga estaba surtiendo efecto. Me cogió la mano y le froté el brazo, cada vez con más fuerza, y aquello me gustaba. Pero después los frotamientos se extendieron por todo el cuerpo, a todo lo largo de nuestro viejo ser gigantesco. Era algo parecido a follar. Imaginaba águilas follando, hasta que de repente recordé que no folian, sino que ponen huevos. Lo aparté de un empujón.

¿Qué pasaría si entrase Blanca? Eres su hermano.

Vamos a quitarnos la camisa. Los pantalones nos los dejamos puestos.

¿Eres gay?

He dicho que podemos quedarnos con los pantalones puestos.

¿Cuándo se pasan los efectos de esta droga? ¿Se pasarían antes si bebiese agua?

Déjate llevar. Estamos bien. Déjate llevar. No existe ninguna Blanca.

No le creí durante tres horas. Victor se quedó en el sofá y yo me senté en el dormitorio, ambos esperando a que el efecto de la droga pasara y yo a que llegase Blanca. Cuando pasó el efecto, supe de inmediato que lo que me había dicho era cierto. Parecía como si hubiese estado bajo los efectos de aquella droga durante tres meses y que en aquel momento volviera a la realidad. Salí del dormitorio y me senté en el sofá.

Me siento como si la hubiesen asesinado.

Lo lamento.

¿Has tenido alguna vez una hermana?

No.

¿Por qué me llevaste a conocer a tus padres?

Quería que te conociesen antes de que mueran.

Ah.

Parecía que el aire se multiplicaba, y ni siquiera podía pensar en lo que me decía Victor porque estaba muy preocupado al no poder respirar regularmente. Intenté imaginarme a mí mismo como un respirador artificial. Me dije: No morirás por respirar más de la cuenta, porque eres un respirador artificial, especialmente calibrado para regular las cantidades cambiantes de aire en una habitación. Entonces, dijo:

Háblame de las niñas.

¿Qué niñas?

Te gustan las niñas pequeñas.

No, las adolescentes.

¿Dónde las conoces?

¿Qué dices? Yo no hago eso, sólo lo pienso.

Eso está bien.

Por supuesto. No haría una cosa semejante.

¿Ni siquiera con Blanca?

Oh sí, supongo que con Blanca sí, pero ella es... Eso es diferente.

No te gustan las mujeres adultas, ¿verdad?

Hasta ahora no, aún no.

¿Has tenido sexo con una mujer?

Claro que sí.

¿Y con un hombre?

No.

Víctor me rodeó con sus brazos y sentí náuseas en el estómago y también en la polla. La sentía calenturienta y me dolía, de modo que me la

froté para aclararme la mente. Víctor me la frotó también mientras las lágrimas le caían por las mejillas y los labios. Quería perforarlo, hacerle un agujero y llenar ese agujero con mi cuerpo. Y allí estaba yo, estaba haciéndolo. Él sollozaba de la misma manera en que lo habría hecho Blanca, igual que un niño. Me corrí en el sofá. No quise correrme dentro de él por lo que pudiera hacer el esperma. Pero Víctor lo chupó del sofá y se lo tragó. Después me dio un beso y me metió la lengua hasta el fondo, de modo que lo que pudiese hacer el esperma me lo estaba haciendo a mí. Nos dormimos. Fue el sueño de los cien años. Cuando nos despertamos, aún era de noche. Víctor alargó la mano por encima de mí y encendió la lámpara.

Éramos dos hombres viejos. Todo parecía normal y corriente, incluso demasiado normal y corriente. Había una mosca en la habitación y zumbaba por allí de una manera que nos daba a entender que nada extraordinario había sucedido en aquel lugar. Empecé a pensar en el trabajo, en los nuevos empleados que habían contratado para encargarse de la taladradora. Tenía que recordar que debía decirles lo de la abrazadera perdida en la termofijadora. Sabía que si hablaba de eso, si mencionaba la palabra «taladradora», todo sería igual que antes, por siempre, amén.

Mañana tenemos que hablar con los nuevos empleados.

¿Sí? ¿No les instruyó Albie el miércoles? Sí, pero los que se van a encargar de la...

Estuve a punto de decir «taladradora». La palabra «taladradora» se disponía ya a salir de la oscuridad húmeda de mi garganta. La T se anticipó con la mueca que se pone al pronunciar la T. Pero, justo en aquel instante, la mosca y su zumbido fueron acercándose hacia mi oreja, y, reaccionando igual que un animal, de manera instintiva y feroz, intenté golpearla y derribé la lámpara. Se rompió más de la cuenta, cayendo con gran estrépito y haciéndose añicos como si fuese una lámpara de doce veces su tamaño. Como colofón, la bombilla explotó igual que esos fuegos artificiales que caen en silencio y van extinguiéndose. No dijimos nada, pero el repentino regreso de la oscuridad parecía ser una pregunta que, al igual que unas cejas alzadas, estuviese esperando una respuesta. Hiciese lo que hiciese a continuación, o dijera lo que dijera, resultaría decisivo. No dije «taladradora», pero la T seguía en mi garganta, ansiosa por salir.

Emití un gruñido.

Y Víctor se volvió hacia mí, justo en ese momento, y apretó su cara contra mi cuello. Mi nueva vida empezó sin dificultades después de



aquello: un gruñido.

## **Esa persona**

Una persona está emocionándose en este instante. Alguien, en algún lugar, tiembla de emoción porque algo extraordinario está a punto de ocurrirle a esa persona. Esa persona se ha vestido para la ocasión. Esa persona ha esperado y soñado con este momento, y ahora está sucediendo de verdad, y esa persona apenas si puede creérselo. Pero la cuestión ya no consiste en creer: el tiempo de la fe y de la fantasía ha concluido; esto está sucediendo de verdad. Esto requiere una actitud sumisa y reverente. Es posible que tenga que arrodillarse, igual que cuando alguien es armado caballero. Es muy raro que a alguien le den el título de caballero. Pero esa persona es posible que se arrodille y que reciba un toque de espada en cada hombro. O lo más probable es que esa persona esté dentro de un coche, o en una tienda, o bajo un toldo de vinilo cuando ocurra. O hablando por teléfono, o conectada a internet. Podría ser la respuesta a un mail suyo: Ahí tienes tu título de caballero. O un largo, jocoso y farragoso mensaje telefónico en el que todas las personas a las que esa persona conoce hablan a través de un manos libres y todas le dicen a la vez: Has pasado la prueba, todo era una prueba. Estábamos gastándote una broma, la vida real es mucho mejor que eso. Esa persona se ríe a carcajadas, con alivio, y vuelve a poner el mensaje para escuchar la dirección del lugar en que todas las personas que ha conocido a lo largo de su vida la esperan para darle un abrazo y para incorporarla a la vida real. Es muy emocionante, y no se trata de un sueño, sino que está ocurriendo de veras.

La esperan junto a una mesa con bancos adosados en un parque por el que esa persona ha pasado antes muchas veces. Allí están ellos, allí están todos sus conocidos. Hay globos atados a los bancos, y la chica que solía ponerse al lado de esa persona en la parada del autobús está agitando una serpentina. Todos sonríen. Por un instante, se intimida ante aquella escena y siente la tentación de huir, pero eso sería como si esa persona se deprimiese en el día más feliz de su vida, de modo que esa persona se sobrepone y se une al grupo.

Los profesores de algunas asignaturas que a esa persona no se le daban bien la besan y abjuran de las asignaturas que enseñaban. Los profesores de matemáticas le confiesan que las matemáticas eran tan sólo una manera anómala de decirle «Te quiero». Pero ahora están diciéndoselo: te queremos, y los profesores de química y de educación física también están diciéndoselo, y esa persona tiene la certeza de que lo dicen en serio. Es algo asombroso. Algunos pardillos, imbéciles y gilipollas se dejan ver por allí de vez en cuando, y es como si se hubiesen hecho una operación de cirugía estética: tienen la cara desfigurada por el amor. Los gilipollas guapos son simplones y amables, los pardillos feos son encantadores. Pliegan el jersey de esa persona y lo colocan cuidadosamente en algún sitio para que no se ensucie. Lo mejor es que todas las personas a las que esa persona ha querido se encuentran allí. Incluso los que se marcharon. Todos le estrechan la mano y le dicen qué difícil les resultó fingir que se habían vuelto locos, meterse luego en el coche y marcharse y no regresar nunca más. Esa persona casi no puede creérselo, aquello parecía tan real, le partieron el corazón y ya ha sanado y ahora esa persona apenas sabe qué pensar. Esa persona está medio loca. Pero todos la tranquilizan. Todos le explican que fue absolutamente necesario comprobar lo fuerte que era. Ah, mira, ahí está el médico que le recetó la medicina que dejó temporalmente ciega a esa persona. Y el hombre que le pagó dos mil dólares para que se acostara con él tres veces, cuando esa persona estaba sin un duro. Han acudido esos dos hombres, da la impresión de que se conocen. Ambos portan unas pequeñas medallas y en este instante se las están prendiendo a esa persona. Son unas insignias que premian el honor y la fortaleza. Las insignias relucen bajo el sol, y todos aplauden.

De repente, esa persona siente la necesidad de ir al apartado de correos. Es una costumbre antigua, y, aunque todos vayan a comportarse de manera fenomenal de ahora en adelante, esa persona aún desea recibir correspondencia. Esa persona dice que volverá enseguida y todos los conocidos le dicen: De acuerdo, no hay prisa. Esa persona se sube al coche y conduce hasta correos, abre el apartado, pero no hay nada. Aunque sea martes, que es un día en que todo el mundo sabe que llega mucho correo. Esa persona se decepciona tanto que vuelve al coche y, olvidándose por completo del picnic, conduce hacia su casa y activa el buzón de voz, pero no hay ningún mensaje, sólo aquel en que le decían que había pasado la prueba y que la vida era algo mejor. Tampoco tiene ningún correo

electrónico, quizá porque todo el mundo está en el parque. A esa persona no le parece oportuno volver al picnic. Esa persona se da cuenta de que quedarse en casa significaría dejar plantados a todos sus conocidos. Pero el deseo de quedarse en casa es muy fuerte. Esa persona quiere darse un baño y después irse a la cama a leer.

En la bañera, esa persona remueve las burbujas y escucha el sonido de millones de burbujas reventando a la vez. Casi parece más un único y suave sonido que muchos sonidos imperceptibles. Sus pechos apenas sobresalen del agua. Esa persona mueve las burbujas encima de sus pechos y hace figuras extrañas con la espuma. Pero ahora todos deben de haberse percatado de que esa persona no va a volver al picnic. Todos estaban equivocados; esa persona no es la que todos creían que era. Esa persona se sumerge bajo el agua y mueve el pelo como si fuese una anémona. Esa persona puede permanecer bajo el agua durante un tiempo impresionante, pero sólo en la bañera. Esa persona se pregunta si alguna vez habrá una competición olímpica que consista en aguantar la respiración bajo el agua de la bañera. Sin duda, si hubiese tal competición, esa persona sería la ganadora. Una medalla olímpica la redimiría a los ojos de todos sus conocidos. Pero tal modalidad no existe, de modo que no habrá redención alguna. Esa persona se lamenta por haber arruinado la única oportunidad que tenía de ser querida por todos. Mientras esa persona se mete en la cama, el peso de esa tragedia parece oprimirle el pecho. Pero es un peso reconfortante, algo parecido al peso de un cuerpo humano. Esa persona suspira. Los ojos de esa persona empiezan a cerrarse. Esa persona se duerme.

## Fue un gesto romántico

*Esto es lo que nos diferencia de los demás animales, dijo ella. Pero mantened los ojos abiertos para que podáis ver la tela.* Teníamos tapada la cara con una servilleta de tela blanca que dejaba traspasar la luz. Bajo ella, todo parecía más brillante, como si la tela, al hacer de filtro, eliminara la oscuridad que había en el resto de la habitación: esos rayos oscuros que desprenden los objetos y las personas. La profesora hablaba mientras caminaba a fin de poder hallarse en todas partes a la vez. Nos olvidamos de su cara y de su pelo con permanente. Allí sólo estaban su voz y la luz blanca, y la combinación de ambas cosas parecía ser la única verdad.

*Nunca seréis una parte del mundo.* La tenía muy cerca de mí.

*Los humanos construyen su mundo personal en la pequeña parcela que tienen delante de la cara.* Ahora estaba al otro lado de la habitación.

*¿Por qué creéis que somos los únicos animales que besan?* De nuevo estaba cerca de mí.

*Porque la parcela que tenemos delante de la cara es nuestra zona más íntima.* Tomó aliento. *¡Ésa es la razón por la que los humanos somos el único animal romántico que existe!*

Guardábamos silencio, pero nos hacíamos preguntas debajo de las servilletas. ¿Cómo lo sabía ella? Y los perros, ¿qué? ¿No sienten los perros las cosas que hacemos multiplicadas por cien? Pero no había modo alguno de ver nada, así que no podíamos formar una cadena de dudas mirándonos las unas a las otras. Y su voz transmitía una seguridad tan elocuente, que el hecho de creer en lo que decía implicaba, por obvio, una sensación liberadora. ¿Qué sentido tiene aislar el dedo si es parte de la mano? ¡Es la mano! ¡Claro que sí! Los dedos y las manos son una única cosa, esas distinciones son meras trabas. Veo la luz; se filtra a través de la servilleta.

*El diminuto mundo que está delante de vuestras caras es una ilusión, ¡y todo romance es en sí mismo una ilusión!*

Jadeamos. Pero fue un jadeo retardado. Formábamos un grupo lento a la hora de reaccionar. Incluso nos costó trabajo organizar la distribución de

las servilletas. Al final, nos decidimos por coger una y pasar el resto.

*Un romance no es real, y tampoco lo es vuestro mundo debajo de la servilleta. Pero, como sois humanas, nunca levantaréis la tela. De modo que también debéis aprender el modo de llegar a ser lo más románticas que podáis. Eso es lo que los seres humanos podemos hacer: ser románticos. Ya podéis quitaros la servilleta.*

Nos dio la impresión de que no seríamos capaces de hacerlo, ya que éramos seres humanos, pero la servilleta se nos deslizó por la cabeza y el auditorio nos pareció más oscuro que antes. Había esperado convertirme en otro tipo de animal, un animal que pudiese ser parte del mundo. Pero la tela era sólo una metáfora, y nosotras éramos cuarenta mujeres reunidas una mañana de sábado en un cursillo para llegar a ser más románticas. Una mujer aún tenía la servilleta sobre la cabeza. Quizá se había quedado dormida.

Trabajábamos con ahínco porque queríamos obtener resultados. Nos mirábamos las unas a las otras, como si fuésemos espejos, y aspirábamos negaciones y exhalábamos afirmaciones. Nos sujetábamos los tobillos con las manos y fingíamos que eran las manos de otra persona; entonces intentábamos correr y hacíamos como si otra persona intentase correr, que alguien a quien amábamos intentaba escapar. Lo sujetábamos por los tobillos y aspirábamos una negación y exhalábamos una afirmación y nos soltábamos los tobillos y corríamos, todas alrededor del auditorio, cuarenta mujeres corriendo. Después volvíamos al círculo y hablábamos sobre feromonas y otras nebulosas similares.

*Recordad, no tenéis que convertir el mundo entero en algo romántico, ni siquiera todo el dormitorio. Sólo el pequeño espacio que tenéis delante de la cara. Un territorio muy controlable, incluso las mujeres que trabajan estarán de acuerdo en eso. Porque cuando él os mira (o ella... ¡En un romance no hay prejuicios!) tiene que mirar a través del aire que hay delante de vuestra cara. ¿Está ese espacio contaminado? ¿Es un espacio prometedor? ¿Es neblinoso? Reflexionad sobre estas preguntas durante la hora del almuerzo.*

Nos comimos los sandwiches y nos miramos a través del aire que había delante de nuestras caras. Parecía que estaba despejado, pero quizá no

fuese así. Mientras bebíamos el refresco que nos dieron, reflexionamos mucho sobre aquel particular. Era algo que podría cambiarlo todo.

Me levanté y me dirigí al pasillo. Allí me quedé sola, con la cara aplastada contra la pared. Era una pared que tenía paneles de madera y olía a pipí, igual que otras muchas cosas. Un romance. Mi apartamento. Un romance. Mi Honda. Un romance. Mi afección cutánea. Un romance. Mi trabajo.

Volví la cabeza y presioné la otra mejilla contra la pared.

La campana nos llamó para la sesión de clausura. Un romance. Mi falta total de amigos que compartieran mis intereses. Un romance. El alma. Un romance. La vida en otros planetas. Un romance. Me quedé mirando el fondo del pasillo. Había alguien allí. Era Teresa, mi pareja en la sesión en la que teníamos que mirarnos a los ojos y respirar. Primero sincronizábamos la respiración para después sincoparla. Al final, debatíamos sobre cómo nos habíamos sentido y cuál era más romántica de las dos. Llegamos a la conclusión que la sincopada.

Recorrí el pasillo y vi que Teresa estaba sentada en el suelo, junto a una silla. Eso siempre es una mala señal. Eso es meterse en un terreno resbaladizo, y siempre será mejor sentarse en una silla, comer cuando se tiene hambre, dormir, levantarse y trabajar. Pero todo el mundo ha visitado ese terreno. Las sillas son para la gente, y nunca estás segura de si formas parte de la gente. Me arrodillé a su lado. Le acaricié la espalda, aunque dejé de hacerlo porque me dio la impresión de que aquello podía ser un exceso de confianza, pero entonces mi actitud me resultó muy fría, así que le palmeé el hombro, lo que implicaba que sólo tenía contacto físico con ella durante un tercio del tiempo. Durante las otras dos terceras partes, mi mano se acercaba a ella o se alejaba de ella. Cuanto más le palmeaba el hombro, más difícil me resultaba hacerlo. Era demasiado consciente de los intervalos entre las palmaditas y no lograba encontrar un ritmo que resultase natural. Me sentía como si estuviese tocando unas congas, y entonces, en cuanto caí en la cuenta de eso, me resultó inevitable marcar un pequeño chachachá, y Teresa rompió a llorar. Dejé de palmearle el hombro y la abracé. Ella me abrazó también. Lo había hecho todo tan mal que sólo conseguí que la tristeza de Teresa descendiera al siguiente nivel, y allí me reuní con ella. Era un lugar de desbordada tristeza compartida, y lloramos juntas. Podíamos olemos el champú y los detergentes que usaba cada cual. Comprobé que no fumaba, pero que alguien a quien ella quería sí, y ella

pudo notar que yo era corpulenta, aunque no por genética, no de forma permanente, sólo hasta que volviese a encontrar mi camino. El botón de mi pantalón vaquero hacía presión en el del suyo y nuestros pechos intercambiaron sus historias cansinas, historias de sobreutilización y de infrautilización, de abundancia y de escasez y de qué más da, pasa de eso. Mis lágrimas mojaron su camisa y las de ella la mía, y así pusimos nuestro llanto delante de nosotras como si fuese una linterna, buscando tristezas nuevas y tristezas ya olvidadas, las que habían tenido la amabilidad de morir muchos años atrás, pero que de hecho no habían muerto, y que resucitaban con un poco de agua. Nos habíamos enamorado de gente de la que no debimos enamorarnos y después nos casamos con otra gente para olvidar nuestros amores imposibles, o alguna vez habíamos gritado hola en el hervidero del mundo y habíamos huido antes de que a nadie le diese tiempo a contestar.

Siempre corriendo y siempre queriendo regresar, pero siempre alejándonos cada vez más y más hasta que, al final, aquello acaba siendo la escena de una película en que una chica dice hola en el hervidero del mundo y tú eres una mujer que ve la película con tu marido, sentados en el sofá, y él tiene las piernas en tu regazo y tú tienes que ir al baño... Había cosas de esa escala general por las que llorar. Pero la razón determinante para llorar fue la de empapar el aire que había delante de nuestra cara. Fue un gesto romántico. No en el sentido de un enamoramiento, sino una comunión del aire que había entre nuestros hombros, nuestros pechos y nuestros muslos. Había tanto aire que compartir... Poco a poco fuimos dejando de llorar y, después de una prolongada y silenciosa pausa -adiós-, nos separamos. Luego llegó la euforia: unos vientos cálidos de Hawai que secaron nuestras lágrimas y despejaron el camino de vuelta al mundo físico. Fue un gustazo estar allí, junto a la silla. Nos estrechamos las manos y nos reímos con una vergüenza fingida que gradualmente fue apoderándose de nosotras y que terminó siendo verdadera.

Teresa se sacudió el trasero con energía, como si hubiese sufrido una caída. Yo me bajé los puños de la rebeca. Avanzamos por el pasillo y entramos en el auditorio justo a tiempo para ayudar a apilar las sillas. No había ninguna norma sobre cómo apilarlas, de modo que, sin querer, las apilamos de tal manera que resultaban demasiado pesadas para levantarlas y colocarlas sobre las otras. Aquellos montones de altura desigual se quedaron aparte. Recogimos el bolso y cada cual se encaminó a su coche.





## Algo que no necesita nada

En un mundo ideal, seríamos huérfanas. Ejerceríamos de huérfanas y seríamos acreedoras de esa piedad que merecen los huérfanos, pero, para nuestra suma humillación, teníamos padres. Yo incluso tenía dos. Ellos nunca permitirían que me marchase, de modo que no me despedí. Metí mis cosas en una pequeña bolsa de mano y les dejé una nota. De camino a casa de Pip, cobré los cheques de la graduación. Cuando llegué a su casa, me senté en el porche y me dediqué a fingir que tenía doce o quince años, incluso dieciséis. Cuando tenía esas edades, había soñado con este día. Incluso me había imaginado que me sentaría aquí para esperar a Pip por última vez. Ella tenía el problema opuesto al mío: su madre le permitiría marcharse. Su madre tenía las piernas gigantescas e hinchadas, síntoma de algo mucho peor, y se medicaba en exceso con marihuana.

Ya nos vamos, mamá.

¿Adónde?

A Portland.

¿Puedes hacerme un favor antes de irte? ¿Me acercas esa revista que hay allí?

Teníamos muchas ganas de comenzar nuestra vida como personas independientes. Y nos resultó fácil encontrar apartamento porque nos daba lo mismo una cosa que otra. Estábamos maravilladas de tener *nuestra* puerta, *nuestra* alfombra podrida, *nuestra* plaga de cucarachas. Lo decoramos con serpentinas y farolillos chinos y compartíamos la antigua cama que había en el estudio. Para una de nosotras era tremendamente emocionante compartir cama. Una de nosotras siempre había estado enamorada de la otra. Una de nosotras vivía en un estado perpetuo de anhelo. Pero nos conocimos cuando éramos unas chiquillas y parecía que estábamos destinadas a dormir como tales, o bien como una veterana pareja que se hubiese conocido antes de la revolución sexual y que fuese demasiado tímida para aprender los nuevos usos.

Estábamos deseosas de conseguir trabajo. En casi todos los sitios a los que íbamos dejábamos una solicitud de empleo. Pero, una vez contratadas como lijadoras de muebles, no podíamos creer que eso fuese lo que en realidad hacía la gente durante todo el día. Lo que habíamos imaginado que era el Mundo era en realidad resultado del trabajo de alguien. Cada tramo de acera, cada galleta salada. Todo el mundo tenía que pagar para poder disfrutar de una alfombra podrida y de una puerta. Horrorizadas, dejamos el trabajo. Tenía que haber una manera más digna de vivir. Necesitábamos tiempo para definirnos a nosotras mismas, para elaborar una teoría sobre quiénes éramos y ponerle música.

Con esa meta en mente, Pip propuso un nuevo plan. Nos empecinamos en él con determinación. Durante tres semanas seguidas escribimos y reescribimos y enviamos una y otra vez nuestro anuncio al periódico local. Finalmente, el *Portland Weekly* lo aceptó. Ya no sonaba a prostitución descarada, y, sin embargo, a un lector avisado no podía sonarle a otra cosa. Nos fijamos como objetivo a mujeres acaudaladas a las que les gustasen las mujeres. ¿Existía tal cosa? También estábamos dispuestas a aceptar a una mujer de renta media que hubiese ahorrado algún dinero.

El anuncio se publicó a lo largo de todo un mes y nuestro buzón de voz rebosaba de gente interesada. Todos los días teníamos que analizar sintácticamente las voces de centenares de hombres, a la espera de encontrar a aquella dama especial que nos pagaría el alquiler. Se hacía esperar. Quizá ni siquiera leía aquella sección del semanario gratuito. Nos entró la inquietud. Sabíamos que aquélla era la única manera de ganar dinero sin comprometernos. El señor Hilderbrand, el casero del apartamento, ¿aceptaría los cupones de comida como pago del alquiler? Desde luego que no. ¿Le interesaría aquella vieja cámara fotográfica que la madre de Pip le había prestado a su hija? En absoluto. Quería que le pagásemos como se paga tradicionalmente. Pip, con mucha diligencia, empezó a echarles el anzuelo a los mensajes con la intención de pescar a un caballero amable. Observaba su cara de muchacho mientras los escuchaba y me di cuenta de que estaba aterrorizada. Pensé en su pequeño trasero, que se parecía tanto a un pastel, y en el cálido mundo de complicaciones que tenía entre las piernas. Yo rezaba: Que sea un hombre ya mustio. Un hombre que lo único que quisiera fuese vernos saltar de aquí para allá en ropa interior. De repente, Pip sonrió y anotó un nombre. Leanne.

El autobús nos dejó ante el camino de grava que Leanne nos había descrito por teléfono. Le dijimos que nos llamábamos Astrid y Tallulah, y esperábamos que «Leanne» fuese también un seudónimo. Teníamos la ilusión de que llevase puesto un batín corto o una boa, porque esperábamos que estuviese familiarizada con la obra de Anai's Nin. Teníamos la esperanza de que no fuese como daba la impresión de ser por teléfono. Ni pobre, ni vieja, ni reacia a pagar la compañía de unas personas que se habían tomado la molestia de llegar hasta las afueras de Nehalem, una población de 210 habitantes.

Pip y yo bajamos por el sendero de grava en dirección a una pequeña casa de color marrón. Nos llegó un olor de guiso de comida en mal estado. Y, justo en aquel momento, una mujer puso un pie en el porche y frunció el ceño. Nos resultaba difícil determinar su edad desde nuestra atalaya, una atalaya que, en aquel tramo de nuestra vida, no nos dejaba fijar del todo nuestra atención en un cuerpo viejo. Es posible que tuviera la edad de la hermana mayor de mi madre. Y, al igual que tía Lynn, llevaba puestas unas mallas, unas mallas de color azul marino intenso, y una camisa descomunal ribeteada de encaje. Mi cabeza se infló a causa de un miedo nervioso. Miré a Pip y, durante una fracción de segundo, sentí como si no fuese nadie especial en mi esquema de vida a medio plazo. La veía como a una chica que me hubiese atado a su pierna para que la ayudara a hundirse cuando saltase desde el puente. Después de aquella visión, parpadeé y volví a estar enamorada de ella.

Leanne nos saluda con la mano y nosotras la saludamos con la mano. La saludamos hasta que estamos lo suficientemente cerca para decir hola y le decimos hola.

Ahora estamos tan cerca, que podríamos abrazarla, pero no lo hacemos. Ella dice: Entrad, y dentro se está a oscuras, y no hay niños. Por supuesto que no hay niños. Pip le pide el dinero nada más entrar, ya que era algo que habíamos decidido de antemano. Siempre es terrible tener que pedir algo. Ojalá fuésemos algo que no necesitase nada, igual que la pintura. Pero incluso la pintura necesita ser repintada. Leanne nos dice que somos más jóvenes de lo que esperaba y nos invita a sentarnos. Nos sentamos en un viejo sofá de plástico y ella sale de la habitación. Es una habitación horrorosa, llena de revistas apiladas por todas partes y de un mobiliario que podría provenir de un motel. No nos miramos, ni miramos nada que nos refleja. Yo tengo la vista clavada en mis rodillas.

Durante un rato, no sabemos dónde está. Después, poco a poco, noto que está de pie detrás de nosotras. Me doy cuenta justo antes de que me toque el pelo con sus uñas. No creí que se tratase de una tipa a la que le fuese el sexo, pero ahora me doy cuenta de que no sé nada. Ha empezado, y cada segundo estamos más cerca del final. Me digo que las uñas largas son sinónimo de riqueza; la idea de riqueza siempre me tranquiliza. Me esfuerzo en imaginar que huelo un perfume. En el caso de que todos utilizáramos un champú caro, ¿qué pasaría? En el caso de que estuviésemos de broma todo el tiempo y no nos preocupásemos por nada, ¿qué pasaría? Relajo mi mente, y hago ese ejercicio en que tienes que imaginarte que te conviertes en miel. Aflojo el ritmo de la mente hasta un punto que no se consideraría funcional para cualquier otro trabajo. Estoy viva sólo uno de cada cuatro segundos, sólo contabilizo quince minutos en una hora. Se halla delante de nosotras con una combinación que no está en absoluto limpia, y entonces me muero. Veo que Pip está quitándose los zapatos, y me muero. Veo que estoy apretando un pezón, y me muero.

En el largo camino de regreso a casa, ninguna de nosotras dijo nada. Éramos cometas que volaban en direcciones opuestas, atadas a unas cuerdas sostenidas por una misma mano. El dinero que acabábamos de ganar también estaba en aquella mano. Pip entró en una tienda para comprar una bolsa de patatas, lo que implicaba que teníamos un dólar noventa y nueve centavos menos para pagar la renta. En aquel momento, se hizo obvio que teníamos que cobrar más caro. Pip metió el dinero en un sobre y escribió: *Señor Hilderbrand*. Nos quedamos allí, distantes, heridas y oliendo igual que Leanne. Nos separamos y nos pusimos a tensar las diminutas cuerdas de nuestra miseria. Fui a darme un baño. Justo antes de meterme en la bañera, oí que la puerta de la entrada se cerraba y me quedé paralizada con la pierna a medio camino: Pip se había largado. A veces lo hacía. En aquellas situaciones en que otras parejas se pelearían o se reconciliarían, ella me abandonaba. Con un pie metido en la bañera, esperé a que volviese. Estuve así durante un irrazonable y largo periodo de tiempo, lo suficientemente largo como para darme cuenta de que no volvería esa noche. Pero, ¿qué tal si la esperaba fuera de la bañera? ¿Qué tal si me quedaba allí desnuda hasta que regresara? Y, una vez que Pip entrase por la puerta, podría completar el movimiento y sentarme en cuclillas dentro de la bañera, en el agua ya fría. Antes había hecho cosas raras como ésa. Me había escondido debajo de coches durante horas, esperando a que me

encontraran. Había escrito la misma palabra siete mil veces, intentando alquimizar el tiempo. Analicé mi situación ante la bañera. El pie ya lo tenía arrugado. ¿Cómo me sentiría cuando anocheciera? Y cuando Pip volviese a casa, ¿cuánto tiempo tardaría en mirar dentro del cuarto de baño? ¿Comprendería que el tiempo se había detenido mientras ella no estaba allí? E, incluso en el caso de que se diese cuenta de que había llevado a cabo aquella increíble proeza por ella, ¿qué pasaría? Nunca me mostraba agradecimiento ni comprensión. Me lavé con mucha rapidez, frotándome el cuerpo de manera exagerada para protegerme de una parálisis.

Iba de un lado a otro de aquella habitación diminuta. Ni siquiera se me pasó por la cabeza salir a la calle. No tenía ni idea de cómo navegar por la ciudad sin su compañía. Sólo había una cosa que no podía hacer cuando ella estaba conmigo, de modo que, al cabo de un rato, me tumbé en el sofá y la hice. Cerré los ojos. En todos los recuerdos manidos, tenemos entre seis y ocho años. Estábamos bajo las mantas del sofá-cama de su madre, o en la parte alta de mi litera, o en una tienda de campaña en el jardín trasero de su casa. A su manera, cada escenario resultaba convincente. Estuviésemos donde estuviésemos, todo empezaba cuando Pip me susurraba: Vamos a jugar a ser marido y mujer. A toda prisa, se colocaba encima de mí. Nos rodeábamos con los brazos. Nos frotábamos las pequeñas caderas para intentar alcanzar la fricción. Cuando lo hacíamos bien, la sensación llegaba como un estremecimiento por todo el cuerpo.

Pero, antes de llegar a esa sensación, oí el sonido de un chasquido en el aire. Era un sonido molesto y discretamente insistente. Miré al techo. Encima de mi cabeza, los cinco farolillos chinos se balanceaban un poco de manera espontánea. Cuando alargué la mano para tocarlos, me di cuenta enseguida de por qué se balanceaban, pero ya era demasiado tarde para no tocarlos. Sacudí uno de los farolillos y, desde el orificio del fondo, empezó a salir en tropel un ejército de cucarachas. Cuando caían, continuaban arrastrándose. Planificaban la conquista del terreno donde iban a aterrizar incluso antes de hacerlo. Y cuando chocaban contra el suelo no se morían, ni siquiera pensaban en morir. Echaban a correr.

Cuando Pip llegó por fin a casa, estuvimos de acuerdo en que el trabajo que habíamos hecho para Leanne no resultaba rentable. Pero unos días más tarde vimos a Nastassja Kinski en la película *París, Texas*. Llevaba

un jersey rojo largo y trabajaba en un peep-show. Me pareció un trabajo muy fácil, siempre y cuando Harry Dean Stanton no apareciera por allí. Pero Pip no estaba de acuerdo.

¡Ni loca hago yo eso!

Podría hacerlo sin ti.

Se enfadó tanto cuando le dije eso, que se puso a lavar los platos. Nunca lo hacíamos, a menos que intentásemos ser espléndidas y autodestructivas. Me apoyé en la puerta e intenté guardar silencio después de lo que acababa de decir, mientras ella raspaba unos fideos calcificados. Si digo la verdad, yo aún no había aprendido a odiar a nadie, salvo a mis padres. En realidad, seguía allí de pie, enamorada todavía. No estaba ni siquiera de pie: si ella hubiese decidido largarse de repente, me habría caído.

No importa. No lo haré.

Parece que lo dices desilusionada.

No lo estoy.

Vale. Sé que quieres que te vean.

¿Quiénes?

Los hombres.

No. No quiero eso.

Si lo haces, no podré estar contigo nunca más.

En cierto sentido, era lo más romántico que me había dicho en la vida. Implicaba que vivíamos juntas no porque hubiésemos crecido juntas y no conociéramos a más gente, sino porque había algo más entre nosotras. Porque ambas no queríamos que me mirasen los hombres. Le dije que nunca trabajaría en un peep-show y dejó de lavar los platos, lo que significaba que volvía a estar bien. Pero yo no estaba bien. En los últimos diez años, nos habíamos metido mano sólo en tres ocasiones.

1. Cuando tenía once años, su tío intentó abusar de ella. Cuando me lo contó, me eché a llorar y me dio un puñetazo en la barbilla. Durante cuarenta minutos, me hice un ovillo hasta que me desovilló. Me quedé con los ojos cerrados mientras ella apartaba mis rodillas del pecho. Noté que observaba mi cuerpo y supe que si yo continuaba con los ojos cerrados ocurriría, y ocurrió. Deslizó la mano por debajo de mis leotardos y empezó a tantear hasta que localizó aquella cosa que ella ya conocía porque tenía una igual. Después movió el dedo de una manera tan animal y violenta, que de inmediato me vino el estremecimiento. Cuando acabamos, me pidió que

no se lo contara a nadie y no supe si se refería a lo que acababa de ocurrir o a lo de su tío.

2. Nos emborrachamos por primera vez cuando teníamos catorce años, y, durante unos nueve minutos, tuvimos la impresión de que todo era posible, y nos besamos. Aquello parecía ser el anuncio de lo que iba a ser lo normal en el futuro, así que esperé más besos durante los días siguientes, incluso algún intercambio de anillos o de esos medallones en que se guardan la fotografía de la persona amada. Pero no hubo intercambio alguno. Cada cual se quedó con lo suyo.

3. En nuestro último año en el instituto, tuve otra amiga esporádica. Era una chica del montón, se llamaba Tammy y le gustaban los Smiths. No había posibilidad de que pudiese enamorarme de ella porque era tan patética como yo. Día tras día me contaba todo cuanto se le pasaba por la cabeza, y llegué a creer que eso era lo que hacían las chicas cuando se reunían. Yo quería hablar sobre mí, pero no resultaba fácil saber por dónde empezar. En los detalles minuciosos de los poemas que escribía sobre sus sueños, siempre estaba muy por delante de mí. Así que me limitaba a dejarme llevar, en una imitación aproximada de Pip. Pip no tenía un gran concepto de Tammy, pero estaba ligeramente intrigada por la naturaleza de nuestra amistad.

¿Qué hacéis?

Nada. Escuchar cintas de música y rollos por el estilo.

¿Sólo eso?

El fin de semana pasado hicimos galletas de mantequilla de cacahuete.

Ah, parece divertido.

¿Intentas ser sarcástica?

No, claro que no.

De modo que la siguiente vez que fui a la casa de Tammy, Pip vino conmigo. Me puse un poco nerviosa porque los padres de Tammy eran de esos que no dejan de merodear. Por lo común, los padres de las otras niñas no sabían qué pensar de Pip, que tenía más aspecto de chico que de chica, y, de alguna manera, aquello hacía que las madres se mostrasen coquetas y que los padres se sintiesen extrañamente amenazados. Pero, cuando llegamos, los padres de Tammy estaban viendo una película y se limitaron a saludarnos con la mano por detrás de sus cabezas. Como era de esperar, escuchamos unas cintas. Pip preguntó si no íbamos a hacer galletas de mantequilla de cacahuete, pero Tammy le dijo que no tenía los ingredientes.



Entonces, se tiró en la cama y nos preguntó si éramos amigas o qué. Un vacío terrible inundó el dormitorio. Yo miraba fijamente la ventana y repetía la palabra «ventana» en mi mente, y estaba preparada para repetir *ventana ventana ventana* indefinidamente, hasta que de repente Pip contestó:

Sí.

Cojonudo. Yo tengo un primo gay.

Tammy nos dijo que su dormitorio era un lugar seguro y que no teníamos que fingir. Después nos enseñó una pegatina de neón rosa que su primo le había enviado. Decía: fóllate a los de tu sexo. Las tres observamos la pegatina en silencio, procurando asimilar sus dos significados posibles. *Al menos* dos. Probablemente había alguno más. Tammy parecía esperar algo, como si Pip y yo, obedientes, nosuviésemos que lanzar la una sobre la otra en el instante mismo en que leímos la consigna descarada de la pegatina. Supe que la habíamos decepcionado al seguir sentadas dócilmente en la cama. Pip debió de tener la misma impresión porque, sin pensarlo, me echó el brazo sobre el hombro. Nunca había hecho nada parecido, de modo que, como era de esperar, me quedé paralizada por completo. Después, poco a poco, fui recomponiendo mi cuerpo hasta adoptar una postura despreocupada. Cuando suspiré y apoyé la mano en su muslo, Pip suspiró. Tammy estaba pendiente de cada uno de nuestros movimientos, incluso hizo una leve inclinación de cabeza en señal de aprobación antes de centrar de nuevo su atención en la música. Escuchamos a los Smiths, a la Velvet Underground y a los Sugarcubes. Pip y yo no nos movimos. Después de una hora y veinte minutos, empezó a dolerme la espalda y la entumecida y morada mano se sintió independiente del resto de mi cuerpo. Muy educada yo, pedí permiso para ausentarme un momento.

En la calidez pulverulenta del cuarto de baño me sentí eufórica. El hecho de encontrarme sola hizo que me desenfrenara. Eché el pestillo y empecé a hacer ante el espejo una serie de gestos involuntarios, barrocos. Me saludaba a mí misma con la mano como una loca y retorció la cara en medio de expresiones espantosas y hostiles. Me lavé las manos como si fueran las de una niña chica: primero me froté una, después la otra. Experimenté un paroxismo de individualidad. El nombre científico de tal espasmo es el Último Hurra. Aquella sensación pasó enseguida. Me sequé las manos con una toalla azul diminuta y volví al dormitorio.

Lo supe un momento antes de verlo. Supe que las encontraría juntas en la cama de esa manera. Supe que me quedaría pasmada. Supe que se separarían, sorprendidas, de un brinco, y que se secarían los labios. Pip no me miró a los ojos. Nunca más volví a hablar con Tammy. Sabía que todas terminaríamos el instituto y que Pip y yo viviríamos juntas, tal y como habíamos planeado. Y supe que ella no me quería de esa manera. Nunca me querría así. A otras chicas sí, a cualquier chica, pero a mí no.

Después de pagar el alquiler, nos sentimos con derecho a mencionarle al casero el problema de las cucarachas. Nos dijo que enviaría a alguien al apartamento, pero que no nos hiciéramos ilusiones.

¿Por qué no?

Es que no pasa sólo en vuestro apartamento. Todo el edificio está plagado de cucarachas.

Entonces tendría que desinfectar todo el edificio.

No serviría de nada. Vienen de otros edificios.

¿La manzana entera?

El mundo entero.

Le dije que no importaba y colgué rápidamente el teléfono antes de que oyese los martillazos que daba Pip. Estábamos haciendo reformas. En concreto, estábamos construyendo un *sótano*. El apartamento era muy pequeño, pero tenía los techos muy altos y quedaba un espacio tentador sin usar por encima de nuestra cabeza. Pip creía que los *lofts* eran cosa de hippies, de modo que, a pesar de que nuestro estudio estaba en la primera planta, había esbozado un proyecto que nos permitiría seguir viviendo en la planta principal, aunque con un techo bajo, y que, cuando estuviésemos de mal humor, nos bastaría con bajar una escalera para irnos al sótano. Las cosas pesadas, como la nevera y la bañera, se quedarían abajo, pero todo lo demás iría arriba. Ya nos imaginábamos el sótano. Tendría un olor húmedo, mineral, y el calor y las vetas de luz se filtrarían a través del techo. Allí arriba estaba nuestro hogar. La cena nos esperaba allí arriba.

Una de las razones principales para construir el sótano fue la posibilidad que teníamos de obtener madera gratis. Pip había conocido a una chica cuyo padre era propietario de Berryman's Lumber and Supply. Kate Berryman. Tenía un año menos que nosotras e iba a un instituto privado que estaba junto a la casa de la abuela de Pip. Yo no la conocía de nada, pero me alegré de que nos fuese de utilidad. Practicábamos de manera esporádica y relajada una modalidad de lucha de clases que permitía todo

tipo de hurto. No había persona ni negocio ni biblioteca ni hospital ni aparcamiento que no nos hubiese robado, ya fuese por vía psíquica o histórica, de modo que estábamos dispuestas a recuperar lo que era nuestro. Sin duda, Kate creyó que estaba de nuestra parte en lo que se refería a aquella restitución cuando forcejeaba para sacar los grandes paneles de madera contrachapada del remolque de la camioneta de su padre. Los dejaba en el callejón que había detrás de nuestro edificio y hacía sonar el claxon tres veces antes de irse. Cuando oíamos aquella señal, salíamos a la calle, simulando que íbamos a dar un paseo. A veces, incluso nos parábamos a comprar un refresco antes de decidirnos de manera arbitraria, cuando nos diese la gana, a encaminarnos tranquilamente al callejón. Los arrastrábamos escaleras arriba, absolutamente convencidas de que habíamos engañado a todos. Siempre llevábamos algo, lo que implicaba que alguien estaba siempre observándonos, lo que a su vez significaba que no estábamos solas en este mundo.

Cada mañana, Pip hacía una lista de las tareas del día. Al principio de la lista solía estar *ir al banco*, donde daban café gratis. Los asuntos siguientes eran a menudo inconcretos -¿conseguir bonos de comida, el carnet de la biblioteca?-, pero la lista me proporcionaba un sentimiento agradable. Me gustaba ver cómo la escribía, saber que alguien se preocupaba por programar la jornada. Por la noche, proyectábamos cómo decoraríamos el sótano, pero durante el día apenas avanzábamos en nuestro proyecto. Al fin y al cabo, lo que teníamos eran unos paneles de madera, apoyados en la pared y colocados sobre el sofá como perros sin amaestrar.

Estábamos tratando de clavar un poste en el suelo de linóleo de la cocina cuando Pip decidió que necesitábamos un determinado tipo de escuadra.

¿Estás segura?

Totalmente. Voy a llamar a Kate para decirle que nos la traiga.

¿No está en el insti?

No pasa nada.

Pip, después de hacer la llamada, fue a ducharse. Yo seguí clavando en el poste unas puntillas muy largas para fijarlo al suelo. El poste quedó bien asegurado. Me sentí satisfecha. No aguantaría ningún peso, pero se mantendría en pie. Era tan alto como yo, y no pude evitar darle un nombre. Tenía pinta de llamarse Gwen.

Sonó el portero automático y Pip se precipitó, aún mojada, hacia la puerta. Era Kate. Como estaba sentada en el suelo de la cocina, alcé los ojos para echarle un vistazo. Llevaba el uniforme de su instituto. No traía las escuadras. Quizá las escondía debajo de la falda.

¿Dónde están las escuadras?, pregunté.

Kate, con los ojos llenos de pánico, miró a Pip. Pip le cogió la mano, se volvió hacia mí y dijo: Tenemos que decirte una cosa.

De repente, me entró un escalofrío. Me notaba las orejas tan frías que tuve que frotármelas con las manos. Pero enseguida me di cuenta de que ese gesto podía dar a entender que me las tapaba para no oír lo que tenían que contarme, igual que el mono que no quiere oír al diablo. De modo que me froté las palmas de las manos y pregunté: ¿No tenéis las orejas frías? Pip no contestó, pero Kate negó con la cabeza.

Vale, desembucha.

Kate y yo nos vamos a vivir juntas a casa de sus padres.

¿Por qué?

¿Qué quieres decir?

Bueno, estoy segura de que el padre de Kate no querrá que vivas en su casa después de haberle robado todo lo que le has robado.

Voy a trabajar en su negocio para compensarle esa pérdida. Incluso puede que gane lo suficiente para comprarme un coche.

Me puse a pensar en lo que acababa de decir. Me imaginaba a Pip conduciendo un coche, un antiguo Ford modelo T, con gafas y una bufanda ondeada por el viento.

¿Puedo trabajar yo también en Berryman's Lumber?

De repente Pip se enfadó.

¡Venga ya!

¿Cómo? ¿No puedo? Sólo di que no puedo si es que no puedo.

¿Es que no te enteras de nada o qué?

¿De qué?

Levantó la mano de Kate, la estrechó con la suya y la palmeó en el aire.

De pronto tenía las orejas calientes, más bien ardiendo, y no me quedó más remedio que hacer un abanico con cada una de mis manos para enfriarlas. Eso fue el colmo. Pip agarró la mochila y salió airada del apartamento, seguida de Kate.

No podía permitir que saliese del edificio. Corrí por el pasillo y me abalancé sobre ella. Se zafó de mí. Con los brazos, la sujeté por las rodillas. Yo sollozaba y lloraba, pero no como un personaje de dibujos animados que solloza y llora: aquello ocurría de verdad. Si se iba, me quedaría muda, igual que esos niños que han sido testigos de horribles atrocidades. Salvo esos niños, nadie más podría comprender lo que sentía. Pip intentaba liberar mis dedos de su espinilla. Kate se acuclilló para ayudarla. La solté justo en el instante en que sentí el tacto de su piel, parecida a un pudín. Quería despachurrar ese pudín y acabé dándole un puñetazo en el pecho. Pip aprovechó ese momento para correr escaleras abajo, y Kate, no sé cómo, la siguió. Me quedé con la chaqueta de punto de Kate en la mano. Corrí detrás de ellas, las vi subir a toda prisa al coche de Kate. Antes de que arrancara, cerré los ojos y me tiré en la acera. Allí me quedé. Era mi última esperanza: que Pip se compadeciera de mí. Oí que el coche se ponía en marcha. Escuchaba el tráfico y el sonido de los peatones que me evitaban cuidadosamente. Casi oía a Kate y a Pip discutir dentro del coche: Pip queriendo salir para ayudarme y Kate animándola a no hacerlo, a salir pitando de allí. Apreté una de mis mejillas contra el pavimento a modo de plegaria. Unos tacones altos martilleaban y se detuvieron ante mí. La voz de una señora mayor me preguntó si me pasaba algo. Le susurré que estaba bien y, para mis adentros, le rogué que siguiese su camino. Pero, como la mujer insistía, abrí los ojos y no me quedó otra opción que decirle que se largase. El coche de Kate había desaparecido.

Me llevé el teléfono a la cama y dormí durante tres días seguidos. Cada cierto tiempo, abría los ojos durante un rato para recordar lo que había pasado. Después volvía a entrar en un estado de inconsciencia. En mis sueños, construía un túnel para acercarme a ella: la encontraría si cavaba lo suficientemente hondo. Los túneles se estrechaban a medida que gateaba por ellos, hasta que se convirtieron en imposibles mechones de pelo enmarañado y lo único que podía hacer era arrancarlos.

El tercer día por la tarde sonó el teléfono. Lo saqué de las profundidades margosas de la cama. Quería que ella supiera, desde el momento en que oyese mi voz, que estaba muriéndome. Articulé un saludo tan cobarde, tan desdichado, que cayó de mi boca como si fueran guijarros. Hola.

Era el señor Hilderbrand, el casero. En alguna realidad estrafalaria, alternativa y de ciencia-ficción, debíamos el alquiler. Había pasado un mes

desde que le levantamos la combinación sucia a Leanne. Colgué el teléfono y eché una mirada a mi alrededor. Mi poste seguía alzado en la cocina, discretamente silencioso. Una estructura peligrosamente alta, parecida a una mesa, se tambaleaba en medio de la habitación. Era el primer peldaño de la escalera. Gateando, me metí debajo de él y me imaginé a Pip y a Kate cenando con el señor y la señora Berryman. Era la clase de escena que describía Pip con frecuencia. No había casa por la que pasásemos sin que Pip presumiera de que a sus propietarios les gustaría que ella se fuese a vivir con ellos en cuanto se lo propusiera. Se veía como una encantadora golfilla sin techo, una mascota en busca de madres ricas. Era un camelo. De pronto comprendí que no había nada en el mundo que no fuese una estafa. En realidad, nada importaba y no había nada que perder.

Fui al cuarto de baño y me eché bastante agua en la cara. Aquello me cayó bien. De hecho, me sentía capaz de hacer cualquier cosa. Me quité los vaqueros y la camiseta con los que había dormido. Desnuda, me puse de rodillas y corté las patas de los vaqueros con un cúter. Me los puse. Quedaron chiquísimos. Chiquitísimos, lo mínimo que existe en shorts. Corté la camiseta y dejé en el suelo un fragmento de la leyenda que llevaba serigrafiada: si eres un amante del jazz. El resto, toca el claxon, apenas tapaba mis pequeños pechos, pero qué más daba. Qué más daba ya. Salí del apartamento y crucé el pasillo. Delante de la puerta de mi vecina había una cesta con manzanas ya pasadas, con una nota que decía: para mis vecinas, coged una. Y, joder, estaba muerta de hambre, así que cogí una manzana. La puerta se abrió. Nunca había visto antes a esa vecina, pero en aquel instante comprendí que era una yonqui. Una yonqui vieja que llevaba una prenda que yo sabía que se había encontrado en el pasillo. Era la chaqueta de punto de Kate. Me dijo que cogiera otra manzana y después me pidió que le diera un abrazo. La abracé con todas mis fuerzas, con una manzana en cada mano. La semana anterior me habría dado miedo tocarla, pero aquel día sabía que era capaz de hacer cualquier cosa.

Como no tenía dinero para el autobús, me fui caminando. La distancia era considerable. Un caballo se habría cansado yendo hasta allí al galope. Cuando los pájaros volaban hasta allí se consideraba ya una migración. Pero no era nada del otro mundo, sólo llevaba su tiempo. Fue una experiencia nueva cruzar la ciudad con los diminutos shorts y una medio camiseta que decía: toca el claxon. La gente lo tocaba incluso sin necesidad de ver mi camiseta. Varias veces creí que me iban a disparar por la espalda

o que me iban a lanzar una flecha, pero nada de eso pasó. El mundo no era tan seguro como me había imaginado. Todo lo contrario, era tan peligroso que mi ser prácticamente desnudo encajaba a la perfección en él, igual que un accidente de tráfico, algo que ocurre todos los días.

El lugar al que me dirigía estaba en una zona comercial, entre una tienda de animales y una oficina de cambio de cheques bancarios. Le pregunté al hombre que estaba detrás del mostrador si le interesaba contratar a alguien. Me dio una hoja de contratación prendida a una tablilla sujetapapeles para que la rellenase. Cuando se la entregué, la miró con detenimiento, aunque sin mover los ojos. Me hizo pensar que a lo mejor no sabía leer. Me dijo que podía empezar aquella misma noche si volvía por allí a las nueve. Le dije: Cojonudo. Me dijo que se llamaba Alien y yo le dije que me llamaba Gwen.

Pasé tres horas holgazaneando por la zona comercial. La tienda de animales estaba cerrada, pero me arrodillé y entreví unos conejos a través del escaparate. Repiqueteé el cristal y un anciano conejo de orejas caídas saltó hacia mí con desgana. Me miró primero con un ojo, después con el otro. Le temblaba la nariz. Durante un instante, creí que me reconocía, que me conocía de antes, igual que me reconocería un antiguo profesor o un amigo de mis padres. Los ojos del conejo lanzaban miradas a mi ropa. Olfateaba mi urgencia salvaje y triste y llegó a imaginarse que yo estaba tramando algo. Me levanté, me sacudí las rodillas y entré en Mister Peeps, Vídeos para Adultos y Demás.

Lo «Demás» estaba en la parte trasera de la tienda. Alien me dejó allí con una mujer llamada Christy. Estaba sentada en una silla de plástico verde y llevaba un aniñado y ñoño vestido rosa de peto. Mientras miraba los cierres de su vestido, de un dorado brillante, me preguntaba si todas las cosas normales pertenecían en realidad a un submundo secreto y sexual. Me hizo pasar a la cabina y empezó a meter consoladores, botellas y bolitas chinas dentro de una bolsa deportiva Adidas. Una Adidas. Sus herramientas de trabajo las había tenido diseminadas sobre una toalla con estampación de flores, y supe que si olía aquella toalla, olería como mi abuela. Abuelita. Christy enrolló la toalla alrededor de un pequeño bote vacío de mermelada.

¿Para qué es eso?

Para el pipí.

Incluso el pipí participaba de aquello. Me mostró la lista de precios y la ranura por la que caía el dinero, y levantó la mano en el aire para

describir cómo se descorrían las cortinas. Limpió el auricular con limpiacristales y una toalla de papel y me dijo que nunca lo dejara pegajoso. Después, con una eficacia precipitada, se recogió su larga y lacia melena en una cola de caballo, se echó la bolsa Adidas al hombro y se marchó.

La tienda era muy silenciosa, igual que una biblioteca. Me senté en la silla de plástico verde y me ajusté la camiseta y los shorts. Las lámparas fluorescentes zumbaban con una constancia eterna. Levanté la mirada hacia ellas y me imaginé que las lámparas, no las estrellas, habían estado colgadas allá arriba durante todo el tiempo que duró la creación de la civilización. Habían zumbado sobre las edades de hielo y de los neanderthales, y en aquel momento zumbaban sobre mí. Me levanté y entré en la cabina. No tenía nada que poder esparcir sobre una toalla. Por no tener, no tenía ni toalla. Lo único que tenía era la llave del apartamento. Si no ganaba nada aquella noche, tendría que hacer el camino de vuelta andando. Por la noche. Con aquel conjuntito que llevaba puesto. Me encontraba en una situación excepcional en que no tenía más remedio que hacer un Show de Fantasía en directo para garantizar mi seguridad personal.

Hice prácticas de descolgar el teléfono. Lo hice cinco veces, cada vez más rápido, como si aquella fuese la habilidad por la que iban a pagarme. Pensé en las palabras que tendría que decir a través del teléfono. Nunca había usado esas palabras, excepto para decir tacos. Traté de reinterpretarlas como palabras seductivas. Traté de pronunciarlas en el teléfono de manera seductiva, pero me salía un susurro estrangulado. ¿Y si no pudiera decirlas? ¿Cómo sería de embarazoso? El hombre me pediría que le devolviera su dinero y yo no podría coger el autobús. Presa del pánico, dije todas las palabrotas que conocía como si fuese un único taco largo: Mamonazo lamepollas guarra puta chochete lamecoños gilipollas cabronazo. Colgué el teléfono. Ya podía decirlas.

Estuve sentada en la silla de plástico más de tres horas. Durante todo ese tiempo, dos hombres entraron en la tienda. Ambos me miraron a hurtadillas por encima de los expositores de los vídeos, pero ninguno de los dos fue a la parte trasera. Después de que se hubo marchado el segundo hombre, Alien me gritó desde detrás del mostrador:

¡Ése es el segundo que dejas marchar!

¿Qué?

¡Demuestra más agresividad! ¡No puedes quedarte con el culo pegado a la silla!



¡Vale, tío!

Veinte minutos más tarde, un hombre con una sudadera negra entró en la tienda. Me miraba con ojos de miope por encima de un expositor de revistas. Me levanté y me dirigí hacia él. La sudadera tenía serigrafiada la fotografía de una galaxia con una flecha que señalaba un punto diminuto y la leyenda aquí estás tú. El hombre levantó la vista y me miró con una fingida expresión de sorpresa. Me lo imaginé quitándose un sombrero de manera instintiva ante la presencia de una señora, pero no llevaba sombrero.

Caballero, ¿le interesaría ver un show de fantasía en directo?

Sí. De acuerdo.

Me siguió a la parte trasera de la tienda. Nos separamos durante un segundo y nos reunimos dentro de la cabina, separados por una cortina y un cristal. Oí abrirse con un desgarró el velero de una cartera. Un billete de veinte dólares cayó livianamente dentro de la caja de plástico cerrada con llave y la cortina se alzó. Ya se había sacado el pene y agarraba el auricular con una mano. Yo descolgué el teléfono. Pero, tal y como había temido, enmudecí. Me sentí paralizada, como si estuviese sobre un peñasco en un lago frío. Nunca se me había dado bien lo de tirarme al agua, cambiar de un elemento a otro. De pequeña, podía quedarme en el peñasco durante todo el día y dejar que los demás niños pasaran ante mí eternamente. Se la movía de arriba abajo y era algo que resultaba extraño de ver, algo que no se ve todos los días. De hecho, nunca había visto aquello antes. Dijo algo por el auricular, pero no lo entendí. A pesar de lo cerca que estábamos, la recepción no era muy buena.

¿Perdone?

¿Puedes quitarte la ropa?

Ah, vale.

Desde niños, nos enseñan a no quitarnos la ropa delante de desconocidos. Llevar la ropa puesta es, en realidad, la regla número uno de nuestra civilización. Incluso un pato o un oso parece civilizado cuando está vestido. Me bajé los shorts vaqueros y me quité la camiseta. Allí estaba yo, desnuda, como un pato o un oso. El hombre me miró seriamente concentrado: mis pálidos pechos, el manojó de vello entre mis piernas. Repartía la vista entre esos polos. De vez en cuando, me miraba a los ojos para asegurarse de que yo lo miraba. Decidí fijar la mirada en su pene, con la esperanza de que ese gesto fuese suficiente, pero, al cabo de unos segundos, me preguntó si le gustaba lo que veía. Otra vez estaba encima del

peñasco y los niños, chapoteando en el lago, me gritaban ¡Salta! Pero yo sabía que saltar era lo mismo que morir, tendría que despojarme de todo. Consideré lo que tenía. Ella no había llamado, no llamaría, yo estaba sola y me encontraba allí -ni siquiera en un sentido abstracto, no aquí en la Tierra o en el universo, sino *allí*, de pie y desnuda ante aquel hombre-. Me metí una mano entre las piernas y le dije: Tu enorme polla me está poniendo muy cachonda.

A las cinco de la mañana, atravesaba yo majestuosamente la noche en un autobús. Aunque el autobús era sólo una formalidad. En realidad, volaba, y lo hacía en el aire, y era más alta que la mayoría de la gente, medía más de tres metros y podía volar, podía saltar por encima de los coches, podía decir «polla» con voracidad, con dulzura, con coquetería, con exigencia, y podía volar. Y tenía trescientos veinticinco dólares en el bolsillo. Quedarse con un pie dentro de la bañera hasta que ella regresara no era sólo una manera de perder el tiempo, sino también un ritual para hacerla regresar. Sería Gwen hasta que volviera a casa.

Me compré un salto de cama verde lima, un consolador con el que me desvirgué y una peluca de color castaño, a lo garçon, modelo Élan. Odiaba aquel trabajo, pero me gustaba sentirme capaz de hacerlo. Durante un tiempo creí en el prestigioso yo interior, pero a esas alturas ya no. Creía que era un ser frágil, pero no lo era. Era como alguien que de pronto descubre que se le dan bien los deportes. A mí no me interesaba el fútbol americano, pero resultaba bastante asombroso jugar en la Liga Nacional de Fútbol. Contaba historias largas y enrevesadas que revoloteaban alrededor de mi siempre húmedo cono, exhibía cada parte de mi cuerpo, les decía a los clientes que los echaba de menos, y esos clientes se hicieron habituales, y esos habituales se hicieron merodeadores. Tenía la precaución de quedarme dentro de la tienda hasta un instante antes de que llegara el autobús, y después pasaba como un rayo delante de cualquiera que estuviese al acecho en el aparcamiento. Lo saludaba con la mano y le gritaba: ¡Ven a verme el jueves!

Y la echaba terriblemente de menos.

Una noche en que el autobús se retrasó, un cliente me siguió y se puso a mi lado en la parada. Como yo lo ignoraba, se puso a escupir. Al principio, escupía en la acera, pero luego empezó a escupir al aire. Notaba en mi cara pequeñas salpicaduras. Apreté los labios y di un paso atrás. Él hizo lo mismo, y siguió llenando el aire con aquellos escupitajos sin rumbo.

Su acoso respondía a una lógica tan extraña que me desorientó. No acertaba a discernir si era algo aterrador o absurdo, y aquella sensación me sugirió que volviera a la tienda. Eché a andar y después a correr, hasta que llegué a la puerta y la cerré de un portazo. Pero Míster Peeps no era lo que se dice un refugio seguro. Además, no podía quedarme allí eternamente. Le pedí a Alien que saliera para comprobar si el cliente seguía aún por allí. Y allí estaba. ¿No podía decirle Alien que se fuese? Alien llegó a la conclusión de que no podía hacerlo porque *a)* no estaba violando la ley y *b)* era un buen cliente. Alien sugirió que lo mejor sería llamar a un amigo o pedir un taxi.

Había estado esperando a que llegase ese momento, y me maravillé de la naturalidad con la que se me había presentado. Por regla general, me imaginaba que acabaría envenenándome o dejándome atropellar por un coche y que algún funcionario, un policía o una enfermera, me preguntaría si había alguien a quien quisiera llamar. Yo habría pronunciado su nombre con voz entrecortada. Habría dicho: Ella trabaja en Berryman's Lumber and Supply. Aquella situación mía no era tan tremenda, pero mi seguridad estaba en juego, y, lo que era más importante, no fue idea mía llamarla. Alien, mi superior en el trabajo, me lo había mandado, casi me lo había ordenado.

A lo loco, me apresuré a telefonar a Berryman's Lumber, intentando aparentar ser una persona que llamaba para preguntar sobre repuestos de cuchillas de sierra. Pero, en el instante en que hubo línea, mis sentidos se desbordaron, ajenos a todo lo que no fuese el tono de llamada o el sonido de mi corazón.

Berryman's Lumber and Supply, ¿en qué puedo servirle?

¿Pip Greely, por favor?

Un momento.

Un momento. Dos meses. Toda una vida. Un momento.

¿Diga?

Soy yo.

Ah, hola.

Aquello no estaba bien. Aquel Ah, hola. Yo no podía ser para ella una persona que le provocase una respuesta como aquélla. Me alisé la peluca. Sonreí al aire de la misma manera en que lo hacía cuando los clientes se desabrochaban el cinturón, e hice que mis ojos se rieran como si todo fuese una especie de versión de algo divertido. Empecé de nuevo.

Oye, estoy en un apuro y me preguntaba si podrías echarme una mano.

¿Sí? ¿Qué pasa?

Trabajo en aquel lugar, en Míster Peeps, ¿te acuerdas? Y hay un tipo horripilante merodeando. ¿Tienes coche?

Durante unos segundos no articuló palabra. Casi podía oír cómo reverberaba el nombre de Míster Peeps en su cabeza. Describía a un hombre con ojos del tamaño de un reloj. Había consagrado toda su vida a evitar a Míster Peeps y, en aquel momento, allí estaba yo, tonteando con él. No sabía si le resultaba repulsiva, estúpida o qué. Cualquier cosa imprevista. Contuve la respiración.

Me dijo que tal vez podría pedir prestada una furgoneta y me preguntó si podría esperar veinte minutos, hasta que saliese del trabajo. Le contesté: Es probable.

En la furgoneta no dijimos palabra. Yo ni siquiera la miraba, pero noté que ella no dejaba de mirarme con perplejidad. Me cambiaba de ropa y me quitaba la peluca antes de ir a casa, pero aquella noche hice bien en quedarme como estaba. Miraba por la ventanilla para observar a otros pasajeros enamorados de sus conductores, pero nosotras disimulábamos bien, fingíamos que estábamos aburridas y que rezábamos para que el tráfico fuese fluido. Justo en el momento en que vio su antigua casa, viró a la izquierda y me preguntó si me apetecía ver dónde vivía.

¿La casa de Kate?

No, aquello no salió bien. Vivo en el sótano del tipo con el que trabajo.

Claro que sí.

El sótano estaba lo que se dice «sin terminar». El suelo no estaba enlosado, con unos cuantos tableros de madera desperdigados aquí y allá que formaban unas islas sobre las que se alzaba una cama y algunos cajones de embalaje de leche. Encendió una linterna y, recorriendo con ella todo el sótano, dijo: Sólo cuesta setenta y cinco dólares al mes.

No me digas.

Sí. ¡Todo esto! Tiene más de ciento treinta metros cuadrados. Aquí puedo hacer lo que se me antoje.

Mientras caminábamos entre los tableros, iba describiéndome lo que tenía proyectado hacer. Arriba, alguien tiró de la cisterna. Casi veía a su compañero de trabajo caminar por encima de nosotras. Se detuvo, crujió un sofá y se oyó el sonido de un televisor. Eran las noticias. Ajustó la linterna en un lazo de cuerda que colgaba del techo y un foco de luz tenue cayó

sobre la almohada. Me tumbé en la cama y bostecé. Ella me observaba de pies a cabeza.

Si quieres, puedes quedarte ahí. Si estás cansada, claro.

Quizás una cabezada.

Tengo que limpiar.

Tú limpia y yo me echo una cabezada.

La escuchaba barrer. Cada vez barría más cerca. Barría por todas las esquinas del colchón. Entonces soltó la escoba y se tumbó en la cama conmigo. Ambas estuvimos allí, inmóviles, durante un rato. Por último, el hombre que estaba en la planta de arriba tosió, lo que provocó una oleada de energía cinética. Pip se sacudió los hombros para que la manga de su camiseta me rozara el brazo. Cambié de postura y, como quien no quiere la cosa, apoyé mi tobillo en su espinilla. Pasaron cinco segundos, como el redoble potente de un bombo. Los tres permanecíamos inmóviles. Un cambio de postura en el sofá en que él estaba sentado hizo que las dos nos diésemos la vuelta y que nuestras bocas se unieran y que nuestras manos se entrelazaran con urgencia, incluso con dolor. Parecía necesario mostrar brutalidad al principio, fingir ira y no claudicar en nada. Pero, una vez que habíamos luchado hasta muy entrada la noche y apagamos la linterna, me sorprendieron sus delicadas atenciones.

Aquello fue lo que fue porque yo no era exactamente yo. Y aquélla, en cambio, era la verdadera Pip. Porque no hay que sacar conclusiones precipitadas: no me quité la peluca en ningún momento. Calculé que la peluca haría aquello posible, y creo que no me equivoqué. La peluca y también el hecho de no llorar, aunque quería desesperadamente llorar, decirle lo deprimida que había estado, abrazarla y arrancarle la promesa de que nunca más volvería a dejarme. Quería que me suplicara que dejase aquel trabajo, y entonces fui yo la que quise dejarlo.

Pero no me suplicó nada. Además, Míster Peeps era imprescindible. Todas las noches ella me recogía en una furgoneta de Berryman's Lumber, me llevaba a su sótano y me hacía el amor. Y yo volvía al apartamento todas las mañanas y me quitaba la peluca. Me rascaba el sudoroso cuero cabelludo y dejaba que mi cabeza respirase durante dos horas, antes de coger el autobús para ir al trabajo. Y así durante ocho maravillosos días. El noveno día, Pip me propuso que desayunásemos en algún sitio antes de irme a trabajar.

Ojalá pudiera, pero tengo que volver a casa para prepararme.

Estás estupenda.

Es que tengo que lavarme el pelo.

Tu pelo está fantástico.

Me toqué la peluca y me reí, pero ella ni siquiera sonrió.

De verdad, está fantástico.

Nuestras miradas se inmovilizaron y un sentimiento poco amistoso pasó entre nosotras. Desde luego que era una peluca -yo sabía que ella lo sabía-, pero estaba decidida a ponerme en evidencia. Imaginé que nos batíamos en duelo: unos delicados floretes en alto.

Vale, vamos a desayunar.

Después puedo dejarte en Míster Peeps.

Estupendo. Gracias.

Todo el mundo sabe que si se pinta completamente a un ser humano con pintura de paredes sobrevivirá, siempre y cuando no se le pinte la planta de los pies. Sólo es necesaria una insignificancia de ese tipo para matar a una persona. No me había quitado la peluca durante casi treinta horas y, mientras me desnudaba, me contoneaba y gemía, empecé a notar que tenía fiebre, mucha fiebre. A mediodía, el sudor me corría por toda la cara, pero los hombres no dejaban de llegar. Gané mucho dinero aquel día. Alien incluso me dio una palmadita en la espalda y me dijo cuando ya me iba: Buen trabajo. Eres cojonuda. Pip me esperaba en la furgoneta, aunque el camino del aparcamiento se me hizo largo y extraño. Creí reconocer a un cliente escondido junto a su coche, pero no, era un hombre normal y corriente que acomodaba algo dentro de una jaula. Murmuró: Está bien, vamos a llevarte a casa.

Pip me llevó directamente a la cama, incluso le pidió prestado un termómetro a su compañero de trabajo y de casa. Pero ni siquiera insinuó que me quitase la peluca, y en mi estado febril comprendí lo que aquello significaba. La vi, bajo la luz, con una pistola y supe, sin tener que mirármelas, que yo tenía las manos vacías. Pero podía ganar si simulaba tener una pistola. Si yo imitaba un disparo con la voz y ella me disparase, yo ganaría. Si moría siendo Gwen, ¿seguiría viviendo lo que quedaba de mí? Y ¿qué quedaba de mí? Me dormí con esa pregunta y construí un túnel a través de la noche arremetiendo contra el pelo anudado, hasta que se me cayó la peluca. A la mañana siguiente, no me la puse, y Pip no se interesó por mi estado. Se dio cuenta de que me encontraba bien. No se ofreció a llevarme al trabajo y ambas sabíamos que no iría a recogerme.

Me senté en la silla de plástico verde bajo las luces fluorescentes. Fue un día de poquísimo trabajo. Daba la impresión de que todos los hombres del mundo estaban demasiado ocupados para poder masturbarse. Los imaginé llevando a cabo actos virtuosos, esclareciendo crímenes y enseñando a sus hijos a dar la vuelta de campana. Era la última hora de mi turno de ocho horas y ni siquiera me había estrenado. Era algo casi sobrecogedor. Miré el reloj y la puerta y empecé a hacer apuestas. Si en los próximos quince minutos no entraba ningún cliente en la cabina, gritaría el nombre de Alien. Pasaron los quince minutos.

¡Allen!

¿Qué?

Nada.

Ya sólo quedaban veinte minutos. Si no entraba nadie en los siguientes doce minutos, gritaría la palabra «Yo». Egoístamente. Pasados siete minutos, la puerta hizo din don y entró un hombre. Compró un vídeo y se fue.

¡Yo!

¿Qué dices?

Nada.

Eran los últimos ocho minutos. Si no entraba ningún cliente, gritaría la palabra «Renuncio». Ya es suficiente, hasta aquí he llegado, me voy a casa. Me quedé observando fijamente la puerta. Amenazaba con abrirse cada vez que tomaba aliento, cada minuto que pasaba. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho.

## Beso una puerta

Ahora que lo sé, todo resulta claro. De pronto, no hay nada que recuerde que no contenga una clave. Recuerdo un hermoso abrigo de lana azul con botones planos y plateados. Le quedaba a la perfección, incluso se le ceñía al cuerpo.

¿De dónde has sacado ese abrigo?

Me lo ha comprado mi padre.

¿De verdad? Es genial.

Lo acabo de recibir esta mañana.

¿Lo eligió él? ¿Cómo sabe elegir algo tan genial?

No lo sé.

Resultaba injusto que Eleanor fuese tan guapa y a la vez la cantante del mejor grupo de música, y, por si fuera poco, que tuviese un padre que le enviaba abrigos fabulosos comprados en tiendas carísimas y que le quedaban como si estuviesen hechos a medida. Mi padre jamás me envió nada, aunque a veces me llamaba para preguntarme si podría darle trabajo.

Yo sólo Soy una camarera.

Pero, ¿qué tal si yo trabajara bajo las órdenes de la camarera?

¿De ayudante de camarera?

¡Eso!

No tenemos ayudantes de camareros. Yo misma retiro el servicio de las mesas.

Podrías subcontractarme; ahorrarías mucho tiempo.

Mira, me resulta imposible mandarte dinero.

¿Te he pedido dinero? ¡Te he pedido trabajo!

Ahora mismo no puedo hacer nada.

No quiero dinero. ¡Quiero una vida que tenga sentido!

Tengo que dejarte.

Mándame sólo cincuenta dólares. Yo pagaré los gastos del giro.

Cuando Shy Panther actuó en el Lyceum, el padre de Eleanor se presentó allí para verla actuar, y tuve entonces la oportunidad de conocerlo.



Era un hombre muy atractivo, increíblemente atractivo. Delante de él, ella enmudecía, y, para ser sincera, daba la impresión de que Eleanor era menos interesante cuando él estaba a su alrededor. Tanto que, cuando salió al escenario, su diminuta presencia resultó casi presuntuosa: cómo iba a imaginarse ella jamás que la gente quisiera escucharla. Cantó:

*Él parece una puerta  
Tiene el mismo sabor que una puerta  
Y cuando le beso  
Beso una puerta*

Su monotonía característica y su famosa falta de carisma en el escenario no sirvieron de nada aquella noche. No estuvo a su altura. Era la chica rara de la clase, esa a la que obligaban a recitar poemas. La observé desde el *backstage*, de pie junto a su padre, preguntándome si me tenía cogida por el brazo o si estaba imaginándomelo. Sí, estuve flirteando con él, no en ese momento, pero sí durante toda la noche. Me dijo algo que aún me repito todos los días. Me dijo: Los hombres se chiflan por las mujeres más altas que ellos. Pero ahora sé más sobre el asunto y empiezo la frase con «en el Cielo». En el Cielo, los hombres se chiflan por las mujeres más altas que ellos. Y todos los perros que mueren resucitan. Cuando dimos por concluida la noche, Eleanor y su padre me dejaron en mi apartamento y me sentí celosa y confusa, como si él la hubiese preferido a ella en vez de a mí. Sólo que la cosa no era tan sencilla. Estoy psicoanalizando la situación retrospectivamente.

Cuando *Thunderheart* salió al mercado, ya no éramos amigas. No por lo que ocurrió aquella noche, sino porque me acosté con Marshall. No era su novio -me lo decía a mí misma mientras le besaba la bragueta de su vaquero-, pero sabía que ella estaba convencida de que los dos miembros de su grupo le pertenecían. Tenía un pene largo y curvado hacia abajo, de modo que pude follármelo recostada sobre su espalda: lo llevé hacia atrás por entre sus piernas y me lo metí. Parece imposible, pero así fue. Se comprendería mejor si hiciera un esquema.

¿Lo has hecho así antes?, le pregunté.

No.

¡Estás mintiendo!

No, ni siquiera sabía que fuese posible.

¡Te he enseñado algo! Ahora ya puedes hacerlo siempre en esta postura.

Pues sí. Es posible que sea ese tipo de cosas que siempre le vienen mejor a la mujer.

¿De verdad? Oh, Dios mío, lo siento. ¿Quieres parar?

¿Estás ya a punto de correrte o algo por el estilo?

Creo que sí.

Vale, de acuerdo. No hay prisa.

No, en realidad no puedo correrme. Vamos a cambiar de postura.

Fue Marshall quien me contó lo de Eleanor. Hacía más de un año que no lo veía. En ese intervalo, conocí a Jim y creo que incluso ya estaba embarazada de April. Me lo contó todo mientras estábamos en la sección de música soul de Spillers.

¿Que está viviendo con sus padres? ¿Por qué?

No con sus padres -dijo él-, con su padre. Sus padres están divorciados.

Pero, ¿por qué? ¿Está bien?

Bueno, no, claro que no, desde que vive con él...

¿Está enferma?

No. ¿Conoces a su padre?

Sí, lo conocí en el concierto del Lyceum.

Entonces ya sabes lo de él.

¿Qué?

Lo enamorado que está de ella.

¿Cómo?

¿Es que no lo sabías?

¿Qué?

Se divorció de su mujer para estar con ella. Ésa fue la razón por la que ella vivió en Lampeter el tiempo que estuvo en el instituto.

Ésa no es la razón.

Sí que lo es. Mientras iba al instituto vivían como pareja.

No puedo creerlo. No, me lo habría contado.

Lo siento.

¿Por qué no me lo contó?

Lo siento.

Oh, Dios mío. ¿Y está viviendo con él? ¿De verdad?

No lo sé. Nadie ha hablado con ella.

Pero es posible, ¿no?

Sí, es posible.

Ahora, cuando saco el disco, es como si sacase una espada o un martillo. *Thunderheart*. Es el único y sorprendente fragmento que evidencia su yo. Su yo más íntimo y verdadero, cantado en el único registro de voz que tenía, aquel registro de voz que, quién sabe por qué, ella decidió que era estupendo. El grupo permaneció unido durante dos años. Aquéllos fueron los únicos años en que vivió sola, separada de su padre. Y, hasta donde sé, Marshall y Sal eran los únicos a quienes se lo había contado. Es como si hubiese emergido del infierno para hacer sólo eso, un disco, y después hubiese regresado a él. Pero yo no soy nadie para juzgar. Quizá no era el infierno. Quizá quería regresar. Marshall me contó que aún estaban juntos y que vivían en Milford Haven. Él actuó en Cardiff y ella fue a verlo. Cuando le preguntó si seguía cantando, ella se rió y le dijo: ¿Que si sigo cantando? Me halagas.

## El niño de Lam Kien

Di veintisiete pasos y me detuve. Junto al arbusto de enebro. La peluquería Lam Kien estaba delante de mí y la puerta de mi casa detrás. No es agorafobia, porque la verdad es que no me da miedo salir de casa. El pánico me entra cuando me alejo unos veintisiete pasos de mi casa, justo a la altura del arbusto de enebro. Lo he examinado y he llegado a la conclusión de que no es un arbusto verdadero, y he rebatido esa teoría, y he hecho todo lo posible para no darme la vuelta y regresar a casa, incluso si ello significase quedarme allí para siempre. Estaba comiéndome algunas de las incomibles bayas del enebro cuando se abrió la puerta de Lam Kien y un chiquillo salió por ella. Quizás era el hijo de Lam Kien, Billy Kien. O tal vez Lam Kien no era un nombre, sino una traducción de «salón de belleza» o de «uñas de porcelana». El joven Kien se quedó junto a la puerta; yo, dentro del ámbito de mis veintisiete pasos. Parecía que esperaba a que yo avanzase. Como si eso no lo esperásemos todos... Cuando se hizo evidente que aquello no iba a suceder, me gritó:

¡Tengo un perro!

Asentí con la cabeza y le pregunté:

¿Cómo se llama?

El muchacho pareció entristecerse durante unos segundos y me di cuenta de que en realidad no tenía ningún perro. Me sentí honrada por haberme elegido como la persona obligada a creer que tenía un perro. Yo era la mujer adecuada para eso. Había elegido bien al elegirme. Al final, gritó: ¡*Paul!* Y yo, obediente, me imaginé a *Paul*: corriendo con el niño, queriendo al niño, el niño dándole de comer a *Paul*...

¿Tiene usted un perro?, me preguntó el dueño de *Paul* mientras se dirigía hacia donde yo estaba, aunque se detuvo en un lugar en que podría ser atropellado por un coche.

No te quedes en la calzada.

Se acercó y se puso a mi lado, sin juzgarme.

¿Tiene usted alguna mascota?

No.

¿Ni siquiera un gato?

No.

¿Por qué no?

No estoy muy segura de que pudiese cuidar a una mascota. Viajo mucho.

Pero podría comprarse una pequeña mascota que no tuviese mucha hambre.

Ya conocía todas esas cosas que no tenían mucha hambre; mi vida estaba llena de esas cosas. No quería más debiluchos que se activaban con el agua y el calor, aunque no ensuciaban y eran tan pequeños que, cuando morían, los enterraba sólo con el olvido. Si tuviera que llevar algo nuevo a mi casa, sería una cosa grande y hambrienta. Pero no podía hacerlo. No se lo dije al muchacho porque yo era la única persona que creía en la existencia de su perro.

¿Qué clase de mascota me aconsejarías?

Un renacuajo.

Pero un renacuajo crece y se convierte en rana. No puedo tener una rana en mi casa, saltando por todas partes.

Oh, no, no crece, ¡es pequeño! Pero sí necesitará un acuario.

Pero se transformará en rana.

¡No, no lo hará! Ése es otra clase de pez.

¿Qué clase de pez?

Un pececillo de agua dulce.

No repliqué. En mi mente había en ese instante, junto al lugar en que el chico jugaba con su perro, un acuario habitado por un diminuto renacuajo inapetente. Nadaba de aquí para allá, con la sensación perpetua de estar listo para saltar, listo para sentir el aire en su lomo y listo para la transformación fantástica y formidable que experimentaría. Nadaría por siempre jamás y *Paul* no moriría nunca, pero el chico y yo estábamos cambiando incluso en ese momento en que nos hallábamos frente a frente. El muchacho iba aburriéndose, y eso era una forma de hacerse mayor. Yo iba deprimiéndome, y era culpa mía. Era un día maravilloso y alguien me dirigía la palabra por el mero deseo de hacerlo. Pero ya intuía el final: la camiseta del chico tenía estampados unos personajes de dibujos animados y aquellos personajes se alejaban de mí, daban un paso atrás mientras el

muchacho daba un paso adelante. Estaba justo frente a mí, me apretó el brazo y me dijo: ¿Me enseña su casa?

Qué alivio. Incluso el apretón me gustó. Me convencí de la necesidad de hacer daño a la gente al mismo tiempo que se le da algo. Fue estupendo tener una excusa para volver a casa tan pronto. Mientras cerraba la puerta, tardé un segundo en pensar en la ley. Las leyes relativas al hecho de enseñar tu casa a un niño cuando ni siquiera sabes cómo se llama. Aunque sí sabía el nombre de su perro imaginario. Comprobé que podía pronunciar el nombre de *Paul* sin tener que admitir que no era real. Cuando el juez me dijese que el niño no tenía ningún perro, fingiría sentirme muy sorprendida y decepcionada, incluso ofendida. Lloraría un poco. Quizá meterían al chico en la cárcel por haberme engañado. Me fijé en sus extraordinarias zapatillas de tenis y supe que él sería capaz de soportarlo. Por lo que a mí respecta, nunca había llevado la ropa deportiva con suficiente convicción y la vida carcelaria habría acabado conmigo.

Se paseó por el salón, toqueteando algunas cosas que una vez significaron mucho para mí, pero que en aquellos momentos no me importaban en absoluto. Tengo muchas piezas de arte abstracto y el niño se dedicó a toquetearlas con las uñas. Cogió un libro del suelo y lo sostuvo en el aire con dos dedos. El subtítulo de aquel libro era *Cómo conservar vivo el amor y el deseo en las relaciones estables*. Era un libro que yo estaba analizando con detenimiento, palabra por palabra. Hasta ese momento, había analizado el *Cómo Conservar* y acababa de empezar a analizar el *Vivo*. Me preocupaba que, cuando llegase a *Relaciones* y a *Estables*, hubiese olvidado ya *Cómo Conservar*. Sin mencionar el *Amor* y todas las demás palabras. Llevó el libro de aquel modo, cogido con dos dedos, a la cocina. Cuidadosamente, lo dejó en un rincón, le di las gracias y él inclinó la cabeza.

¿Tiene berenjena con queso parmesano?

Le dije que no. Entramos en el dormitorio. Se sentó en la cama reina y se quitó los zapatos tirando de ellos con los pies. Después se recostó con los brazos y las piernas extendidos como si fuese una estrella. Puse derecho el cepillo en el tocador y, sin que él se diese cuenta, guardé el gel fijador en un cajón. No quería que pensase que yo era de esa clase de gente que se pone gel fijador, porque no lo uso, en serio. Una amiga se lo dejó allí. ¿No sería bonito tener una amiga que trajese gel fijador y que se lo dejase allí? Eso es lo que diría si me preguntaba. En el caso de que abriese el cajón.

Tendría más espacio en el dormitorio si pusiese una litera, dijo el muchacho mientras simulaba ser tragado por el estrecho espacio que había entre la cama y la pared.

¿Qué haría yo con más espacio?

Resultaba increíble, pero en aquel momento estaba entre la cama y la pared, un espacio que nunca se me había ocurrido limpiar.

¿No le gustaría tener una litera?

Bueno, no veo la necesidad de tenerla.

Puede que venga algún conocido a pasar la noche.

Pero esta cama es tan grande que podría dormir conmigo.

Me lanzó una mirada extraña y prolongada que curvó mi mente como si fuese una cuchara. ¿Por qué querría nadie dormir en la cama conmigo cuando podría tener su propia litera, igual que en un barco? Le pregunté si creía que en los almacenes Mervyns vendían literas y me contestó que sí, pero que debería llamar primero y preguntar. Mientras me mantenía a la espera de que en Mervyns me cogiesen el teléfono, abrió el cajón del tocador. Me sonrojé. Sacó el gel fijador y se echó un gran chorreón entre las manos. En un abrir y cerrar de ojos, se lo extendió hacia atrás en su brillante pelo negro y se miró al espejo. Parecía que estaba de cara a una ráfaga de viento fuerte. Intercambiamos una sonrisa, porque la verdad es que tenía una pinta increíble. Desde Mervyns me informaron de que las literas sólo costaban cuatrocientos noventa y nueve dólares. El chico me dijo que creía que el precio era bastante razonable. Me aseguró que él pagaría un millón de dólares por una litera si tuviese un millón de dólares.

Volvimos a la puerta principal porque me dijo que tenía que irse. Lo dijo con un tono de disculpa, como si yo no pudiese vivir sin él. Le comenté que era lo mejor, porque yo tenía muchísimo que hacer. Cuando dije «muchísimo que hacer», hice un movimiento expansivo con las manos para indicarle todas las cosas que tenía que hacer. Miró con fijeza el espacio que había entre la palma de mis manos y me preguntó si tocaba el acordeón. Podía sentir el acordeón entre mis manos y, a la vez, presentía lo impresionado que se quedaría si mi respuesta fuese afirmativa. Le contesté que no, y un cojín del sofá se cayó solo. Como era algo que solía ocurrir, intenté ignorarlo. El chico arqueó un poco las cejas y comprendí que estaba salvada. No toco el acordeón ni tengo una litera, pero sí tengo estos cojines. Se mueven solos. Abrí la puerta y se marchó sin despedirse. Lo observé mientras cruzaba la calle, de vuelta a la peluquería Lam Kien. La puerta se

cerró tras él. Yo cerré la mía y me dediqué a escuchar el sonido de la succión. Era el sonido de la Tierra al alejarse precipitadamente de mi apartamento a una velocidad tal, que resultaba difícil imaginarla. Y, mientras todas las cosas de la Creación eran arrancadas de cuajo por aquel vórtice similar a un tornado, se oyó su risa: la risa sarcástica de lo que nunca ha tenido que *esforzarse* por nada. Miré a hurtadillas por la ventana. Más allá del arbusto de enebro había un humo gris que se arremolinaba en todas direcciones. Corrí las cortinas. Me puse a caminar por el apartamento. Me fijé en el libro que el niño había dejado en el rincón de la cocina. Le puse el tapón al bote de fijador. La cama estaba toda revuelta. Pasé la mano sobre la topografía de la colcha. Había valles fluviales y montañas. Había una tundra desierta y lisa. Había una ciudad, y en aquella ciudad había una peluquería. Me quité los zapatos y me metí bajo la colcha. Susurré: Cierra los ojos, y cerré los ojos y me convencí de que era de noche y que el mundo me rodeaba, durmiendo. Me dije que el sonido de mi respiración era realmente el sonido de todos los animales del mundo cuando respiran, incluso el de los humanos, incluso el del niño, incluso el del perro. Todos juntos, todos respirando, todos en la Tierra, de noche.



## Haciendo el amor en 2003

Ella tenía un cojín bordado con la siguiente leyenda: haciendo el amor en 2002. En el otro lado del sofá estaba el de haciendo el amor en 1997, de color azul y con volantes en los bordes. Supuse que habría más cojines, pero hice todo lo posible por no buscarlos con la mirada. No quería ver el del año en curso. O, en el caso de que aún no hubiese uno, no quería saber el porqué. Me hizo varias preguntas de cortesía mientras esperábamos a que llegase su marido.

Me ha dicho que tienes mucho talento. ¿Eres autodidacta?

Sí, aunque en realidad acabo de empezar. Aún me queda mucho por aprender.

Bueno, parece que has empezado con buen pie.

Gracias.

Después de un rato, me dio la impresión de que estaba enfadándose un poco: con él, por no estar allí, y conmigo, por encontrarme allí. Se me pasó por la cabeza que si no llegaba pronto, tendría que marcharme. Se me cayó el alma a los pies porque no había planeado nada para mi futuro aparte de esa reunión. Todos los días, durante un año, había estado escribiendo con su tarjeta de visita pegada a mi ordenador y, como ya había terminado lo que estaba escribiendo, y él me había dicho que lo llamara cuando lo terminase, lo llamé, y ahora le correspondía a él dar el paso siguiente. Ya dependía de él hacer conmigo lo que estuviese en su mano. ¿Qué haría? ¿Qué hacen los hombres con las jovencitas que tienen mucho talento y que han terminado de escribir su primer libro? ¿Me besaría? ¿Me propondría que fuese su hija o su mujer o su niñera? ¿Nos conduciría a mi libro y a mí a buen puerto? ¿Me acariciaría las piernas hasta hacerme gritar? Su mujer y yo estábamos a la espera de averiguarlo. Ella tenía menos paciencia que yo. Yo deseaba esperar toda mi vida, ella le daba cinco minutos más. Esperamos los cinco minutos en silencio. Entonces se levantó y dijo: En fin... Alcé la vista hacia ella y sonreí. Fingí que era de otro país y que no entendía el lenguaje de su cuerpo. Apretó los labios y se miró las manos.

Es posible que te haya llamado a casa para concertar otra cita contigo.

Asentí con la cabeza, aunque sabía que no era posible, porque había sacado todas mis cosas de la casa en que vivía y las había metido dentro del coche, que estaba aparcado delante de aquella casa. Lo había preparado todo para marcharme. No tenía sentido concertar otra cita. Podía esperar en el coche o en la casa, ya que no tenía nada más que hacer. Prefería esperar en la casa.

Por favor, haga lo que suele hacer normalmente, como si yo no estuviese aquí, le dije.

Me miró, preguntándose si alguna vez había conocido a una persona tan estúpida. A mí no me importó. No era su tarjeta de visita la que estaba pegada en mi ordenador, que por cierto estaba en el asiento trasero de mi coche.

Pues a esta hora suelo estar escribiendo, dijo ella.

Lo puse en duda, pero a lo mejor era verdad. Quizá estaría escribiéndole una carta a su hermana o escribiendo la palabra «jerseys» en una caja llena de jerseys antes de guardarla en el desván durante el verano.

¿Qué está escribiendo?

La continuación de un libro que escribí hace unos años.

Ah. ¿Cómo se titulaba el primero?

*Un planeta de inclinación rápida.*

Pronunció el título del libro con dulzura y amabilidad, con la certeza de que habría oído hablar de él. Me puse de pie y sentí dolores en las piernas. No había pensado en volver a levantarme hasta que llegase él, pero allí estaba yo, de pie junto a Madeleine L'Engle, la famosa escritora. Le eché una mirada a la sala de estar. Aquella era la sala de estar de Madeleine L'Engle. HACIENDO EL AMOR EN 2002. HACIENDO EL AMOR EN 1997. Con toda seguridad, habría pilas de cojines en todas las habitaciones de la casa, unos cojines que se remontarían a los años sesenta. Le miré los pantalones marrones entallados y me di cuenta de que él estaba haciéndole el amor justo en aquel instante. Cuando alguien alcanza cierto punto de saturación, las relaciones sexuales se transforman en una vibración infinita. Él se retrasaba, y ese retraso era una manera de hacerle el amor, y ella quería escribir pero, en lugar de hacerlo, perdía el tiempo en recibirme, y ésa era la manera que tenía de hacerle el amor a él. Yo sólo era una parte de las relaciones sexuales entre Madeleine L'Engle y su marido. Una diminuta parte de haciendo el amor en 2003. No cabía la menor duda de que no había

trazado mis planes tan bien como creía. Le dije que había disfrutado mucho con la lectura de su libro y que siempre había esperado con impaciencia la continuación. Me dio las gracias y me dijo que estaba segura de que su marido me llamaría en el caso de que aún no lo hubiese hecho. Me acompañó hasta el porche. Allí estaba mi coche. Ambas lo miramos. Estaba repleto de cosas, algunas sobresalían del maletero. Me estrechó la mano y eché a andar hacia el coche con el deseo de que aquel andar hacia el coche no se acabara nunca, con aquella certeza de saber adónde iba. Iba hacia el coche.

Cuando no se sabe adónde ir, no se tiene la impresión de estar conduciendo. Los coches deberían tener un sistema para conducir por sí solos, y tú quedarte igual que cuando haces el muerto en el agua. O que tuviesen al menos una luz entre las luces de freno que se encendiera para indicar que no se tiene un destino concreto. Me sentía como si estuviese engañando a los demás conductores, y lo único que quería hacer era confesarlo todo. Pero cuanto más conducía, mayor era mi impresión de que tenía un lugar adonde ir. Hacía complicados giros a la izquierda, algo que nadie hace a menos que no tenga más remedio. A veces giraba a la izquierda a lo largo de toda una manzana y, cuando regresaba a la intersección que había tomado la primera vez, me sentía decepcionada al comprobar que todos los conductores con los que me encontraba allí eran distintos. No tenía nada que ver con un baile de cuadrilla, en el que milagrosamente una termina con su compañero original, mareada, risueña y aliviada por reencontrarse con él después de bailar con todo el mundo. En cambio, aquellos conductores giraban en redondo y seguían su ruta. Algunos ya estarían en el trabajo y otros a medio camino del aeropuerto. De hecho, es posible que conducir sea la cosa más opuesta a bailar. Me preguntaba si pasaría el resto de mi vida inventando complicadas maneras de deprimirme, ahora que había terminado el libro y había ido a ver al hombre que hacía un año me aseguró que era un libro que prometía, pero que al final faltó a la cita.

Lo que haría cualquier joven en mi situación sería ir a casa de su novio. Iría allí, lloraría, cogería los pañuelos de papel que le ofreciese su pareja y seguiría llorando, sin pararse a pensar que en realidad debería estar riéndose y sonriendo alegremente porque su novio es un ser físico real que está en un mismo plano de realidad que ella. Sé de lo que hablo: he escrito un libro sobre ese tema, un libro que el marido de Madeleine L'Engle me

aseguró que era prometedor. Ahora es la última cosa de la que quiero escribir, de modo que daré la versión abreviada.

Cuando tenía quince años, un bulto oscuro entró en mi dormitorio por la noche. Era oscuro, pero brillaba, y ése será, uno de los muchos factores a los que tu imaginación tendrá que enfrentarse. No tenía forma humana, pero enseguida supe que se parecía a una persona en todos los sentidos, salvo por su apariencia. Resulta que nuestro aspecto no es el principal factor que nos hace humanos.

Desde el principio, supe que era un depredador sexual porque me daba buenas vibraciones y me sentía cohibida dentro de mi camisón, que en realidad era una camiseta holgada. Por eso hay que dormir con ropa interior. Estaba aterrorizada, pero no hasta el punto de que prefiriese morir a moverme o a respirar. Mantenía los ojos fijos en aquel bulto y planeaba el modo de saltar de la cama y coger mis vaqueros, que estaban en el suelo. Eso fue antes de tener conocimiento de algunos detalles, como, por ejemplo, que todo movimiento humano resulta lento en comparación con la rapidez con la que puedes moverte si eres una sombra luminosa. Sólo había alcanzado a levantar un poco la mano, cuando ya la sombra estaba encima de mí. Ese momento lo describí en un capítulo entero, porque sabía que al marido de Madeleine L'Engle le pirraría. Lo que ocurrió, en resumidas cuentas, es que me folló. Lo hizo penetrando todo su ser en mi cuerpo. Toda su oscuridad estaba dentro de mí, y la notaba brillar, igual que el volumen de la música cuando te marca el modo en que debes bailarla. Precisamente, el fin de semana anterior había bailado de un modo sexy por primera vez en mi vida. Mi culo y el ritmo se habían conectado de una manera que auguraba grandes acontecimientos. Pero nunca pensé que esos grandes acontecimientos llegarían tan pronto y de esa manera. Más tarde, me di cuenta de que mis movimientos de baile fueron quizá tan enérgicos, que habían atraído a aquel bulto desde su remoto rincón del universo. No digo que yo lo llamara, sólo que hay momentos en que mandamos señales no sólo a los chicos que hay alrededor, sino a todos los seres de la creación.

Se ha sugerido que me inventé la historia del bulto oscuro para afrontar el dolor que me habría causado un violador más terrenal. Si esta teoría interesa a alguien, puedo recomendar algunos importantes tratados sobre chicas que hicieron eso: mentir. Si la primera vez estaba aterrorizada, fue porque no sabía si podría sobrevivir a tanto placer. Pensé que era posible que estuviese dando mi vida a cambio de aquel placer. Sentir mi

deseo adolescente intensificarse hasta alcanzar proporciones inhumanas. Bajar la mirada y ver desde arriba mi propio cuerpo, y saber que desfallecer significaría morir no sólo una vez sino muchas veces. Desfallecer durante millones de años, igual que una flauta desfallece, musicalmente hablando, y sólo suena cuando la traspasa el aire. Y aterrizar sin conciencia, pero con un corazón a punto de estallar. Después nos abrazamos. Me sentí tímida y vergonzosa. Acaricié su densidad, pensando que quizá las caricias le harían daño, pero segura a la vez de que nada de lo que yo hiciera podría causarle daño, sino que lo volvería loco. De vez en cuando, volvía a filtrarse en mí. Después me dormí un poco y me desperté temerosa de que se hubiera ido. Pero allí estaba, envolviéndome y curándome la cicatriz de la apendicectomía.

¿Qué más puedes hacer?

Amarte.

Pero, ¿sabes hacer más trucos?

No.

Pero yo soy la única, ¿verdad?

Tú eres la más bonita del universo.

¿Sí?

Claro que sí, y con diferencia.

Me comportaba igual que todas las chicas que salen con chicos de otros institutos. Apenas si estábamos allí. Nuestros sentimientos no podían ser heridos porque se encontraban en otra parte, fuera del campus, en la aurora boreal. Hacía dibujos del bulto en mi carpeta: un borrón dentro de un corazón. Un borrón y yo, ambos con nuestro corazón intercomunicado. Yo y el bulto y un bebé medio humano y medio borrón. Antes de irme a la cama, me maquillaba y, durante los primeros años, me ponía camisones preciosos, aunque, durante mi última época en el instituto, me tiraba en la cama y lo esperaba desnuda. Las conversaciones que manteníamos tenían lugar en mi sangre, o si quería oír su voz, pulsaba un *fa* sostenido y el *do* central en mi Casio de plástico y, desde el fondo de esas notas, llegaba una remota voz estática, parecida a la de un camionero al que oyes hablar desde su emisora de radio cuando está fuera de onda. En aquel amor había un terrible anhelo. Cuando me chupaba los pezones y mi boca se hinchaba por la sed, me daban ganas también de chupar. Llegué a convencerme de que él disfrutaba más al poseerme de lo que disfrutaba yo. Ahora sé que no estaba

en lo cierto, pero hay que tener en cuenta que yo aún era técnicamente virgen. Ni siquiera había besado a nadie.

Esta historia acaba en la universidad, cuando me vuelvo irritable y desdeñosa porque quiero un novio de carne y hueso. El bulto oscuro lloró con una tristeza tan increíble que sólo podría ser comparada con el plañir del aire. Yo sentía una empatía enorme, pero sólo hacia mí misma. Estaba del todo segura de que nuestra relación atentaba contra mi recién descubierto feminismo y, por debajo de eso, había una curiosidad enérgica por esa cosa llamada polla. El bulto hizo lo único que podía hacer: prometerme que volvería convertido en humano. En un hombre llamado Steve.

¿Saldrás conmigo cuando te lo pida?, me preguntó el bulto.

Sí.

¿Incluso si fuese feo y te cayese mal?

Sí.

No, no lo harás.

¡Sí lo haré!

Sólo lo dices porque tienes prisa.

Bueno, no será culpa mía si pierdo el autobús.

Adiós, muñeca.

¡Adiós! ¿Dónde está mi mochila?

En el alféizar.

Ah, bien. ¡Adiós!

Un año más tarde, aproximadamente, conocí a un hombre que se llamaba Steve. Era el padre de una amiga mía y estaba muriéndose de cáncer. Durante dos meses, la ayudé a atenderlo. A veces, cuando ella salía del dormitorio, me echaba sobre la cama y le decía hola en un susurro y él susurraba hola, y le cogía la mano, y nos quedábamos así durante un ratito. No era mi bulto oscuro. Pero, cuando acariciaba sus brazos moribundos, había veces en que notaba algo tremendamente rápido en ellos, un aumento de velocidad. Tan veloz como era en ocasiones, y, sin embargo, la muerte le llegó con una lentitud obscena, a cámara lenta, porque así es como mueren los humanos. En sus últimos días de vida, lo velé junto a mi amiga. Ambas, confundidas por la desesperación, le poníamos discos, porque pensábamos que le gustaría escucharlos, aunque quién podía saberlo con certeza. Qué terrible equivocación deshacerse de algo maravilloso por algo de carne y hueso... Después de la muerte de Steve, dejé de ser amiga de su hija y me

fui de la residencia universitaria. Cuando empecé a escribir, lo hice por miedo. Pensé que podría olvidar, o que podría fingir olvidar, o que podría fingir que fingía, o que podría hacerme adulta. Lo que mi tutor de la escuela universitaria, el marido de Madeleine L'Engle, llamó una prometedora obra de ficción había surgido como un testimonio. Un día le entregaría el manuscrito de esa obra y Steve inclinaría la cabeza y diría sí, *fa* sostenido, sí, *do* central, por fin me has encontrado, siéntate en mi regazo, muñeca.

Se me ocurrió que quizá podría pasarme por casa de Madeleine y comprobar si su marido tenía el coche aparcado allí. Me quedaban dos opciones: hacer eso o empezar otra carrera que no fuese la de escritora. Si se me ocurría otra carrera antes de llegar a la casa, me daría la vuelta y me dedicaría a ella. Reduje la velocidad para que todo el mundo pudiese ver que el coche estaba pensando, que estudiaba posibles carreras para mí. Miré por la ventanilla para tratar de adivinar qué pensaban los peatones de mí cuando veían mi coche. Pero no miraban mi coche, sino dentro de sí. Se tenían en mucha estima a sí mismos y a sus vehículos. Hacían el amor con su propia prisa. Daban cada paso como si no fuese el último, y no lo era. No levantaban la vista ni se fijaban en los faros de mi coche ni susurraban: «profesora de apoyo de educación especial», así que, cuando doblé la esquina de la calle donde vivía Madeleine, aún seguía adelante con mis planes de ser escritora.

Allí estaba el coche. Pero no acababa de llegar. Estaba aparcado delante de una casa, pero al otro extremo de la manzana donde estaba la suya. Sin duda, todo el mundo sabe lo que eso significa. Lo primero que pensé era que tenía la enfermedad de Alzheimer, y me preocupé por mí misma, ya que mi carrera estaba en manos de aquel hombre que no podía recordar siquiera dónde estaba su propia casa. Hacía un año que me había graduado, tiempo suficiente para que su vida se hubiese hecho añicos. Madeleine tendrá que hacerle todo. Ay, Madeleine. Y estaba sentado en el coche. Ya había oído algo de eso, que la mente de los enfermos de Alzheimer retrocede a un punto tan primitivo como lo sería hoy un motor de precombustión, hasta el extremo de no recordar cómo se abre una puerta. Mientras me encaminaba al coche, notaba que mi nueva carrera iba tomando peso. Yo era la enfermera del marido de Madeleine L'Engle. Con mi ayuda, tendría tiempo de sobra para escribir la continuación de su libro. Me comportaría con ellos como una buena hija, salvo que cobraría un

suelo. Resultaba maravilloso sentirse imprescindible. Me sentí impulsada hacia su coche.

Al principio, me dio la impresión de que tenía un gato sentado en el regazo, pero después vi que se trataba de Theresa Lodeski. Ambas coincidimos el penúltimo año en la clase de Textos de Filosofía Antigua China. No se había graduado, pero ahora veía con claridad que, en cierta manera, sí lo había hecho. Theresa Lodeski era una chica muy, pero que muy guapa, aunque tenía una hermana gemela idéntica a ella, Pauline, que era, no sé por qué, infinitamente más guapa. Si se unían sus caras y se procuraba discernir la diferencia entre ambas, rasgo a rasgo, resultaba una tarea imposible. Pero todo el mundo lo sabía. La única razón por la que miré a Theresa fue para comprobar si era Pauline. Cuando no se trataba de ella, la gente volvía la cara. Cuando era Pauline, se fijaba un poco más. Aquélla era definitivamente Theresa. Se había hecho valer.

Debí haberme marchado en el momento en que comprobé que no estaba enfermo de Alzheimer, pero me entró un hormigueo por los brazos. Yo era un ángel que miraba el mundo desde arriba y miraba dentro de un coche que había en el mundo, miraba a dos miembros de la humanidad, miraba sus almas y miraba el lugar que había detrás de sus almas: la nada. Ella levantó la vista, nuestras miradas se reconocieron: me recordaba de la clase de Textos de Filosofía Antigua China. El marido de Madeleine L'Engle abrió la boca. Podría asegurar que estaba a punto de pronunciar una de las cinco fórmulas interrogativas: quién, qué, por qué, dónde y cuándo.

¿Qué?

Esa mujer.

¿Qué mujer?

Ya no está.

¿Nos ha visto?

Claro que sí. Estaba matriculada en Textos de Filosofía Antigua China.

¿Qué?

Estuvimos juntas en esa clase.

¿Me estás tomando el pelo? ¿La conocías?

Creo que debería irme.

¡Joder! ¡Esto es la hostia! ¿Me ha visto?

No. Me voy ahora mismo.

¿Sigue ahí?

No, se ha ido.



¿Por qué la gente se deshace de algo? Mi libro era un largo guante que abrazaba el bulto oscuro al que había amado. Dentro del guante había una mano muy joven y pálida que nunca había aprendido a tocar una piel. Era tan fría que parecía húmeda. Clavaba mi mirada en los ojos de toda la gente con la que me cruzaba por la calle. La comida se convirtió en algo increíblemente extraño para mí. Los niños creían que yo era una niña e intentaban jugar conmigo, pero era incapaz de jugar o de trabajar, sólo me preguntaba por qué. Por qué vive la gente. Todas las semanas, leía de cabo a rabo la sección de anuncios por palabras. Inmobiliarias, Empleo, Asesoramiento, Trabajo a Domicilio, Escapadas, Mercado Musical, Contactos, Hombres y Mujeres que se buscan mutuamente y a sí mismos, Encuentros Fortuitos y Automotor. Reduje la lista a dos: Poderoso trío busca excelente segunda guitarra para grupo de rock heavy y Angela Mitchell, trabajadora social diplomada, terapia para apoyar la unificación de cuerpo, mente, espíritu y mundo. Me decidí por Angela Mitchell porque el potente trío necesitaba a un *gigger* con experiencia y no estaba segura de qué era aquello. Pero, mientras subía a la oficina de Angela en el ascensor, susurré las palabras «*gigger* con experiencia» y aquellas palabras me tranquilizaron. Esperaba que la publicidad de Angela fuese literalmente lo que anunciaba. Me imaginaba algo mixto entre una terapia de pareja y una sesión de espiritismo entre el bulto oscuro y yo.

Pero, cuando estaba sentada en su enorme y cómodo sofá, con la mirada fija en una pintura abstracta de círculos naranjas dentro de otros círculos más anaranjados, me di cuenta de que no podía hablar. Entonces me preguntó la razón de mi visita y le contesté que había roto con mi novio hacía más de un año y que seguía arrepentida. Me intimidó con una mirada de tan infinita compasión, que, de inmediato, rompí a llorar. Durante un momento, me pregunté si podría adoptarme o contratarme como ayudante o convertirse en mi amor lésbico. Me sonó la nariz y me preguntó si había visto el musical *South Pacific*.

Creo que lo vi en la tele una vez.

¿Recuerdas la escena en que las mujeres se lavan el pelo?

No.

Cantaban una cancioncilla, ¿recuerdas la letra?

No.

Dice algo así como «Voy a lavarme el pelo para quitarme a ese hombre de la cabeza».

Ah.

¿Comprendes lo que digo?

Creo que sí.

¿Hay algo más de lo que quieras hablar?

Bueno, había pensado que quizá debería buscar trabajo. ¿Crees que debería hacerlo?

Sin duda.

Una profesora de apoyo de educación especial ayuda al profesor de educación especial que enseña a niños que requieren una atención diferenciada. Buckman estaba en periodo de transición cuando me contrató. En un principio, había sido una escuela para niños con todo tipo de discapacidad, pero, en aquel momento, a los chavales con problemas físicos, que son los que se ven, los enviaron al centro educacional Logan. Logan tenía unas extraordinarias estructuras de juego para los estudiantes que iban en silla de ruedas y habitaciones «mullidas» en las que eran animados a practicar movimientos corporales, una vez despojados de la silla. Les recordaban que el movimiento es mucho más que trasladarse de A a B, que se trata de matiz y de emoción, y fueron los promotores de la asociación Nuevo Gesto. Una vez al mes, recibían la visita de un grupo de investigadores de Microsoft. Los investigadores se descalzaban, se tumbaban en el suelo y se quedaban a la espera de ver qué pasaba. Según parece, así fue como inventaron la almohadilla del ratón. Todas las semanas oíamos historias sobre Logan, unas historias que a mis alumnos y a mí nos llevaban a pensar que no estábamos a la vanguardia de los últimos avances. Éramos lectores lentos -aunque rápidos cuando se trataba de no comprender-, estábamos demasiado nerviosos para aprender, demasiado felices para aprender, demasiado enfadados para aprender. El aprendizaje parecía no tener importancia para nosotros.

A los alumnos mayores se les permitía tener en sus pupitres los botes naranjas de Ritalin y de Adderall y gozaban del derecho a levantar la mano para pedir permiso para casi todo lo que quisieran hacer. Los efectos secundarios del Ritalin consisten en dolor de cabeza, ansiedad, trastorno del sueño, irritabilidad, depresión, problemas gastrointestinales y canguelo. A

mí me asignaron a los alumnos que necesitaban una ayuda adicional con la lectura. Sabía adónde me mandaban: a pasar páginas. Llegué a tener la impresión de que podía pasarme la vida haciendo aquello, porque ya nada tenía importancia para mí. Yo era la paciencia en persona, la paciencia mal deletreada, la paciencia que leía lentamente en voz alta, letra por letra, la paciencia con la primera ce pronunciada como una sss.

En aquella primavera, una escuela de educación especial llamada Obley se vio obligada a cerrar debido a los niveles de asbestos, y Buckman tuvo que hacerse cargo de todos los alumnos y profesores de Obley. No había problema de espacio, ya que teníamos libres las aulas de los estudiantes que se trasladaron a Logan, pero, aun así, todo se convirtió en una pesadilla. Los alumnos se adaptaron sin dificultad, pero los profesores se peleaban como si fuesen parientes políticos. Todos estábamos seguros de que nuestra manera de actuar era la correcta, y las tablillas sujetapapeles que había en la cocina del personal se llenaron de interminables listas de peticiones, como por ejemplo la de llevar a cabo movilizaciones *en contra* de la obligación de formar filas antes de que sonase el timbre o *a favor* de formarlas. Yo era partidaria de esta última cursiva. Escribí mi nombre en la tablilla de quienes estaban a favor. Salí de la cocina y volví a mi clase. Ordené la mesa de la profesora y escribí en la pizarra la palabra pueblo.<sup>[1]</sup> Mientras trazaba la O, contenía la respiración. La trazaba con mucha lentitud, ay, qué lentitud. Llamaron a la puerta. La O ya estaba trazada. Dejé la tiza y me dirigí a la puerta. Ay, el corazón palpitante. Ay, la respiración contenida. Ay, cómo lo supe. Abrí la puerta. Su pelo era castaño claro. Era más alto que yo. Tenía la cara de un animal, la cara de una jirafa gatuna que lo decía todo sin necesidad de lenguaje. Su ropa era descuidada y perfecta, unas prendas que dejaban adivinar su desnudez. Se disculpó por llegar tarde. Yo le dije: Bueno, ya estás aquí. Y lo abracé y, durante un instante, su oscuridad se intensificó a mi alrededor y le susurró a mi sangre: Hola, muñeca. Se zafó, el adolescente se zafó de mí, pero sus ojos se agarraban a los míos igual que unas manos. Me pasó una nota.

Estimada profesora:

Disculpe a Steven Krause por su falta de asistencia. La última semana que pasó en Obley contrajo bronquitis y en abril aún no se encontraba muy bien para incorporarse a Buckman con los demás estudiantes. Ya está bien y recuperará el trabajo perdido.



recordárselo. Me veía a mí misma como una especie de Anne Sullivan, la maestra de la escritora Helen Keller. Habría un momento decisivo, como cuando Anne vierte agua en la cara de su alumna y Helen deletrea la palabra «agua» sobre la mano de Anne, al principio con dificultad, pero después con mayor rapidez, entre risas y lágrimas. Anne Sullivan describió así aquel momento: *De repente, sentí una consciencia borrosa, como de algo olvidado. Una emoción de pensamientos que regresaban. Y, de alguna manera, el misterio del lenguaje me fue revelado.* Sólo que no era la revelación del misterio del lenguaje lo que nosotros necesitábamos, sino el misterio mismo, previo al lenguaje, aún envuelto en niebla. Veía la oscuridad girando dentro de él. Veía que sus pies no tocaban el suelo cuando jugaba al baloncesto en el recreo. Había momentos en que volaba. No como un pájaro, sino de una manera sutil, como una persona.

Como no hace falta decir, no podía hacer mucho más en mi papel de profesora de apoyo de educación especial. Una de las cosas que podía hacer era rezar. Rezaba mientras le penetraba los ojos con mi mirada, y mi oración era: Hola, hola, hola. A veces, oía que mi bulto oscuro contestaba. En esas ocasiones, tenía que apretarme los nudillos contra los muslos para no meterle mano al chico. Ese chico que resultaba todo lo irresistible que pueden serlo los chicos. ¡Cómo se apartaba el pelo de la frente sudorosa, aquel olor mineral que desprendía su cuerpo, su mano sujetando un lápiz, sujetando un lápiz, sujetando un lápiz, su mano! Nuestra antigua aventura amorosa fue muy fácil, fue ese sueño que alimentan todos los amantes de devorarse por entero. Y, ahora, allí estaba aquella cosa extra: el chico, y el sentimiento que yo tenía modelándose en mis tripas: el sentimiento de querer follármelo, igual que él me había follado cuando yo tenía quince años..., en otras galaxias.

Empecé a pensar que aquello era lo más cerca que podía estar de él, del bulto. De modo que, después de un tiempo, no puse demasiado empeño en ayudarlo a leer. Decidí que la lectura era el camino equivocado para nuestra relación. No todo el mundo tiene que estar alfabetizado, hay muchos y grandes motivos para resistirse al lenguaje, y uno de ellos es el amor. La discapacidad del chico era la manera que tenía el bulto de decir: Te quiero, estoy aquí, soy yo. Y yo hacía todo lo posible por contentarme con eso. Pero, mientras tanto, el chico por sí mismo empezó a quererme. Fue algo terrible, horrible y maravillosamente agradable. Supuse que era lo que yo había dejado pasar de largo en el instituto. Me miraba y apartaba la

vista y volvía a mirarme y volvía a apartar la vista y rompía la punta del lápiz y decía joder y se sonrojaba y me miraba las piernas y después miraba el suelo. Un examen del suelo de linóleo realizado con detenimiento, en el que, sin duda, veía otras cosas: las tetas y el culo ancho de su joven profesora y lo que él les haría. Nunca he adorado nada tanto como verlo mirar hacia abajo y lanzar una mirada a su erección para comprobar si la ocultaba el pupitre. Sí, la ocultaba.

Sólo hay una forma de que ocurra eso. Después de clase, el estudiante va de camino a su casa, y la profesora pasa conduciendo junto a él y le pregunta si quiere que lo acerque. El chico mira a su profesora. El sol brilla en sus ojos y él los entrecierra. Hay una pausa en que el resplandor del sol y el acto del chico de entrecerrar los ojos son los únicos dos movimientos que se producen en toda la Tierra. Incluso los pájaros que vuelan se detienen. La profesora se queda unos segundos paralizada por ese entrecerrar de ojos y por el resplandor, pero no es suficiente para salvar al chico. Ella se inclina hacia el otro lado del coche y abre la puerta del copiloto. Con ese movimiento termina la juventud del chico y se hace viejo.

¿Quieres que te lleve a tu casa?

Me da igual.

¿Tienes que estar en casa a una hora determinada?

No.

¿Te gustaría ir a algún sitio?

Bueno, podemos practicar sexo en el coche.

Durante los seis primeros meses, cada vez que daba un paseo lo hacía en un continuo estado de asombro. Miraba a otras parejas y me preguntaba cómo podían tomárselo con tanta tranquilidad. Se cogían de la mano como si no estuviesen cogidos de la mano. Cuando Steve y yo nos cogíamos de la mano, tenía que bajar la mirada y fijarme en nuestras manos entrelazadas para maravillarme de aquello. Allí estaba mi mano, la misma mano de siempre: ¡Ay, mira! ¿Qué está sujetando? ¿Está sujetando la mano de Steve! ¿Quién es Steve? Mi novio tridimensional. Todos los días me preguntaba qué pasaría después. Qué sucede cuando no deseas nada más, cuando eres feliz. Me imaginaba que continuar siendo feliz para siempre. Sabía que no estropearía las cosas por culpa del aburrimiento. Ya me había pasado eso antes.

Surgieron algunas complicaciones. Estaba el asunto de que él no sabía que habíamos sido pareja con anterioridad. Al final, eso no importó. De

todas formas, el hecho de amar es algo que está por entero en la sangre. El sentimiento que nos teníamos lo definía él como «estrambótico» y, ante eso, yo no tenía nada que añadir. Se tumbaba boca abajo y yo le besaba las piernas, y sus piernas cantaban. Él alargaba la mano por detrás y me hacía caer sobre su espalda, y allí me quedaba yo, como si estuviese tumbada sobre la cálida arena de la playa. Sólo eso. Eso era todo. Eso era lo más importante de todo.

También estaba la cuestión de nuestra diferencia de edad. Cuando sales con alguien mucho más joven, empiezas a fijarte en otras parejas que están en tu misma situación. Conoces a otros que salen con otros que son quince o incluso veinte años mayores o más jóvenes. Te decides a hablar del asunto.

Creo que es algo que me pone.

Yo creo lo mismo. Nunca saldría con un tío de mi edad. Tiene que ser al menos diez años más joven que yo.

Steve tiene diez años menos que yo. Creo que le gusta que yo sea mayor que él.

Desde luego que le gusta. Todos los tíos fantasean con mujeres mayores. Es algo que tiene que ver con el morbo materno.

Sí, pero, gracias a Dios, soy más joven que su madre.

Yo no. La madre de Gabe tiene cuarenta años.

Oh. ¿Cuántos tienes tú?

Cuarenta y tres. ¿Y tú?

Veinticuatro.

Aprendimos a ser discretos. Ayudaba el hecho de que nadie, en el fondo, se interesa por nadie, salvo por sí mismo. La gente te examina para asegurarse de que no matas a nadie, al menos a ningún conocido suyo, y luego vuelve a su creencia de que está a punto de llegar a una resolución con respecto a sí misma. La gente siempre está llegando a una resolución, como en la canción de los Doors, *Break on Through (To the Other Side)*. Pero yo había llegado de verdad. Había llegado dos veces a una resolución, y percibía el universo como algo poroso y radical que podía ser excitado. Incluso se podía follar con el universo. Y durante todo ese tiempo seguía siendo la profesora de apoyo de educación especial. Ayudaba a todos los alumnos a diestro y siniestro. Explotaba al máximo su energía esencial y, aunque no consiguiera que leyesen bien, me proponía proporcionarles al menos un placer eventual. Quería que todos conocieran alguna vez el amor.

Quería que las chicas enderezaran los hombros y se adentraran sin miedo en la oscuridad. Quería que los chicos se tranquilizaran un poco. Había un grupo de chicos al fondo de la clase que nunca prestaba atención. Se pasaban notas que ni siquiera se molestaban en plegar. Las notas cruzaban flotando en la última fila igual que enormes veleros blancos. Era algo completamente exasperante y me entraban ganas de humillarlos para que no se atrevieran nunca más a pasarse esas notas enormes. ¿Para qué, si no, se inventó lo plegable? Me precipité hasta el fondo de la clase y agarré la primera vela que vi. Ni siquiera estaba doblada por la mitad. Decía: *Caitlin se la chupa a Steve K.*

Debería haberme aliviado el hecho de que mi nombre no apareciese en aquella nota. Pero no fue un alivio. Mi respiración se alteró. No estaba preparada para aquel momento. Mis muslos se desintegraron en oleadas de contracciones, y comprendí de pronto por qué a la gente le gustan las armas de fuego. No para disparar, no, por Dios, soy pacifista, sólo por el hecho de *tener* una. Saber que está ahí. Si hubiese tenido un arma dentro del cajón, me habría acordado de ella y me hubiera tranquilizado. Habría respirado hondo y les habría reñido. Pero, como no tenía ningún arma, me dirigí al pupitre de Caitlin. Examiné el óvalo de su cara y le pedí que saliese al pasillo. Me resultaba difícil administrar el aire con precisión, acompañarlo a aquellos sonidos exactos. Se levantó y cruzó la clase delante de mí. Cuando pasé junto a Steve, él bajó la mirada del mismo modo en que lo haría cualquier chico de quince años que tiene un problema con su profesora. Caitlin y yo llegamos al pasillo. Olía a cera y a plátano pasado.

¿Se la chupas a Steve?

¿Qué Steve?

Steve K.

Ah. Pensé que se refería al otro Steve.

¿Steve Gonzales?

Sí.

No. ¿Eres su novia?

¿De Steve Gonzales? No.

Me refería a Steve K.

Oh. Sí. Salimos juntos.

El peló lo tenía recogido en dos trenzas francesas y llevaba una sudadera con la leyenda *tommy girl*. No me tenía miedo. Me preguntó de dónde había sacado los pendientes que llevaba y le contesté que me los



regaló mi tía por Navidad. Me dijo que no le habían regalado un carajo por Navidad. Después de esa charla, regresamos a la clase. No miré a Steve. No sabía si él había dado el primer paso o si el bulto tenía predilección por las adolescentes, o de qué hablaba yo en realidad cuando me refería al «bulto oscuro». Apoyé la cara enfebrecida contra la pizarra y me quedé así durante unos minutos. Después escribí la palabra «PAZ». Eso es lo único bueno que tiene ser la profesora de apoyo de educación especial. Puedes escribir «paz» en la pizarra siempre que quieras. ¿Quién va a quejarse? Era la paz. Sólo resulta útil cuando la escribes.

Esta mañana me despertó el ruido que hacía el vecino al podar un árbol. Me dije que dejaría de podar si salía de la cama. El árbol iba haciéndose cada vez más pequeño. No tardó mucho en reducirse a un tocón y tuvo que empezar a cortar las raíces que estaban bajo tierra, pero ni por ésas podía levantarme. Una vez cortadas las raíces, se puso a cortar la tierra, y me dije que me levantaría cuando llegara a China. Estuvo así todo el día. Lloraba, me ovillaba y me desovillaba de una manera que era incapaz de controlar. En realidad, me retorció a causa del dolor de corazón, como si yo fuera un único músculo que tuviese como función lloriquear. Pero, cuando mi vecino llegó al núcleo fundido de la Tierra, yo estaba inmóvil. Caí agotada con una mirada vacía: un examen minucioso del techo. Casi podía verlo emerger de una calle de Shanghai, y, para mi horror, fui consciente de que tenía hambre. La expresión corporal de la esperanza. Cuando él rompió el suelo e irrumpió en el aire de China, yo me incorporé. Serraba el cielo, atravesando las hojas del árbol y después las nubes. Mi vecino entraba a golpe de sierra en el espacio sideral. Se abría camino a través de la Vía Láctea, atravesando las estrellas y el polvo de estrellas. Giró alrededor del universo haciendo un círculo gigante. Después aterrizó, con un ruido sordo, en el jardín. Descorrí la cortina y vi que sacaba el aspersor. Había anochecido. Si me veía, yo viviría. Mírame, mírame, mírame. Levantó la vista, como si aquel pensamiento mío se le hubiese ocurrido a él, y lo saludé con la mano.

Nota de la autora: Aunque Madeleine L'Engle escribió un libro titulado *A Swiftly Tilting Planet* [Un planeta de inclinación rápida], el personaje que adopta su nombre en el relato es una invención, al igual que lo es el personaje de su marido.



## Diez verdades

Algunas de estas mujeres son muy buenas costureras y te preguntas: ¿Por qué se han apuntado a unas clases de costura para principiantes? Me gusta creer que porque tienen la autoestima muy baja. Son mujeres que parecen tener todo controlado y que han nacido para que las demás parezcamos torpes, pero, en el fondo, tienen una visión casi psicóticamente retorcida de sí mismas. Al menos, yo soy consciente de mi nivel técnico. Soy una costurera malísima. Aunque, curiosamente, no soy la peor de la clase: la pequeña asiática que se sienta cerca de mí es la peor de todas. Yo estaba convencida de que sería una buena costurera porque la mayor parte de la ropa que se vende en el mundo la confeccionan mujeres asiáticas y también porque ¿quién lleva ventaja a la hora de hacer un kimono, yo o alguien que es de China o de Japón? No veas lo que me enseñó sobre prejuicios raciales. ¿Intenta coser una bata tipo kimono o piensa acaso que confeccionamos camas para perros? Solía alterarme mucho por su culpa, ya que me maravillaba la manera que tenía de interpretar las explicaciones. Por ejemplo, si la profesora decía: Recortad la tela que os sobre, ella doblaba la tela de franela rosa por la mitad, la sujetaba con alfileres y volvía a sentarse, a la espera de la siguiente indicación. ¿Qué sucede cuando haces exactamente lo opuesto de lo que te dicen que hagas? ¿Cómo sabía ella cuándo había terminado? Y ¿por qué nadie hacía nada al respecto? ¿Debería hacer yo algo? ¿Qué debería hacer? Entonces, un día se me acercó la profesora y me dijo que tenía que descoser las cinco últimas puntadas. Quise gritar, ¿*Mis* puntadas? Al menos, las puntadas que yo doy son para coser prendas para bípedos, ¿qué hay de sus cinco últimas puntadas? Justo en ese momento, como si la profesora hubiese leído en mi mente, puso la mano en el hombro de aquella mujer y le dijo: Sue, qué artista es usted. Y Sue se rió y la profesora se rió y ambas se rieron. Qué le vamos a hacer. Por supuesto, yo no sé nada de nada. No importa, porque ni siquiera acudo a esas clases para aprender a coser. Voy por motivos personales.

Él cree que no entiendo de ordenadores, pero sé lo suficiente como para saber que se pasa todo el día mandando y recibiendo correo electrónico. Sé la diferencia que existe entre una hoja de cálculo electrónica y Eudora. No se molesta siquiera en bajar el volumen del ordenador, de modo que, durante todo el día, me llega el tono de «tienes un correo». Y yo tengo que fingir que es el sonido del programa de contabilidad. Puedo saber cuándo recibe uno bueno, uno de sexo, porque se relaja y disimula ante mí, para contrarrestar la furia de su corazón. Y no lo digo de manera poética: puedo ver que su corazón palpita y se le mueve el bolsillo de la camisa. Conozco muy bien a este hombre. No me deja ni a sol ni a sombra. Soy su secretaria.

Antes alquilaba dos oficinas: la suya y una diminuta para mí. Pero, desde que me aseguré que las cosas estaban poniéndose difíciles, compartimos oficina. Difíciles. A trece le suma setenta y dos. Dos más tres son cinco, revisa el correo, uno más siete son, revisa el correo, ocho, revisa el correo, que hace un total de, quién demonios soy yo después de todo, ochenta y cinco. Así es como reparte el día, de la manera más penosa posible, momento a momento. Un hombre de verdad le pegaría un tiro a esa forma de vida para evitarle así el sufrimiento. O una contabilidad mejor podría contabilizar algo, en vez de contratar a otro contable un poco más barato para llevarle la contabilidad, y salir raspando con la diferencia. Finges sorpresa, pero está claro que lo sabes. Los contables siempre hacen eso, igual que ocurre en los restaurantes hindúes. ¿*Sag paneer*? Buena elección. El camarero le pasa el pedido al cocinero, el cocinero se lo pasa al pinche, el pinche corre manzana abajo y pide el plato de *sag paneer* en otro restaurante hindú de baja calidad que prepara comida para llevar. Ésa es la razón por la que en los restaurantes caros tardan tanto en servirte la comida. Todo se debe a esas carreras de aquí para allá. En este caso, yo soy el pinche, soy la que contrata al verdadero contable, evitándole a él la humillación. Habría que preguntarse por qué alguien hace algo así, tomarse la molestia de fingir que es contable, cuando sería mucho más fácil no serlo. Pues porque te ves obligado, dices que lo harás y tienes que hacerlo, y los demás esperan que lo hagas y te parece más fácil hacerlo que no hacerlo. Creo que mi jefe le dijo a ella que era contable en su primera cita. Después encargó unas tarjetas de visita que decían: RICK MARASOVIC, contable. Telf. 236-4954, y le dio una. Después de las tarjetas, compró un teléfono para contactar con ese número, después llegó una mesa para el teléfono,

después una oficina para la mesa, y después llegué yo. De modo que, en cierto sentido, ambos trabajamos para ella.

Quería saber quién era ella. ¿Era atterradoramente hermosa? ¿Era tan ignorante que se merecía no saber la verdad? ¿Era también una mentirosa y ambos mentían? No creo en la psicología, que pregona que todo cuanto haces lo haces en tu propio beneficio. Eso es completamente falso. Somos animales sociales, y todo lo que hacemos lo hacemos por los demás, porque los amamos o por lo contrario. Ella nunca fue a la oficina, pero a veces llamaba por teléfono. Por lo general, él me decía que le dijera que no estaba allí.

Oficina de Rick Marasovic.

Dana, soy Ellen.

Hola, Ellen.

(Rick, con un movimiento de cabeza, dice si está o no.)

¿Está Rick?

No, no está. ¿Quieres que le diga algo?

¿Puedes decirle que recoja las esencias de flores cuando venga de camino a casa?

¿Qué es eso?

Una especie de medicina que me hacen con flores destiladas.

¿Como el agua de rosas?

Bueno, en este caso es mímulo rosa.

¿Y para qué es la medicina?

Para superar la vergüenza corporal.

Ah. Se lo diré.

(Otra conversación.)

Hola, ¿está Rick?

No, no está. ¿Quieres que le diga algo?

¿Puedes decirle que me llame lo antes posible?

¿Dónde es el incendio?

¿Qué?

¿A qué viene tanta prisa?

No sé qué hacer.

Ah. Se lo diré.

Así que, a lo largo de los años, llegué a conocerla. No de la manera en que lo conocía a él. A ella no le veía las diminutas gotas de sudor que aparecían y desaparecían en su cara a lo largo del día. Pero, al igual que la

hiedra, crecemos allá donde encontramos un hueco. Y me daba la impresión de que ella tenía un hueco para mí. Nunca se despedía en medio de esos silencios que invitan a despedirse. Nunca preguntaba, aunque tampoco cejaba. Ésa es la cualidad que más aprecio en una persona: la de no cejar. Hay gente que necesita que desenrollen una alfombra roja ante ella para acceder a la amistad. Ese tipo de gente no ve las minúsculas manos que se extienden a su alrededor, por todas partes, como si fuesen las hojas de un árbol.

Oficina de Rick Marasovic.

Dana, soy Ellen.

Hola, Ellen.

¿Está Rick?

Acaba de salir. ¿Quieres que le diga algo?

¿Te importa decirle que volveré a casa tarde?

¿Por qué tan tarde?

Porque tengo clase de costura para principiantes.

¿Dónde?

En el Centro de Educación de Adultos.

Ah. Se lo diré.

Era una mano extendida, la palma seca y abierta de una mujer, y yo la estreché. Me fui a casa más temprano de lo habitual para revisar el apartamento antes de ir a clase. Quería mirarlo todo a través de sus ojos. Siempre lo hago antes de que alguien nuevo entre en mi vida. Intento hacerme una idea de quién soy yo para que a esa persona le resulte más fácil conocerme. Recorrí el apartamento, mirándolo a través de los ojos de alguien que se avergonzaba de su cuerpo y que se interesaba por la costura. Cambié de sitio algunas cosas en la cocina y arrojé mi mejor jersey en la cama como un detalle informal. Limpié de polvo el televisor, aunque desordené los papeles que había encima del escritorio. Ella no vendría a mi casa, pero yo volvería aquí después de haberla conocido, y sabía que me agradecería a mí misma aquella previsión.

De entrada, no tuve claro quién era Ellen, porque al inicio de la clase no hicimos ningún juego de presentación. Pasada una cierta edad, se renuncia a esos juegos, algo lamentable para alguien como yo, porque me encanta eso de formar parte de un círculo de gente y decir algo de ti misma. Ojalá hubiese una clase en que pudiésemos estar siempre en círculo, sin parar, hasta que todas nos contásemos todo sobre nosotras mismas. La clase

de costura estaba dispuesta en filas, de modo que resultaba muy difícil ver la cara de todas. Había catorce máquinas de coser Singer, modelo Scholastic, y cada una de nosotras estaba sentada frente a la suya. No sé por qué razón, yo no había contado con las máquinas. Me había imaginado aguja e hilo y mujeres sentadas alrededor de un círculo cosiendo y hablando. Supongo que eso es más propio de esas reuniones que se organizan para hacer edredones de *patchwork*. Pero, cuando la profesora se detuvo con cada una de nosotras para comprobar cómo cosíamos una línea recta, agucé el oído y la suave cabellera castaña que estaba delante de mí murmuró que tenía problemas para enhebrar la bobina, y «enhebrar la bobina» sonó igual que cuando dijo «mí-mulo rosa». Una preciosa cabeza castaña, un suave cabello castaño, un cabello preciosísimo, una preciosa y suave cabeza. Al día siguiente, en el trabajo, lo miré como si fuera la primera vez. Trataba de encontrarle algún encanto, algo acorde con tal suavidad. Quizá lo tenía, no digo que no, pero yo no alcanzaba a verlo porque hay que tener en cuenta que, en cierto modo, lo odiaba.

El fin de semana siguiente compré una tela de cuadros rojos y azules en Fabric Depot. Cuando salía de aquella megatienda, la vi bajarse de su coche. Me detuve, pero caí en la cuenta de que no podía reconocerme porque me sentaba detrás de ella en clase. De modo que no le dije nada. Me llamó la atención que entrase en la tienda con tan poca consciencia de sí misma, como uno de esos animales que aparecen en los documentales sobre la vida salvaje. Al día siguiente, en clase, sacó una tela de lo más impresionante. Tenía unos dibujos de plumas. Todas las clases de pluma de todos los tipos de pájaro que hay en la Tierra. Y, desde mi asiento, parecían fotografías. ¿Se puede hacer algo así? ¿Estampar fotografías en un tejido de franela? La imaginé volando alrededor del mundo, tomando fotografías de todos los pájaros, y ellos volando a su alrededor, enseñándole a volar, y ella volando boca arriba por el aire, sin miedo alguno. Aquella semana siguió teniendo problemas con el carrete de la bobina, igual que yo. Sue sacó el carrete de la bobina y lo puso en el suelo. Sin bobina y con gran confianza. Sue era mucha Sue.

Fue Ellen quien tomó la iniciativa. Casi siempre pasa eso, porque soy una mujer corpulenta. Las cosas más pequeñas fluyen hacia las cosas más grandes y, en el caso de los océanos y de los ríos, lo más pequeño se hace uno con lo más grande. Nosotras no nos hicimos una, pero nos presentamos después de clase y le dije que era la secretaria de su marido. Le dije que fue

ella la que me impulsó a apuntarme a su misma clase y que confiaba en que llegásemos a conocernos. Es importante entablar amistad sobre la base de la sinceridad. Ella asintió con la cabeza y fue un encanto en todos los sentidos. No estoy hablando de lesbianismo, aunque es algo a lo que no pongo objeciones, y supongo que una mujer podría seducirme si me hiciera un stripteás muy lento y muy profesional, bajo la luz de las velas y con un contacto corporal sutil. Estoy abierta a nuevas experiencias, pero no se trataba de nada de ese estilo. Después de aquella segunda clase me acompañó a mi apartamento. Se lo enseñé entero y, cuando le echó un vistazo al dormitorio, sus ojos se posaron en mi mejor jersey, ese jersey que dejaba tirado sobre la cama todos los días. Ella dijo: Qué acogedor. Y una sensación de acogimiento nos envolvió a ambas. Cuando vio el escritorio desordenado, dijo que ella era igual que yo, y el televisor no tenía polvo, y yo era fácil de amar. La gente necesita un poco de ayuda porque está demasiado acostumbrada a no amar. Es como cortar la arcilla para hacer otra pieza de arcilla que se funda con ella.

Preparé un zumo de concentrado de naranja y le enseñé el truco de exprimir una naranja natural y añadirle su jugo al concentrado. Eso le quita el sabor a cosa congelada. Le maravilló aquel truco. Me reí y dije: La vida es fácil. Lo que quería decir era: La vida es fácil cuando estás aquí y, cuando te vayas, volverá a ser difícil. Parecía un día de cumpleaños, nuestro primer cumpleaños, y que nosotras mismas éramos los regalos que abriríamos una y otra vez. Una de las cosas que hicimos fue intercambiarlos los zapatos y probárnoslos. Los míos eran casi el doble de grandes que los suyos, pero qué importancia tenía aquello. No fueron sólo mis zapatos. Fueron también mis pies y todas las partes de mi cuerpo. Acercó su brazo al mío, y aquello parecía un embrión al lado de un niño. Ellen dijo que quizá estaba creciendo todavía, y juntamos nuestras piernas, y tenían también un tamaño del todo diferente, y nuestra curiosidad fue floreciendo igual que una rosa. Queríamos saber -queríamos saber de verdad- todas las cosas incognoscibles de cada una, lo que teníamos en común y lo que nos diferenciaba, en el caso de que algo nos diferenciase, ya que es posible que nadie se diferencie de nadie. Queríamos arrojar rayos en las aguas oscuras para ver, aunque sólo fuese por un instante, el mundo que vive allá abajo, diez millones de especies de colores y formas asombrosas. Muéstranos la vida, ahora. Juntamos nuestros estómagos y nuestros labios, y también tenían un tamaño diferente, pero mis labios eran, más o menos,



del mismo tamaño que su oreja. Cuando envolvió mi cintura con su brazo, pareció alargarse y, lo que es aún más importante, daba calor. Creíamos y nos mirábamos con fijeza. Resultaba increíblemente peligroso mirarnos a los ojos, pero lo hacíamos. ¿Cuánto tiempo puedes estar contemplando a otra persona? Antes de verte obligada a pensar en ti misma, igual que cuando hay que mojar nuevamente el pincel en el tintero. Durante mucho tiempo. No tenías necesidad de más tinta, no había necesidad de nada más, porque ella era tan buena como yo, ella vivía en la Tierra como yo, sufría igual que yo. Fue ella la que desvió la mirada y tiró de la sábana hacia su barbilla.

Después de eso, bebimos más zumo de naranja y le enseñé a hacer cubitos de hielo de zumo de naranja. Pero me dijo que ya sabía hacerlos. Se puso la falda y sus diminutos zapatos. De repente, se había hecho demasiado tarde y vi que el polvo volvía a concentrarse en el televisor. Era probable que nunca más volviese a quitarle el polvo, no tendría una motivación para hacerlo. Aquel pensamiento hizo que me sintiese tan violentamente triste que cogí un paño y empecé a quitarle el polvo en ese mismo instante, y, mientras lo hacía, me dijo: ¿Puedo hacerte una pregunta personal? Le dije: ¿Qué? Y ella preguntó: ¿Tocarías alguna vez a una mujer? Hice una pausa en la limpieza. Aquella no era una pregunta, era una respuesta a la que yo sólo podía asentir. Le dije: No, probablemente no, a menos que me hiciera un estriptís lento y profesional, y a lo mejor ni por ésas. Ella dijo: Yo tampoco. Dejé de limpiar, doblé el paño en cuatro partes y lo estrujé en mi puño. Entonces tuve la sensación de que había bebido demasiado zumo de naranja y que el ácido estaba destrozando mi estómago y quizá también todo lo demás. Me senté y me quedé muy quieta para recordar mi forma humana y para que no se me escaparan los gases. Bajé la mirada hasta mis enormes muslos y me recordaron a su marido. Ella recogía el bolso y las llaves. Me erguí, me acerqué a ella y le dije: Ahora voy a contarte diez verdades sobre tu marido. Levanté un dedo. Número uno<sup>[2]</sup> no es contable. Me dijo que eso ya lo sabía y que cuáles eran las otras nueve. Le dije que en realidad sólo había una y que las demás estaban relacionadas con aquella. Le pregunté si había pensado en la analogía del restaurante hindú y me preguntó: ¿A qué te refieres? Se lo expliqué y me preguntó si estaba haciendo un chiste racista. Le dije: No, es un hecho secreto y verdadero. Pero ya no nos interesaban a ninguna de las dos los hechos secretos y verdaderos ni ningún tipo de verdad.

Cuando se fue, me quedé de pie en medio del salón y decidí que estaba bien eso de quedarme allí durante todo el tiempo que quisiera. Pensé que tal vez me aburriría, pero no me aburrí, sino que sólo conseguí ponerme peor. Seguía agarrando el paño del polvo, y supe que si lo dejaba caer, sería capaz de moverme de nuevo. Pero mi mano estaba modelada para agarrar ese paño sucio de por vida. Había sido su secretaria durante tres años y cada uno de esos años estaba hecho de miles de momentos, todos insoportables, de no haber sido por ella. En aquel momento se hizo patente que nosotros, o al menos yo, habíamos trabajado por ella. Igual que las madres trabajan para dar de comer a sus hijos y los maridos para mantener a su esposa. Noté que los cimientos empezaban a temblar y me dije: Corre. Pero me resultaba imposible correr, no podía salir corriendo de ese lugar que me había costado tres años construir. Agarré el paño y dejé que todo lo demás me cayese encima. Las rodillas se me doblaron, caí al suelo. Lloré en inglés, lloré en francés, lloré en todas las lenguas, porque las lágrimas son las mismas en todo el mundo. Esperanto.

Al día siguiente fui al trabajo por curiosidad, igual que la gente que regresa a su ciudad después de una guerra para ver lo que sigue en pie. El dispensador de la cinta adhesiva seguía en su sitio. Allí estaba mi silla y mi escritorio, y él y su escritorio. Pero todo lo demás había desaparecido. Todas las cosas invisibles habían desaparecido y en el lugar que antes ocupaban tan sólo había ahora un mal contable y su secretaria. A mediodía se acercó a mi escritorio y me dijo: Ellen me ha dicho que tuvisteis un pequeño *tête-à-tête*. Le miré la manga de la camisa como si fuera su cara. No se me había pasado por la cabeza que todo aquello hubiese tomado un rumbo tan malo, que la indignidad bailaría sobre un baño de sangre. Ni siquiera sabía lo que significaba «*tête-à-tête*». En ese momento se me pasó por la cabeza despedirme del trabajo y raparme el pelo y rapárselo a él. Raparnos la cabeza para después mezclar los pelos y quemarlos y, después de aquello, presentar mi renuncia. Pero no hice nada.

El último día de clase tomamos ponche y nos pusimos la bata que habíamos confeccionado. La sacamos de la máquina de coser, la planchamos y nos la pusimos encima de la ropa. Parecíamos un grupo de mujeres que se conocen muy bien. Mujeres que se levantan juntas por la mañana, se desperezan y se ponen su bata. Batas a cuadros, batas fucsia y su bata con estampado de plumas. Me mantuve alejada de ella y ella se mantuvo incluso más alejada de mí. Me acerqué a una mujer, le toqué el

cinturón de la bata y le pregunté cómo había conseguido que le salieran tan bien los respuntes. Me contestó que con la ayuda de un alfiler, que era fácil y que podía enseñarme a hacerlo. Alzó los extremos de mi cinturón, se los llevó al regazo y empezó a estirar los respuntes. Cada vez que lo hacía enviaba pequeñas vibraciones al cinturón y al contorno de mi cintura. Tenía la esperanza de que Ellen estuviese mirando. Las telas de franela contagiaban su suavidad al aire y daba la impresión de que amortiguaban el frío que hacía en aquel Centro de Educación de Adultos. Dos mujeres, con mucha ternura, le secaban con unos pequeños toques el pecho a una tercera mujer a la que se le había derramado encima el ponche. Varias mujeres jóvenes se trenzaban el pelo las unas a las otras. Pero el linóleo que había entre Ellen y yo permanecía delimitado y encerado. De repente, Sue salió del cuarto de baño desnuda, con la bata en la mano. Se había dado cuenta de que no podía ponérsela porque no era una bata propiamente dicha; no era nada. Todas las mujeres dejaron lo que tenían entre manos y se quedaron mudas. Ellen y yo nos lanzamos una mirada rápida. Nos recordó nuestra desnudez, como si se tratase de la conquista de algo que flotaba en el aire. Sus ojos no expresaban disculpa, amor ni cariño. Pero ella me veía, yo existía, y aquello hizo que mis hombros se irguieran. Tan sencillo como eso. Sue cruzó la habitación con descaro y puso el bulto de franela en medio del suelo, como si fuera un enjambre rosa o un gigantesco bulbo de tulipán. Todas las mujeres nos congregamos a su alrededor igual que si fuera un fuego y, aunque sabíamos que el fuego no se puede tocar, no podíamos apartar la mirada de él.

## Los movimientos

Antes de morir, mi padre me enseñó los movimientos que sabía hacer con los dedos. Se trataba de movimientos para conseguir que una mujer llegase al orgasmo. Me dijo que no sabía si aquello me sería de utilidad, teniendo en cuenta que yo era una mujer, pero que eso era todo cuanto podía dejarme como dote. Yo sabía lo que quería decir. Quería decir herencia o legado, no dote. Se trataba de doce movimientos en total. Los hizo en mi mano como si fuera un lenguaje de signos. Casi todos eran movimientos de rapidez y presión combinados de diferentes maneras. Algunos consistían en una floritura tal, que nunca hubiera alcanzado a imaginármelos. Supuse que los aprendió cuando estuvo en el extranjero. Una inversión inesperada tanto en la rapidez como en la dirección. Unos dedos inmóviles se detienen por un momento y luego inician unas caricias largas y veloces que él llamaba «el despellejamiento». Me empeñaba en anotar cuanto me decía, pero él se burlaba y me preguntaba si iba a ponerme a repasar aquellas notas cuando llegase el momento de poner todo aquello en práctica. Lo recordarás, me aseguraba, y repetía aquellas caricias en la palma de mi mano con sus dedos sarmentosos. Parecía un masaje de mano. Estaba muy seguro de sí mismo. No podía imaginarme a mí misma haciendo esos movimientos con tanta seguridad como él. Vas a hacer a alguna mujer muy, pero que muy, feliz, me decía. Pero yo nunca había hecho demasiado feliz a nadie, jamás, y daba por sentado que tendría que recurrir a mi padre cuando llegase aquel momento. Pero él ya estaría muerto. Además, me imaginaba que esa mujer sería lesbiana y no estaría dispuesta a que él la tocara. Tendría que hacer los movimientos de los dedos por mí misma. Tendría que decidir cuándo estaría ella preparada para el sexto y séptimo movimientos. ¿Podría soportar aquella mujer la intensidad del momento de inmovilidad y rendirse luego a los rápidos placeres del despellejamiento? Tendría que aguzar el oído para averiguarlo. No tienes que guiarte por el sonido de su respiración, decía mi padre, sino por la humedad de la piel en la región lumbar. Aquel sudor es tu secreto emisario.

Estará tan seca como una mojama, y apenas un segundo después estará...  
¡como si Ciudad del Cabo se inundase! No esperes a estar segura o perderás  
el tren: sube y avanza, avanza, avanza.

Cada mañana, cuando intento motivarme con algo positivo, recuerdo a  
mi padre diciéndome aquello y siento un gran consuelo. Sé que algún día  
conoceré a alguien especial, tendré una hija y le enseñaré lo que mi padre  
me enseñó. No esperes a estar segura. Avanza, avanza, avanza.

## Mon plaisir

Es precioso.

Lo sé, pero córtelo. Quiero un corte a la altura de la barbilla.

¿No lo preferiría un poco más corto? ¿Qué le parece si se lo corto hasta esta altura, hasta las orejas?

¿Cree que quedará mejor?

No, pero sería un corte de más de veinticinco centímetros y podríamos donarlo a Hair for Care. Es una organización benéfica que hace pelucas para niños que han perdido el pelo.

¿Trabaja para ella? ¿Para la organización?

No.

Entonces creo que seguiré optando por el corte a lo garçon.

Podría dejárselo crecer unos dos centímetros, volver por aquí y cortárselo entonces a lo garçon. De ese modo todo el mundo saldría ganando.

No, tengo que cortármelo hoy. Es el primer día del resto de mi vida.

Ah. Tuve un día igual que ése la semana pasada.

¿En serio? ¿Qué ocurrió?

Me levanté y pensé: Éste es el primer día del resto de mi vida.

Y, ¿qué ocurrió?

Me subí al coche y me vine al trabajo.

Ah.

Sí, señora.

Pues vamos a regalarle a esos pequeños una peluca nueva.

Quando mi marido vio mi nuevo corte de pelo, me echó la misma mirada que cuando uno de nosotros olvida quiénes somos. No somos de esa clase de gente que compra cacao instantáneo, no charloteamos, no compramos tarjetas de felicitación de Hallmark ni creemos en los rituales de Hallmark, tales como el día de San Valentín o las bodas. Por lo general,

tratamos de alejarnos de cosas que carecen de sentido y preferimos las que tienen sentido. Las tres primeras cosas que tienen sentido para nosotros son: el budismo, la comida sana y el paisaje mental. Los cortes de pelo entran en la misma categoría que cortarse las uñas de las manos y de los pies, lo que a su vez entra en la misma categoría que cortar el césped. En realidad, no creemos que haya que cortar el césped; lo hacemos sólo para evitar peleas innecesarias con los vecinos. Los vecinos podan los matorrales para darles formas ridículas de animales. Carl me miró como si yo fuese el vecindario, como si mi pelo tuviese la forma ridícula de un animal. Después de echarme aquel vistazo, continuó transcribiendo la charla dharma de Barry Mendelson, una especie de gurú local. Hace esas transcripciones de manera gratuita para el zendo al que vamos. A veces los sermones son muy largos y le lleva más de cincuenta horas ultimar la transcripción. Pero le merece la pena, porque, cuando el sermón aparece en la página web del zendo de Valley Pine, puede decir: yo escribí eso, y, en cierto sentido, es cierto.

Me fui al dormitorio y me acosté en el suelo para no deshacer la cama. Desde donde estaba tumbada, veía el polvo y algunos números atrasados de revistas que había debajo de la cama. Aquello hizo que me acordara de un documental que vimos sobre las hormigas. Allí abajo hay civilizaciones enteras, y tan activas como nuestras ciudades. Ya no practicamos el coito. No estoy quejándome, es culpa mía. Me acuesto a su lado e intento enviar señales a mi vagina, pero es como tratar de sintonizar canales por cable en un televisor que no tiene cable. Mi mente pide sexo, pero mi vagina sólo espera el momento de orinar. Está convencida de que todo el trabajo que tiene que llevar a cabo en la vida es orinar.

A las ocho, Carl se fue a clase de tai chi, pero regresó a casa más temprano de lo habitual porque el profesor no apareció. En su lugar fue un sustituto y Carl me dijo que era un farsante.

¿Quieres decir que no era un verdadero profesor de tai chi?

Era un cómico. No hacía otra cosa que intentar que todo el mundo se riera.

Oh. Creí que querías decir que era un impostor, un tío normal y corriente que habían encontrado en la calle.

Para colmo, traducía el nombre de las posturas.

De todas formas, ¿no sería raro que un cómico de verdad llegase de la calle e intentara enseñar tai chi? Algo así como si Bob Hope intentase enseñar tai chi...

La postura llamada *yun shou* la traducía por «manos de mono». No pago catorce dólares por clase para hacer «manos de mono».

Nos acostamos temprano y le pregunto a Cari si quiere que lo amamante, pero no quiere. El amamantar es una de nuestras cosas. Algo parecido al budismo y a la comida sana, aunque a la vez es algo distinto. En realidad, el amamantar entra en una categoría diferente. Otras cosas que entran en esa categoría serían las siguientes: Mi ira contenida y sin motivo concreto.

y:

La sensación de que hay un «siguiente nivel» y que yo debería estar en él.

Es posible que Cari tenga otras cosas que añadir a esa lista que podríamos llamar: Cosas Importantes que No Comprendemos y de las que Definitivamente No Vamos a Hablar. Leemos en la cama durante un rato antes de apagar la luz. Yo leo un artículo sobre el autismo. En estos días, parece que te das la vuelta y ahí está, el autismo. Si tuviese un bebé y empezara a desmenuzar papel para ir haciendo pedazos cada vez más pequeños, no me llevaría años descubrir la verdad. Instintivamente pensaría: Por la vaca sagrada, tengo un autista, y me pondría manos a la obra de inmediato. Pero no tendré un hijo autista. No tendré ningún hijo. Ya soy muy mayor. No demasiado mayor, sólo un poco mayor. Una mujer decidida y resuelta aún lo intentaría, pero es demasiado tarde para una mujer como yo.

Me levanté a las siete de la mañana y me dije: Éste es el segundo día del resto de tu vida. No es algo concreto, sino la sensación de ir a la deriva. Como si un barco hubiese levado anclas dos días atrás y ahora me encontrase de travesía, tratando de ver todo, igual que haría cualquier turista, aunque todo me resulta familiar. Ya lo he hecho antes. En realidad, es cosa mía que Carl y yo nos centráramos en la salud. De eso hace ya cuatro años. Empecé por utilizar pan integral para los sandwiches, después vino el tai chi -cosa a la que jamás logré cogerle el tranquillo-, y, por último, el budismo. Carl aceptó sin fisuras aquel estilo de vida, después de alguna burlona resistencia inicial. A veces, me imagino que se sentía tan amenazado por mis nuevos intereses, que me secundaba por mera agresividad, como si quisiera decirme: Puedes correr, pero no tienes dónde



esconderte. Me cepillé mi nuevo pelo corto como si aún lo tuviera largo: golpeándome sin querer los hombros con el cepillo. Se trataba de una rareza nueva y delicada y me aferraba a ella igual que a un clavo ardiendo, deseando que me llevase a una rareza incluso más novedosa y más rara. O quizá podría acumular muchas y pequeñas costumbres nuevas y apilarlas para formar una única, nueva y gran costumbre. Con ese pensamiento en mente, cogí el coche y me fui a una zapatería. Elegí un tipo de calzado que no había usado jamás. La dependienta y yo miramos mis pies blancos y venosos dentro de aquellas alpargatas amarillas con tiras.

¿Quiere que se las ponga en una caja?

No, me las llevaré puestas.

No le recomiendo que lo haga.

¿Y eso?

Bueno, yo siempre me pongo los zapatos en casa los primeros días. De esa manera puedo devolverlos si no me siento cómoda con ellos.

Es un buen consejo. Todo el mundo debería hacer lo mismo.

A la gente le gusta complicarse la vida más de la cuenta.

Yo soy una de esas.

Probarlos en casa, ése es el primer paso. ¿Cuál es el segundo? Llevarlos cuando se sale. ¿Cuál es el tercero? ¿El tercer paso? Usted decide.

Me puse los zapatos nuevos en el coche mientras conducía para ir a la terapia, pero me los quité antes de salir. Cada vez que entraba en el consultorio de Ruth, las nubes densas que había en mi corazón se disipaban y dejaban un paisaje complejo, un pueblo gris, una ciudad maldita. Siempre me quedaba paralizada en aquel lugar, y Ruth tenía que sacarme de allí haciéndome preguntas, como por ejemplo: ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

Que jamás volvamos a tener sexo.

Pero eso es muy improbable.

Bueno, es como si a mí no me apeteciera tenerlo nunca más. Como si ni siquiera me importase.

Tengo una paciente que tuvo un accidente de coche y ella sí que no puede volver a tener sexo... Se ha quedado paralítica. Pero, ¿se ha acabado su relación?

¿Sí?

No. Con toda seguridad, las relaciones serán un desafío, pero su pareja sigue queriéndola igual.

En ese momento lloro por el amor que existe entre esa mujer lesionada y su pareja, y, mientras lloro, me pregunto si Ruth dijo «pareja» porque eran lesbianas. Desde luego que lo son, y, con toda probabilidad, la paralítica se ha presentado además a gobernadora. Lloro con más fuerza. Votaría por ella. Pero, ¿existe esa paciente de verdad? ¿O se la ha inventado Ruth, igual que sospecho que se inventa las cariñosas y divertidas riñas que tiene con su marido? Por cada discusión que tengo con Cari, Ruth tiene una anécdota parecida que le pasó con su marido. Pero, en lugar de meter cizaña, la quiere por ser una amargada, y ella se ríe con vergüenza por lo amargada que es. Dios, eso suena de puta madre. Quiero reírme de mí misma con vergüenza, quiero ser una amargada. Ruth me pasa la caja de pañuelos de papel y el tiempo de la consulta ha terminado. Me sueno la nariz a medias y espero a estar fuera para sonarme del todo.

Cuando llego a casa, Cari está meditando. Me gusta ese momento del día porque tiene los ojos cerrados. Me brinda la oportunidad de comportarme tal y como me gustaría comportarme con él. Me pongo las alpargatas y me siento en el sofá frente a él, que está erguido sobre la alfombra. Primero actúo, en silencio, como lo haría una persona amargada: encorvo los hombros y frunzo el ceño. Después me enderezo y muevo mudamente los labios:

¿Qué pasa contigo, amargada?

Me inclino y muevo los labios de nuevo: Maldita sea, siempre estás meditando.

Me enderezo: Fantoche, amargada (no sé por qué, la versión muda de mí y de Cari habla como los niños de la película *Pequeños traviesos*), no vayas a burlarte de mí. Estoy trabajando en mi dualidad cuerpo-mente.

Me inclino enfurruñada: Meditando, meditandoooooo. Oye tú, yo también tengo una dualidad mente-cuerpo.

Me incorporo: Desde luego que sí, amargada. Eres un guisante seco.

Me inclino y me preparo para el gran momento. Abrazo mi yo con firmeza, cierro la boca y, en silencio y avergonzada, me río de mí misma. Ag, ag, ag, ag. Primero es desgarrador y me echo a llorar. Pero llorar es una costumbre, de modo que prosigo, desmayando los ojos por debajo de los

párpados, avergonzándome aún más: ag, ag, ag, ag. Me olvido de las risas y consigo un ritmo de respiración en el que espiro en intervalos de cuatro. Rodeándome a mí misma con los brazos, me siento bien, es como galopar, ag, ag, ag, ag. A medida que galopo, empiezo a tener la sensación de que galopo junto a Cari, y me pregunto si esto que hago es meditación. Tal vez, por casualidad, he logrado llegar a una poderosa respiración hindú, ag, ag, ag, ag. Quizás es algo que los gurús sólo te enseñan cuando llevas muchos años de aprendizaje. Ni siquiera lo han logrado en el zendo al que va Cari; hay que ir a la India para aprenderlo. Ag, ag, ag, ag. Pero yo empecé a respirar del modo en que los Dalai Lama lo hacen por naturaleza. Yo, una mujer estadounidense normal y corriente, ag, ag, ag, ag, estoy llevando a cabo la antigua y olvidada respiración curativa de la India. Milagro será que Cari no se encele cuando se lo digan, cuando me lleven a un lugar al que él no pueda ir. Lo siento, diré yo, pero esto es más grande que nosotros. Él luchará, intentará llevar a cabo la respiración antigua, ag, ag, ag, ag, y yo me reiré compasivamente, porque es tan patética la imitación que hace que me den ganas de darle un puñetazo en la cara. Respiro con dificultad y rapidez, mi cuerpo se convulsiona por los pequeños y vigorosos abrazos que me doy. Es real, la furia es real, es antigua y está olvidada, ¡ag, ag, ag, ag! De repente, me detengo y abro los ojos. Allí está Cari. Después de percibir la fijeza de mi mirada, abre sus ojos y me mira. Allí estoy yo. Aquí estamos los dos, en el salón.

Aquella noche Cari quiso que lo amamantara, así que me levanté el camisón. Yo no tengo que hacer nada, mi teta está ahí, y él la chupa. Siempre que ocurre eso me entra sed y me pongo triste. Pero ambas sensaciones están invertidas. La sed tiene la profundidad y el matiz que le correspondería tener a la tristeza: la sed como dolor, como grito, como sollozo. Y la tristeza está patéticamente limitada al rango de la sed, es tan sólo un trago emocional, acompañado de un fruncimiento del ceño, algo que puede saciarse. Es probable que esas sensaciones se manifiesten de manera lógica cuando hay leche en las tetas. Noté la erección de Cari en mi rodilla, pero esperé a que se le pasase y, al cabo de un rato, desapareció. Me soltó el pezón y nos quedamos tumbados en aquella penumbra que he llegado a pensar que es nuestro ámbito privado.

¿Te has fijado en mi nueva imagen?

¿Tu corte de pelo?

Es más que eso.

¿Es algo interno?

Sí, y también me he comprado unos zapatos nuevos.

Ah.

Pasó un coche y observamos las ráfagas de luces que se deslizaban por el techo. Cari me presionó hacia abajo un pie con el suyo. Yo se lo alcé con el mío. Es algo que hicimos la primera vez que nos acostamos, es un gesto de hace siete años. En realidad, nunca llegamos a tener lo que se dice un noviazgo. Nos conocimos en una comida de esas en que cada cual lleva algo. Allí descubrimos que ambos estábamos recuperándonos de una separación. Cuando dejamos de hablar de nuestros respectivos ex, ya llevábamos un año juntos. Le alcé el pie a Cari con el mío y él me lo presionó hacia abajo con el suyo. Si los gestos fuesen personas, aquella persona estaría haciendo ahora el bachillerato. Pero los gestos son sólo gestos. Aun así, me siento más cercana a él cuando hacemos eso que en cualquier otro momento del día. Es como si nuestros pies tuvieran una relación perfecta, sincera y cariñosa, pero, de los tobillos para arriba, estamos perdidos. Vuelvo a presionar, pero él no me corresponde. Se ha quedado dormido.

En el octavo día del resto de mi vida, empecé a preguntarme si se trataba en realidad del resto de mi vida o si era sólo una continuación de ella. Tenía tan poco que me sirviera de guía... El segundo paso era ponerme los zapatos nuevos fuera de casa, y así lo hice. Me paseé por nuestro barrio. Me acerqué a la concurrida avenida y entré en el popular café que tanto les gusta a los universitarios. No pude pedir nada porque no llevaba el bolso, pero entré en el servicio. Utilicé el inodoro, el papel higiénico, el jabón, el agua, las toallas de papel. Todo lo que era gratis. Salí del servicio y me fijé en el tablón de anuncios. Muchos de esos anuncios tenían una hilera de copias en la parte de abajo que podían cortarse. Como también eran gratis, recorté una copia de cada anuncio y volví a casa. Me tumbé en el suelo del dormitorio y miré debajo de la cama. Me vinieron a la cabeza los mismos pensamientos que tuve anteriormente en torno al documental sobre las hormigas. Civilizaciones enteras. Igual que la nuestra. En el subsuelo. Me di la vuelta y me tumbé boca abajo, y, presionando los labios en la

alfombra, canté esa canción que dice: «¿Por qué tengo que ser una adolescente enamorada?» Pero suprimiendo lo de la adolescente enamorada, sólo cantaba «¿Por qué tengo que ser?». Aunque con el mismo anhelo, con el mismo pesar. Saqué los trocitos de papel y los esparcí sobre la alfombra. Eran de todos los colores, incluidos los vivos y fosforescentes. Muchos tenían sólo un número de teléfono, sin ninguna otra referencia. Amontóné esos misteriosos pedacitos y examiné el resto. Tres eran anuncios de gatos perdidos, uno era para regalar un gatito, otro requería extras para una película, en dos de ellos se buscaba un subarrendamiento, uno ofrecía en alquiler una habitación en casa de una familia vegetariana y otro reclamaba a gente para cuidar niños. Los ordené según sus características, después los dispuse formando un arco iris. Miré el arco iris con los ojos entrecerrados hasta que se convirtió en un borrón. Entonces susurré el tercer paso: Usted decide.

Aquella noche, de repente, empecé a echar de menos mi pelo. Busqué en internet Hair for Care y escanéé las fotos de los destinatarios. Todavía era demasiado pronto para que hubiesen hecho una peluca con mi pelo y apareciera en la cabeza de un niño, pero las fotografías fueron tranquilizándome. Unas niñitas sonrientes, con un cabello sano y brillante, mostraban sus fotografías antes de llevar peluca: unos seres calvos de ceño fruncido. Me enteré de que mi pelo lo combinarían con otras nueve colas de caballo para hacer una única peluca. Y de que entresacarían mis cabellos canosos para vendérselos a un negocio dedicado a la confección de pelucas, para de ese modo compensar los gastos de envío y el mantenimiento de la página web. De modo que, en cierto sentido, era una mujer activa. Fragmentos de mí viajaban, compensaban y formaban una alianza de por vida con fragmentos de otras mujeres. Aquello me animó y me inspiró. Me metí en la cama y presioné hacia arriba el pie de Cari. Él presionó el mío hacia abajo.

Creo que necesitamos trasladarnos al siguiente nivel.

¿Quieres decir que tengamos hijos?

Sabes que soy muy mayor para eso.

No tanto.

Sí. Pero no se trata de eso. Es algo que quiero que hagamos juntos.

¿Tiene que ver con el sexo?

No. ¿Por qué lo dices?

¿Qué? Creí que te referías a eso, cuando dijiste *juntos*, creí que...

Pero aún te gusta la manera en que lo hacemos, ¿no?

¿Podemos hacerlo ahora mismo?

Lo hicimos a nuestra manera. Cari me chupó la teta y yo le hice una paja. Después me di la vuelta y me toqué, mientras Cari me daba palmaditas en la nuca. Me corrí y la mano de Cari volvió a su lado de la cama. Me giré hacia él en la oscuridad.

No te duermas.

No estoy dormido.

¿No te gustaría saber cuál es el siguiente nivel?

¿Cuál?

Sólo te lo diré si me prometes que intentarás hacerlo conmigo.

¿Qué pasa si yo ya estoy allí?

No lo estás.

¿De qué se trata?

¿Me prometes que lo harás conmigo?

De acuerdo.

Creo que deberíamos trabajar como extras. Ya sabes, como actores figurantes.

Igual que sucedió con el pan integral, al principio a Cari no le entusiasmó la idea. Se rió cuando le enseñé el trozo de papel verde fosforescente con el número de teléfono y el título de la película: *Helio Maxamillion, Goodbye Maxamillion*. Pero, al final, mi desconocimiento de la industria cinematográfica lo dejó abrumado. Era tan fácil saber más que yo, que Cari no pudo resistirse a la tentación. Y de esa manera empezó todo.

Me alegró volver tan pronto a la peluquería. Hacía calor, estaba llena de vapor, del sonido ronroneante de los secadores de mano y del agradable olor a champú profesional. Patrice nos enseñó la tarjeta de agradecimiento que había recibido de Hair for Care. Cari estaba impresionado. Se puso en manos de la peluquera como si fuese a extraerle sangre para la Cruz Roja. De cuando en cuando, levantaba los ojos de la revista que leía para ver su evolución. Había poco que hacer: darle un buen corte de barba y de pelo, recortarle el vello de las orejas y de la nariz y retocarle las cejas, pero yo

creía que era necesario que le hicieran tales cosas. Si aparentábamos estar aseados y ser normales y corrientes, les quitaríamos protagonismo a los actores principales.

No alcanzaba a oír lo que Cari le decía, pero daba la impresión de que tenía opiniones: no dejaba de hablar con Patrice. Ella inclinaba la cabeza para asentir, daba un paso atrás, le miraba como si fuera un cuadro, asentía y volvía a cortar. Podría haber estado toda la vida observando aquella escena: Patrice y Cari hablando en esa habitación calurosa y perfumada. No resultaba difícil imaginárselos haciendo el amor. Ella con la falda levantada, él penetrándola y Patrice cogiéndole por los pelos, tal y como hacía en aquel momento. Ella podría chupársela. A él le gustaría que lo hiciera. Cari me inspiraba ternura, y a Patrice la consideraba una hermana. En realidad, «hermana» es una palabra demasiado fuerte. Quería que ella me lo suplicase. Le legaba todas las modalidades de la desesperación. Le daba cosas que yo no estaba segura de tener. Se inclinó para recortarle las cejas con mucho cuidado, dio un paso atrás, giró alrededor de Cari y le preguntó: ¿Qué te parece?

Le sugerí a Cari que lo siguiente que teníamos que hacer era ir a la zapatería, pero él objetó que era muy raro ver los zapatos de los actores en las películas.

Es porque toman primeros planos de la cara. A nosotros no nos tomarán primeros planos. Estaremos al fondo y se nos verán los zapatos.

Si estamos lo suficientemente lejos para que se nos vean los zapatos, significará que estaremos tan lejos que no se nos verán con claridad los zapatos.

Pensé en lo que acababa de decir y parecía razonable. Era extraño que Cari tuviera conocimientos de cinematografía y de su industria. Al principio, cuando ridiculizaba mi idea, se burló y dijo: Incluso en el caso de que no fuese una idea tonta, de bajo nivel y casi ofensivamente banal, aun así, no podríamos hacerlo porque no estamos en el gremio.

¿Qué gremio?

El sindicato de figurantes.

¿De verdad que existe tal cosa?

Bueno, no pensarás que van a dejar que cualquier mindundi baile un vals en un plato, ¿o sí?

Pero sí lo hacen. Más tarde, buscamos en instantcast.com y encontramos que en muchas películas contratan a gente normal cuando ya han completado la cuota sindical. También leímos lo importante que llegan a ser los extras. Son más que algo «extra». Imagínate un concurrido saloon en el antiguo Oeste. *Cuando el chico malo entra, ¿cómo sabemos que se trata del chico malo de la película? Porque cientos de figurantes se quedan paralizados en mitad de la acción: los vasos de cerveza se quedan alzados a mitad de los labios, las cartas se quedan sin barajar del todo, los dados se congelan en el aire.* Se lo leí a Cari en voz alta después de que él terminara la transcripción del sermón dharma de todas las noches.

Ahora, ¿me dejas que te lea algo?

¿Qué?

¿Sí o no?

Sí.

*Cuando logres ver la belleza de un árbol, llegarás a saber lo que es el amor.*

Es bonito.

Creo que lo es.

¿Lo has transcrito?

Sí, me llegó después de cenar.

Te llegó... a través de los auriculares.

Exacto.

El tercer día del resto de la vida de Cari, que era el undécimo mío, empecé a llamar al número de teléfono. Instantcast.com explicaba que la manera más fácil de contactar era presionando el botón de rellamada durante horas. Es el modo profesional que emplea todo el mundo para solicitar ese tipo de trabajo, igual que cuando se llama a una emisora de radio para ganar unas entradas para algún espectáculo. Los directores buscan a gente dispuesta a hacer casi cualquier cosa, pero que estará encantada de no hacer casi nada durante horas y horas.

Mientras presionaba la tecla de rellamada, visité muchas páginas web que hablaban de la profesión de figurante. Aquellas páginas me llevaron a otras que hablaban de las famosas estrellas de Hollywood y éstas, a su vez, a otras dedicadas a estrellas del cine porno. Al final acabé viendo, a través de su cámara web, a una mujer bastante joven que se llamaba Savannah



Banks. Savannah no estaba desnuda, cuando yo esperaba lo contrario. Estaba ante su escritorio. Primero me pareció que revisaba unas facturas, después llamó por teléfono. Me dio la impresión de que estaba escuchando los mensajes, pero, al cabo de un rato, caí en la cuenta de que quizás estaba marcando la tecla de rellamada, igual que yo. De repente, me convencí de que estaba a la espera de contactar con el departamento de casting de *Helio Maxamillion, Goodbye Maxamillion*. Si le contestaban a ella antes que a mí, iba a sentirme muy frustrada. Ella no lo necesitaba tanto como yo. Ella vivía sola, tenía una web-cam y tenía muchas, demasiadas alternativas. Se reclinó en la silla, expectante. Yo también podía esperar. Ambas estábamos empatadas, ambas en un punto muerto. Y entonces gané yo.

Casting.

¡Hola! Le llamo por lo del casting.

¿Cuál de ellos?

*Helio Maxamillion, Goodbye Maxamillion.*

Oh, ese casting ya lo hicimos.

¿De verdad?

Sí.

Ah.

Sí. Bueno, en fin.

En fin.

Mire, quizá necesiten a una persona más. No estoy del todo segura, pero es posible que aún necesiten a una persona más si se presenta allí ahora mismo.

Vaya, pero es que no soy yo sola, también está mi marido, y está en clase de tai chi en este momento.

Bueno, para dos hay pocas posibilidades.

Pero se trata de eso..., de que queremos hacerlo juntos.

No sé, quizá necesiten a dos. Como le he dicho, no lo sé.

¿Usted cree?

Acérquense allí.

¿En serio?

¿Qué tiene que perder?

Nada.

Lleven tres camisas cada uno.

¡Llevaré cuatro!

Colgué y le eché otro vistazo a Savannah. Estaba poniéndose el abrigo. Cogió el bolso. Yo, por mi parte, cogí las camisas, salí de casa y me quedé a la espera de Cari en el camino de la cochera. Ella me llevaba una ventaja injusta porque yo tenía que esperar a Cari.

Se trataba de un romance trágico. Maxamillion era un anciano que se enamoraba de una niña y esperaba a que ella creciera, sólo que muere de vejez en el dieciocho cumpleaños de la jovencita. Estábamos en una de las primeras escenas, una en que Maxamillion lleva al objeto de su amor, a su heroína de seis años, a un lujoso restaurante francés llamado Mon Plaisir. Nosotros dos y otros veintidós extras nos agrupábamos por parejas en mesas de amplios manteles. Maxamillion y la niña estaban sentados a nuestro lado, con las manos entrelazadas, mirándose a los ojos de una manera que me incomodaba. Pero a mí no me correspondía juzgar el amor entre aquellos dos personajes de ficción. Dave, el ayudante de dirección, nos dijo que hablásemos y comiésemos como lo haríamos normalmente si estuviésemos disfrutando de una comida en un lujoso restaurante francés, pero que diésemos bocados diminutos para que la comida nos durase unas cuatro o cinco horas. Cari miró su plato. Para nosotros, el hecho de no tener que comer comida francesa resultaba fácil, ya que somos macrobióticos. Y ¡acción!

Hola.

Hola, Cari.

Por lo general no nos saludamos cuando nos disponemos a comer.

Ahora voy a beber agua.

Yo también.

¡No, no podemos beber agua!

¿Por qué no?

Esto no es real.

Pero tengo mucha sed.

Bueno, espera.

Cari se recostó en la silla, esperando.

¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que seguir charlando!

Ya, está claro que no soy actor, pero esto no fue idea mía, ¿verdad?

Ah, genial. De modo que ahora la culpa es mía...

¡corten! ¡Corten, corten, corten!

En ese instante aprendimos la primera gran lección sobre cómo tienen que actuar los figurantes. Cuando Dave nos dijo que charlásemos como lo

haríamos normalmente en un lujoso restaurante francés, quería dar a entender que teníamos que hablar sin articular sonido. Conversar en silencio. Él creía que lo sabíamos. No. Ni siquiera sabíamos por qué estábamos allí. ¿Dónde estaba Savannah Banks? Eché un vistazo alrededor, pero no estaba en el Mon Plaisir. Por supuesto que no. Era probable que no viviese siquiera en esta ciudad. Era probable que tuviese una cita de verdad en un restaurante francés de verdad. Miré a Cari y él me devolvió la mirada. En aquel momento, nuestra realidad desolada se hizo evidente: no podíamos marcharnos y no podíamos cambiar de pareja. Maxamillion acarició la mano de la niña con un dedo arrugado y Dave dijo acción.

De repente, éramos actores. Nos comportábamos igual que lo hace la gente cuando mantiene una conversación. Escuchábamos, asentíamos con la cabeza, sonreíamos en silencio y comíamos trocitos de comida. Movíamos la boca y la cara. A veces, gesticulábamos para enfatizar algo, nos animábamos como se animan las parejas jóvenes cuando charlan. Cari incluso me interrumpió, moviendo los labios con afectación y asintiendo con la cabeza a lo que yo decía, supongo que recalándolo, y supe, conociendo la manera en que la gente conversa cuando está feliz, que había dicho algo gracioso. Me reí en silencio y Cari sonrió. Fue una sonrisa real, de satisfacción por haberme hecho reír. Y fue tan formidable ver aquella sonrisa, que me sentí resplandecer, me sentí guapa, y corten.

Cuando llegó el momento en que nos permitían hablar no nos dijimos nada. Ni siquiera podíamos mirarnos a los ojos. Aquella situación resultaba demasiado embarazosa. Yo esperé, hecha un manojo de nervios, a que Dave dijera acción, y, cuando lo dijo a voz en grito, alcé los ojos y me encontré con los de Cari justo en el instante en que los contraía con una sonrisa. Qué imponente estaba con aquella camisa y su nuevo corte de pelo. Sirvió más vino, levantamos las copas y dijimos moviendo mudamente los labios: ¡Por nosotros! Con aquel «nosotros» entendí que ambos queríamos decir aquellas dos personas que acababan de conocerse en el restaurante Mon Plaisir, no *nosotros*. Deslicé una mano por la mesa y Cari, sin pensarlo, me la cubrió con la suya. Me encendí como una cerilla... Y corten.

De nuevo esperamos con los ojos gachos. Su mano seguía allí, pero sin vida, y mientras regulaban los focos a nuestro alrededor, tuve tiempo de preguntarme cuántas tomas quedarían. No las suficientes.

Cuando volvimos a estar en acción, apreté los dedos de Cari y él estrechó los míos. En aquel momento, la premura parecía obvia. Nos

inclinamos hacia delante. Le acaricié la barbilla barbuda mientras nos dábamos un beso rápido, ya que no queríamos quitarle protagonismo a la mesa principal. El sentimiento que había entre nosotros era triste y desesperado. No podíamos dejar de mirarnos, cada inhalación era una pregunta: ¿Sí? Seguida de un: Sí. Cayendo y agarrándonos, volviendo a caer y a agarrarnos, descendimos hasta un lugar precario y nítido, un lugar que siempre había sabido que estaba allí, aunque sin adivinar jamás dónde. El nuevo sentido del humor de Cari florecía en silencio. Hizo unos gestos un poco absurdos que me sorprendieron tanto que estuve a punto de soltar una carcajada audible. Y yo no podía hacer un movimiento sin hacer el amor. Cada vez que me movía en la silla, me llevaba el tenedor a la boca o me apartaba el pelo de los ojos, me daba la impresión de que lo hacía como si atravesara un bloque de miel, lentamente y con todo tipo de insinuaciones. Temí que nuestra respiración sonase demasiado alta. Le agarré por el antebrazo y él, por debajo de la mesa, se descalzó. Nuestros pies se encontraron con una elocuencia casi sonora. Dave gritó: Corten. Después añadió:

Ésta ha sido la última toma para nuestros figurantes. ¡Gracias, actores figurantes!

¿Cómo era posible que se hubiese terminado? Cari y yo nos miramos sin creérnoslo. El equipo empezó a aplaudir. Todo el mundo aplaudía. Sólo nos quedaba levantarnos de la mesa y salir de la sala tropezando con los otros veintidós comensales. Cuando nos separamos para ir a los camerinos, ni nos miramos a los ojos. El camino de regreso a casa en el coche se hizo largo y estuvo envuelto en un silencio asfixiante. Mientras atravesábamos el césped del jardín delantero de nuestra casa, Cari se detuvo para enrollar la manguera que yo había dejado allí el día anterior. Lo esperé durante un momento pero, después de sentirme ridícula allí de pie, entré en la casa. Se había hecho tarde, de modo que empecé a preparar la cena. Una vez que nos sentamos fue cuando todo me pareció extraño. Allí estábamos de nuevo, comiendo juntos en silencio. Pinché la verdura con el tenedor y rompí a llorar. Cari levantó la vista, nos miramos fijamente a través de la mesa. Algo se hizo evidente: no debíamos seguir juntos durante más tiempo. Y corten.

Durante las semanas que siguieron, estábamos asombrados de nosotros mismos. Nuestras costumbres se deshicieron con facilidad. Yo me levantaba temprano en la habitación de invitados y él se quedaba hasta tarde chateando con desconocidos budistas. Igual que si fuéramos compañeros de cuarto de universidad, guardábamos la comida, que comprábamos por separado, en distintos compartimentos del frigorífico. Resultó que en realidad no nos gustaba comer las mismas cosas. Nos pusimos a buscar apartamento, a veces fijándonos en los mismos listados de ofertas. Y nuestra escasa intimidad física se suspendió, así de simple. Esas cosas que hacíamos, ¿adonde fueron? ¿Se reciclaron? ¿Las haría alguna nueva pareja en China? En aquel preciso momento, ¿estarían un sueco y una sueca haciendo piecitos? Nos ayudamos en nuestras respectivas mudanzas: primero cargando cajas para llevarlas a un estudio que él había encontrado en nuestro barrio y después atravesando la ciudad en la furgoneta de alquiler hasta mi nuevo hogar. Cuando la furgoneta estuvo vacía, nos abrazamos y pensé: En menos de un minuto, entraré en mi nueva casa. Cari me saludó con la mano desde la ventanilla de la furgoneta y se alejó. Yo me di la vuelta y me encaminé a mi nuevo portón. Pensé: Bueno, esto es lo que hay.

Allá voy. Pero, antes de llegar al portón, oí un claxon. Había regresado. Me había olvidado un desplantador en el asiento delantero. Estuvimos un rato hablando de aquello. No sabíamos qué hacer con él, ya que ninguno de los dos tenía jardín. Empecé a temer que la conversación sobre el desplantador no iba a terminar nunca. Nos imaginé como dos ancianos allí en la acera, con el desplantador en medio de ambos. Le quité a Cari la herramienta de la mano y me la llevé al pecho. Él regresó a la furgoneta y yo me encaminé al portón con el desplantador en la mano. Pensé: Esto es lo que hay. Ahora estoy sola. Miré a la calle para asegurarme. Sí, estaba sola.

## La marca de nacimiento

En una escala de uno a diez, siendo el diez el dolor de un parto, esto estaría en el tres.

¿En el tres? ¿En serio?

Sí. Eso dicen.

¿Qué otras cosas estarían en el tres?

Bueno, se supone que en el cinco está el que tengan que volver a encajarte la mandíbula.

Entonces no es algo tan malo como eso.

No.

¿Qué estaría en el dos?

Que un coche te atropellase el pie.

Vaya, entonces es algo peor que eso, ¿no?

Pero se termina enseguida.

Está bien, en fin, estoy preparada. No... Espera. Deja que me ajuste el jersey. De acuerdo, estoy preparada.

Entonces, vamos allá.

Lo que viene está en el tres.

El láser, que ha sido definido como luz blanca en estado puro, parecía más bien un puño que se estrellaba contra un mostrador, y su cuerpo una taza en la barra de un bar, saltando con cada impacto. Resultó que el tres era sólo un número. No definía el dolor, o a lo sumo lo definía en la misma medida en que el dinero define la cosa que compramos con él. Dos mil dólares por quitar una marca que parecía una mancha de vino de oporto. Una marca de nacimiento de aspecto sucio, con apariencia de lesión, como si aquella zona roja que le cubría toda la mejilla fuese el resultado de un exceso de diversión irresponsable. Ella le hablaba a su cuerpo como si le hablase al animal que ha llevado al veterinario. Chist, no pasa nada, lo siento, siento muchísimo lo que tenemos que hacerte. Aquello no era tan raro; mucha gente piensa que su cuerpo es inocente de los crímenes que comete, como lo son los animales o las plantas. No es que aquello fuese un

crimen. Ella había esperado pacientemente desde que tenía catorce años a que se abaratara la cirugía estética, igual que había ocurrido con los ordenadores. Mil novecientos noventa y ocho fue el año en que el láser hizo su aparición pública como si fuese pan caído del cielo, come y sáciate, sé perfecta por fin. Oh, sí, perfecta. Aquello no le hubiera preocupado de no haber sido por lo que la gente decía de ella: «muy guapa salvo por». Se trata de un grupo especial de ciudadanos que vive bajo leyes especiales. Nadie sabe cómo comportarse ante ellos. Intentamos verlos como si fuesen esa ilusión óptica de un jarrón que produce la silueta de una pareja al besarse. Ahora es un jarrón..., ahora sólo pueden ser dos personas besándose... Ah, pero es de todas todas un jarrón. ¡Es ambas cosas! ¿Puede el mundo soportar tal contradicción? Y aquello era incluso mejor todavía, porque, a medida que la ilusión de lo hermoso y de lo horrible oscilaba, nosotras oscilábamos a la vez que aquella ilusión. Éramos más feas que ella. Entonces, de repente, nos sentíamos afortunadas de no ser ella, pero entonces, de nuevo, desde aquel otro ángulo, resultaba insoportablemente encantadora. Ella era ambas cosas, nosotras éramos ambas cosas, y el mundo continuaba girando.

Comenzó la etapa de su vida en que ella era muy hermosa, salvo por... nada. Sólo los ganadores saben lo que se siente ante algo así. ¿Alguna vez has querido algo desesperadamente y lo has obtenido? Entonces sabes que ganar consiste en muchas cosas, aunque nunca es la cosa que creíste que sería. Los pobres premiados en la lotería no se convierten en ricos. Se convierten en pobres premiados en la lotería. Ella era una persona muy guapa que estaba perdiendo algo muy feo. Su ganancia consistía en la pérdida de algo, y aquella cualidad formaba parte de ella. Había muchísimo potencial en la esperanza de la eliminación de aquella marca de nacimiento. Cualquier idiota, en el autobús, podía distraerse en imaginar lo perfecta que sería sin esa marca. Ahora ya no había motivo alguno para esas distracciones, tan sólo para un sentimiento previsible. Y ella no era tonta, se daba cuenta de eso. Los primeros meses después de la operación, la piropearon mucho, pero aquellos piropos siempre le creaban una especie de confusión.

Ahora puedes recogerte el pelo y enseñar más la cara.

Sí, es posible que lo haga.

Espera, repítelo.

«Es posible que lo haga.» ¿Qué pasa?

Ha desaparecido ese ligero acento que tenías.

¿Qué acento?

Ya sabes, tu ligero acento noruego.

¿Noruego?

¿Tu madre no es de Noruega?

Es de Denver.

Pues tienes un poquito de acento, es... esa manera tuya de decir las cosas.

¿De verdad?

Bueno, ya no, ha desaparecido.

Y sintió una sensación real de pérdida. Aunque sabía que ella nunca había tenido acento alguno. Era la marca de nacimiento, que, en su densidad, le había prestado color incluso a su voz. No echaba de menos la marca de nacimiento, sino la herencia noruega, igual que cuando nos enteramos de que tenemos nuevos parientes, sólo para descubrir que acaban de morir.

Aunque, mirándolo bien, aquello era un mal menor, menos perjudicial que el insomnio (pero más grave que un *déjà vu*). Con el tiempo, llegó a conocer a más y más gente que nunca la había visto con la marca de nacimiento. Aquella gente no percibía ninguna ausencia evocadora, ¿por qué razón iba a percibirla? Su marido era uno de éstos. Se adivinaba tan sólo con mirarlo. No se trataba de que él no hubiera estado dispuesto a casarse con una mujer que tuviese una marca de vino de oporto en la cara. Pero probablemente no lo hubiera hecho. La mayoría de la gente no lo hace, y no por eso es peor que el resto de la gente. Como no hace falta decir, a veces ella veía a una pareja en la que uno de ellos tenía una marca parecida al vino de oporto, y si notaba que el otro estaba enamorado de esa persona a pesar de la marca, odiaba entonces un poco a su marido. Y él se daba cuenta.

¿Ya estás poniéndote rarita?

No.

Sí.

No, ¿por qué? Estoy comiéndome la ensalada.



También los he visto. Los vi entrar.

La de ella es peor que la que yo tenía. La mía no descendía hasta el cuello.

¿Quieres probar la sopa?

Me apuesto a que él es ecologista. ¿No tiene pinta de ecologista?

Quizá deberías sentarte con ellos.

Quizá lo haga.

No lo creo.

¿Acabaste la sopa? Creí que íbamos a compartir los platos.

Te ofrecí del mío.

Bueno, entonces no vas a probar bocado de esta ensalada.

Era una cosa insignificante, pero era una cosa, y las cosas pueden morir o crecer, y aquella cosa no estaba muriendo. Pasaron los años. Aquella cosa crecía igual que un niño, microscópicamente, día tras día. Y, desde que ambos formaban un equipo, y dado que todos los equipos quieren ganar, adecuaban su visión continuamente para que su crecimiento siguiera resultándoles invisible. Sin decir palabra, se perdonaban por no amarse tanto como habían calculado. En la casa había habitaciones vacías en las que una vez pensaron acomodar el amor que se profesaban, y trabajaron juntos para llenar esas habitaciones de muebles modernos de mediados de siglo: Herman Miller, George Nelson, Charles y Ray Eames. Nunca estaban solos: aquello se atestó. Cualquier cosa nueva tendrían que empotrarla en la pared. Lo que ocurrió fue lo siguiente. Ella estaba intentando abrir un tarro de mermelada, golpeando la tapa contra la encimera. Es un consejo muy conocido, un truco de cocina: un golpe para aflojar la tapa. No se trata de brujería ni de magia negra, sino una manera sencilla de quitarle presión a la tapa. Le dio un golpe demasiado fuerte y el tarro se rompió. Gritó. Cuando su marido oyó el ruido, acudió corriendo a la cocina. Todo estaba de color rojo, y en aquel instante él vio sangre. Lucidez alucinada: estás seguro de lo que ves. Pero un momento después el miedo deja de dominarte: se trata de mermelada. Por todas partes. Ella se reía mientras recogía los trocitos de cristal del bote de mermelada de fresa. Se reía del desastre. Miraba el suelo y el pelo le tapaba la cara igual que una cortina. Después levantó la mirada hacia su marido y le dijo: ¿Me acercas el cubo de la basura?

Y volvió a suceder. Por un instante, él creyó ver una mancha de vino de oporto en su mejilla. Era de un rojo intenso y mayor de lo que hubiera podido imaginar. Era más sangrienta que la sangre, como sangre de enfermo, sangre animal, la sangre que los racistas creen que late dentro de la gente de otra raza: sangre que no debe mezclarse con la mía. Pero un momento después era tan sólo mermelada, y él se rió y le limpió la mejilla con un paño de cocina. Su mejilla limpia. Su marca de vino de oporto.

Cariño.

¿Me acercas el cubo de la basura?

Cariño.

¿Qué?

Ve a mirarte en el espejo.

¿Qué?

Ve a mirarte en el espejo.

Deja de hablarme de esa manera. ¿Por qué me hablas así? ¿Qué pasa?

Él seguía mirándole la mejilla. Ella, instintivamente, se llevó la mano a la marca y salió corriendo hacia el cuarto de baño.

Se quedó un rato allí dentro. Quizá treinta minutos. Tú nunca has pasado treinta minutos como aquéllos. Escrutó la marca de vino de oporto y aspiró y espiró. Era como volver a tener veintitrés años, pero ahora tenía treinta y ocho. Quince años sin la marca, y ahora estaba allí. En el mismo y exacto lugar. Se palpó los bordes con un dedo. Le llegaba hasta el ojo derecho, le cubría el orificio nasal derecho, le atravesaba la mejilla hasta el oído y terminaba en la mandíbula. De color rojo purpúreo. No pensaba en nada, no tenía miedo, no estaba decepcionada ni preocupada. Miraba la marca de la misma manera en que alguien se miraría a sí mismo quince años después de su propia muerte. Ah, has vuelto. Ahora se le hacía obvio que siempre había estado allí. Se había sobresaltado al volver a verla. Miró dentro de aquella rojez, y aspiró y espiró, y se halló en una especie de trance. Pensó: Estoy en una especie de trance. Estaba volando. Aquello duró unos veinticinco minutos, un tiempo muy, muy largo para estar volando. Como mucho, es posible que uno levite durante un segundo o dos, durante medio segundo. Después, uno se pasa el resto de la vida intentando describirlo para recuperar la perspectiva. Dices: Fue como si estuviese volando, y mueves los brazos en el aire. Pero en el trance no movías los brazos, y lo sabes. Ella salió del trance igual que un avión al despegar. En lugar de estar dentro de la marca, la miraba desde arriba. Igual que un lago,

la marca disminuía cada vez más, hasta convertirse en una región diminuta en mitad de una masa mayor. Esa región que fascina al piloto, y la sobrevuela, pero sobre la que no querría volver a aterrizar nunca más. Arrancó un trozo de papel higiénico y se sonó la nariz.

Él se dio cuenta de repente de que estaba arrodillado. La esperaba de rodillas. Le preocupaba que ella no le dejase amarla con aquella marca. Hacía ya tiempo, unos veinte o veinticinco minutos, que había decidido que la marca era hermosa. Sólo la había visto durante unos segundos, pero ya se había acostumbrado a ella. No era nada malo. De alguna manera, les permitía que existiese algo más entre ellos. Ahora podrían tener un hijo, pensó él. Flotaba un sentimiento impreciso en el aire. El bote de mermelada seguía en el suelo, y no importaba. Seguiría arrodillado hasta que ella saliese, con la esperanza de ser capaz de hablarle de aquella cosa imprecisa de una manera imprecisa. Quería seguir con ella. Esperaba que no se la hubiese quitado. La mancha. Debía mantenerla, y tendrían un crío. Oyó que se sonaba la nariz. Ella abrió la puerta. Se quedaría de rodillas, igual que estaba. Ella lo vería en esa postura y lo comprendería todo.

## **El arte de contar historias a los niños**

Tom había hecho algunas cosas malas. Y parecía que ahora estaba llevándose su merecido. Apenas había nada que decir que el universo no hubiese dicho ya. Le pregunté por su mujer.

¿De verdad que Sarah quiere hablar de eso?

Seguro, pero a ella le da igual. Le importa un carajo.

Es lamentable.

Sí.

¿Y el alumno?

Seguirá follándoselo..

Oh, tío, tío.

Sí.

Y ella ¿conoce tus cosas..., tus líos?

No.

Nos quedamos callados, bebiendo el té a sorbitos. Y pensar que yo había sido una de esas cosas doce años atrás. Estrujé con un dedo la bolsita fría del té. Unos minutos más tarde, nos dimos un abrazo y cada cual cogió su camino.

No me llamaba desde hacía varias semanas. Para nosotros, eso era lo habitual: nuestra amistad estaba basada en la confianza y en la retirada, pero tenía mis dudas. Dudaba de que la última conversación que mantuvimos no hubiese sido una insinuación. No la conversación en sí, sino los silencios que la envolvieron. Hubo muchos pozos oscuros de silencio mientras tomábamos el té. Volviendo la vista atrás, podía imaginarme poniendo mi mano sobre la suya mientras estaba arrodillada en uno de esos pozos oscuros. Y en semejante pozo, ¿puedes estar segura de lo que haces? Una puede buscar consuelo en un amigo y entrar literalmente en ese amigo para consolarse. Y aquel viejo amigo, precisamente por tratarse de un viejo

amigo, te daría un consuelo especial. Con esa disposición favorable en mente, le escribí a Tom un correo electrónico.

*¿Almorzamos?*

Y él respondió:

*¡Sarah está embarazada y vamos a tener un bebé! Ya te contaré, tengo que irme. Quería ser el primero en darte la noticia. Besos, Tom.*

El día en que nos reunimos para llevar los regalos al futuro bebé, la madre de Tom iba de aquí para allá con una tablilla sujetapapeles asignando a cada una de las invitadas los días que tendríamos que llevar un plato sano para los futuros padres. Lo llamó «el árbol de la comida», igual que si fuese un árbol telefónico. Nos dijo que si Tom y Sarah no abrían la puerta, debíamos dejar la comida en el porche delantero, dentro de una cesta etiquetada con: *¡gracias, amigos!*

Afortunadamente, me asignó el último día que quedaba, y esperaba que el paso del tiempo me trasladase del horror a la alegría. Pero llegó el día señalado y no tuve tal sentimiento. Golpeé apenas la puerta con los nudillos, con la esperanza de dejar la comida en la cesta etiquetada con *gracias, amigos*, que en realidad decía: *dejad la comida aquí*. La puerta se abrió de inmediato.

Deb, gracias a Dios que estás aquí. ¿Te importa sostenerla?

Y me dio a la niña. Tom me hizo pasar por delante de una Sarah bañada en lágrimas, que me saludó, con gesto sarcástico, con la mano, y me condujo al despacho, ahora convertido en el cuarto de la niña. Tom me miró e hizo un gesto de dolor, a modo de disculpa, antes de cerrar la puerta y dejarme a solas con ella en brazos. Hubo un silencio, y después oí lo siguiente:

*¡No dije eso! ¡Dije que podría tenerla si me hubiese apetecido, porque es mi cuerpo!*

*¡Pero nuestro bebé estaba dentro de tu cuerpo! ¡Podrías haberle hecho daño!*

*¡No hay ningún peligro si no se trata de sexo duro!*

Ah. Entonces ocurrió.

Mantuve la respiración y me llevé la cría al pecho como si fuera mía. Se hizo un largo silencio en el que supuse que Sarah estaría sollozando. Pero, de repente, su voz emergió clara y sin mostrar remordimiento alguno.

Sí.

Sí. Y ¿cómo fue ese sexo que llamas «no duro» si no fue duro?

Suave.

Ambos se encontraban en un desierto que era demasiado salvaje para mí. Vivían con osos, eran osos, sus palabras pasaban volando como si fuesen dientes mortíferos de animales. Deseé haberme enterado de segunda o de tercera mano de aquella pelea: «Tuvimos una pelea terrible.» «Me he enterado de que tuvieron una pelea terrible.» «Yo tenía una conocida que conocía a una pareja que, allá a principios de siglo, tuvo una pelea terrible, es posible que se pelearan con frecuencia, esa conocida mía no lo sabe con seguridad, porque se ha dado cuenta ahora de que en realidad no conocía a la pareja, considerando el hecho de que tenía intenciones solapadas con respecto al hombre de aquella pareja, unas intenciones que son ya una historia más antigua que aquella antigua, histórica y terrible pelea.»

Tom empezó a gritar, y me pregunté si el cerebro blando del bebé estaría transformándose en respuesta a aquel estímulo violento. Traté de racionalizar el ruido para proteger la psique del bebé. Susurré: ¿No es interesante oír gritar a un hombre? ¿No pone eso en duda nuestros estereotipos de lo que pueden hacer los hombres? Y después lo intenté con: Chisttttttttt.

El bebé me buscaba el pezón. Le metí el dedo en la boca. Mientras dormía entre mis brazos, me di cuenta de que sólo podía pensar en las cosas a una escala cosmológica. Pensé en la bola redonda del sol, en la cadena alimenticia y en el tiempo en sí, que me parecía milagroso y conmovedor. Enroqué todo mi cuerpo alrededor de la cría. Tom y Sarah sonaban como un tráfico lejano en comparación con mi primitivo florecimiento, la expansión casi dolorosa de mi corazón para acoger a la descendiente de ambos. Examiné cada uno de sus dedos a escala reducida, escruté sus ojos cerrados, con aquellas pestañas majestuosas, y algo que estaba en proceso de convertirse en una bonita nariz. Pero no podía recordar su nombre. Le miré la cara. ¿Lilya? No, era algo menos inocente, mucho más ingenioso. Me fijé en un conejito de peluche y en una fila de payasos acrobáticos de madera que había encima de una repisa. ¿Lana? No. La figura de cada uno de aquellos payasos estaba inclinada y curvada y, poco a poco, lo vi con claridad: no sólo eran acrobáticos, sino también alfabéticos, y se retorcían para escribir letra por letra el nombre de Lyon.

A lo largo de la historia, ha habido mujeres que lograron hacerse con niños de forma natural, gradualmente, sin los trámites de la concepción ni de la adopción. Yo lo veía clarísimo, pero a mis novios les creaba una situación confusa.

¿No vimos a Lyon hace poco?

No la vemos desde que aprendió a nadar con los manguitos.

Pero, ¿puede llamársele a eso realmente nadar?

Venga ya, sabes el miedo que le tiene al agua. Para ella es un paso enorme e inmensamente importante.

¿Qué tal si lo dejamos en algo «importante» y nos guardamos para nosotros lo de «enorme e inmensamente importante»? ¿Podemos hacerlo? ¿Podemos guardar eso para algo enorme e inmenso que nos ocurra?

¿Como qué?

No sé, como un inmenso y enorme... sentimiento entre nosotros.

Uf, eso suena a algo que está a punto de convertirse en una conversación muy larga. Mira, no tienes por qué ir. Acércame allí y luego me recoges a las cuatro.

Ella se me acerca corriendo, cubierta de cientos de gotitas de agua, con un bañador de flores rosas y amarillas, el sol pegándole en los ojos, la boca roja abierta en un grito, chocando, humedecida, contra mis piernas, y con tantas cosas que contarme.

*Me metí antes pero aquello estaba sujeto al borde y entonces hoy por la mañana volví a meterme, agarrándome al borde, pero ¡me solté! ¡Me solté! ¡Y no tocaba el fondo! ¡Estuve así durante nueve segundos! Creo que puedo estar más tiempo, pero tuve que descansar y me senté en la toalla porque estaba muy cansada y papi me dijo que ibas a venir, de modo que esperé, he estado esperando durante casi un millón de años, ¿podemos meternos ahora? ¿Has visto mi toalla? Mira, tiene una fotografía de una adolescente en bikini y con un perrito, no la pises, la has arrugado, ¿puedes ponerla bien, por favor? Vale. ¿Podemos meternos ahora? ¿Puedes sujetarme al principio?*

Nos deslizábamos por el centro de la piscina. Ella me rodeaba la cintura con las piernas. Con un brazo chapoteaba, el otro lo tenía alrededor de mi cuello. Éramos dos figuras pesadas y torpes, pero a la vez ingravidas y elegantes. En la parte más honda, se agarró a mí y lanzó un gritito. En la parte poco profunda, se soltó, asombrada de su hazaña. Cada dos por tres,

se palpaba los manguitos, presionándolos para asegurarse de que estaban bien inflados.

Creo que éste se ha desinflado.

No, está bien.

¿Puedes inflarlo un poco más?

No quiero reventarlo.

Tócalo tú, por favor.

Está bien, ¿lo ves? Está igual que el otro.

Tocó el otro, me miró muy seria, puso los ojos como platos y se dedicó a saltar en el agua, gritando, salpicando, sin miedo. Sarah levantó los ojos de la revista y los bajó enseguida. Tom miró al otro lado del patio y nuestros ojos se encontraron. Durante una fracción de segundo, recordé una fiesta, y mi borracha cara de diecinueve años reclinada contra su pecho, y sus labios sobre mi cabeza, murmurando: Ojalá pudiera, ya lo sabes. Me parecía imposible que aquel hombre me hubiese atraído tantísimo. Ahora era el padre de Lyon, y ella poseía la audacia, el cariño y el terrible encanto que una vez creí que encontraría en su padre. Lyon sumergió la cabeza en el agua y dejó un brazo fuera. Su puño liberaba un dedo puntiagudo por cada segundo que resistía bajo el agua. Uno, dos, tres, cuatro, cinco -y sacó el otro brazo-, seis, siete, ocho, nueve, diez. Sus brazos inmóviles en el aire, y todos sus dedos indicando un número. Su cara, cubierta con el pelo mojado y manchada de mocos, surgió de las profundidades. Jadeante y furiosa, se sacudió las manos agarrotadas frente a mí.

¡Me han faltado dedos! ¡He aguantado más de diez segundos! ¡Tú has visto que he estado más tiempo! ¿Lo has contado?

Creo que han sido trece.

¡Creo que han tenido que ser por lo menos veintisiete!

¿Quieres aprender a contar más de diez? Lo único que tienes que hacer es volver a empezar con la primera mano.

No.

Te acuerdas de diez y empiezas once con la primera mano.

He dicho que no. No quiero aprender.

Pero entonces, ¿cómo vas a aprender los otros números?

Cuando pase de diez, los cuentas tú.

Vale, pero ¿qué pasa si yo no estoy?

Al decir esto, se rió. Salió de la piscina de un salto y corrió hacia su madre, que estaba en la tumbona. Soltó un grito, imitando una carcajada de



borracha, y se abalanzó sobre Sarán.

¿Qué es tan gracioso?

Deb.

Es graciosa, ¿verdad? Una diablilla muy graciosa.

Los viernes por la noche se convirtieron en la noche de nuestra cita, ya que era el día en que Sarah y Tom salían y Lyon dormía en mi casa. Pero, ya que lo normal era que se quedasen en casa y se pelearan, Lyon y ya íbamos cada vez más a menudo a cenar por ahí y a ver una película, de modo que la noche de nuestra cita se convirtió en Nuestra Noche de Diversión Infinita. No hay que menospreciar la alegría que pueden darse mutuamente una niña de ocho años y una cuarentona en puertas. Por lo general, empezábamos en Miso Happy, nuestro restaurante japonés preferido. Nos parecía que tenía un nombre horroroso, pero nos gustaban los tallarines que hacían allí. Hablábamos de casi todo, incluyendo -aunque no nos reducíamos sólo a eso-: ¿Debería teñirme las canas? ¿Podría teñirlas una por una? ¿Podría pagar a un ratón para que se subiese a mi cabeza con un diminuto pincel para teñirlas una por una? Y ¿por qué Tom y Sarah tenían que pelearse tanto? ¿Tenía la culpa Lyon? No, claro que no. ¿Podría ella conseguir que dejasen de pelearse? De nuevo, no. También: ¿Le comprarían un juego de bolígrafos de veinticuatro colores y, si así lo hacían, se encelaría Claire, su mejor amiga, cuando Lyon lo llevase a la escuela? Nuestras conjeturas eran muchas. Y ¿por qué el último novio de Deb la había plantado?

Lo planté yo a él.

Quizá no le dabas demasiados besos con lengua. Te juro que no fue ése el motivo, Dime cuántos besos le dabas al día y yo te diré si eran suficientes.

Cuatrocientos besos. No eran suficientes.

Si ponían por televisión una película apta para niños, la veíamos después de cenar, pero, por lo general, íbamos a esos cines baratos donde sólo proyectan reposiciones y veíamos cosas como *Los vividores*, *Bonnie and Clyde* o *Shampoo*. Éramos grandes fans de Warren Beatty. Al principio, me preocupaban las escenas de sexo y de violencia, pero Lyon llegó a la conclusión de que, siempre que la película estuviese rodada antes de 1986,

podía verla. Así como con *Rojos* no pasó nada, *Ishtar* hirió su sensibilidad. Después de ver la película, volvíamos a casa y nos metíamos en la bañera, también conocida como La Salón Patee. Hacíamos pociones combinando distintos champús y las probábamos para comprobar su olor, la espuma que hacía y sus propiedades embellecedoras. Ambas inspeccionábamos el cuerpo de Lyon en busca de alguna señal de pubertad, pero aquella señal nunca apareció. (Bueno, sí, apareció, pero años después del cierre de La Salón Patee.) Dormíamos juntas en mi gigantesca cama, que era igual de ancha que de larga. Daba lo mismo dormir en una dirección o en otra y Lyon elegía la posición después de rodar por ella: ¡Esta noche vamoos a dormirrrrrr... de esta manera!, y se tiraba a los pies de la cama. Se quedaba quieta, guardando el sitio, mientras yo cambiaba las almohadas y las colocaba en nuestro nuevo norte. Leíamos extractos de un libro titulado *El arte de contar cuentos a los niños*. A Lyon le aburrían los prosaicos «Billy Beg y su pelota» y «El zorro y el buey», pero le encantaba oírme leer el capítulo titulado «El humor del cuentista. Principios básicos de método, actitud y voz, desde un punto de vista psicológico». Después nos disponíamos a dormir. Al principio nos hacíamos carantoñas, pero después nos dábamos la espalda, ya que Lyon irradiaba un calor incómodo.

Cuando tenía nueve años, pasaba en mi casa tres o cuatro días a la semana. La mayoría de las veces, Sarah y Tom dormían en casa de otra gente. Tom me sugería, en situaciones de euforia maníaca, que conociese a su novia de turno.

Es porque es guapísima y creo que me lo agradecerás.

Bueno, gracias, pero dejémoslo así.

Ah, ¿estás celosa?

No.

Cuando eras más joven te habrías puesto celosa.

Quizá.

Sarah seguro que lo está. Por lo menos mira su fotografía.

No.

¿Qué opinas de ella? ¿No es perfecta?

Sí que lo es.

¿Quieres quedarte con la fotografía?

¿Qué haría con ella?

No sé, podrías ponerla en el frigorífico.

No me gustaría que Lyon la viera.

Ya la conoce.

Cuando Lyon tenía diez años, entró en una fase espiritual. Ninguno de nosotros tres era religioso, de modo que bebió de muchas fuentes. Lo llamaba las Pléyades: una mezcla, siempre en continua evolución, de mitología, de Ana Frank y de las opiniones recogidas de su amiga Claire, que iba a catequesis los domingos y llevaba colgado un crucifijo. Añadía y restaba rituales según las necesidades. Algunos días eran los Días de la Oscuridad, y me pedía que me cubriese la cara con un velo o que no me acercase a ella. El día del cumpleaños de la señorita Frank llorábamos, y a quienes no podíamos llorar espontáneamente nos daba la opción de susurrar ante la última página del libro -esa página escrita justo antes de que la familia fuese descubierta por las SS- todas las cosas malas que habíamos hecho a lo largo de nuestra vida. Gran parte del poder de las Pléyades se basaba en su capacidad de invocar la culpa. Lyon llevaba mi colgante de plata de la diosa Gea, un colgante que tenía un simbolismo vaginal que ella desconocía, y fingía que odiaba llevarlo. Cuando Claire armó un gran follón por tener que llevar colgada su vieja y estúpida cruz, Lyon le dijo: Cuéntamelo a mí, mis padres me obligan a llevar esto.

¿Qué es eso?

Es por nuestra religión.

¿Eres judía?

No, es algo más complicado. Déjame enseñarte algo, quítate la blusa.

¿Qué vas a hacer?

Tocarte la espalda con mi colgante.

Ah, eso. Eso no es religioso. Mi madre lo hace con las uñas, lo llamamos «espaldear».

¿Espaldear?

Sí.

¿Te tócala espalda de esa manera?

Sí.

Sin ánimo de ofender, pero tu madre podría ser una perversa.

No lo es.

Ahora al espaldear lo llamamos estimulación, y sirve para animarte.

¿Para animarte a qué?

A quitarme de encima las preocupaciones.

Aquella noche, en la cama, Lyon me dio el colgante de la diosa Gea. El espaldear no era algo que tuviese mucho que ver de manera directa con las

Pléyades, pero seguí practicándolo religiosamente durante meses, cambiando de mano el colgante cuando me cansaba.

Las Pléyades tenían una gran capacidad de pervivencia. A los doce años, Lyon seguía creyendo en ellas. Había renegado del colgante y de los rituales más corrientes para sustituirlos por una serie de prácticas místicas, igual que hacen a veces los judíos con la cábala. Una noche desgarró con mucho cuidado tres sábanas de flores en tiras anchas y me pidió que la envolviera como una momia para celebrar el Día del Hurra, que era algo así como la Navidad pléyade.

Apriétalo más.

Creo que no se puede apretar más.

Vale. Gracias.

Se tumbó en la cama, sin brazos e inerte, mirando al techo.

¿Qué pasará si te entran ganas de ir al baño?

Me lo haré aquí.

Vale.

De acuerdo. Buenas noches, Deb.

Buenas noches. Feliz Día del Hurra. ¡Hurra!

Hurra.

En mitad de la noche, como era de esperar, me despertaron sus gritos. Dios mío, qué coñazo. Desenrollé las tiras empapadas de pis mientras ella sollozaba hasta el punto de ponerse a toser.

Creí que me moría.

No debí haberte dejado quedo hicieras.

¡No digas eso!

Pero mírate, cariño, estás helada, alterada y llorando.

¡La ceremonia es así! ¡Es la parte final de la ceremonia!

Vale, bien. Estupendo. Hurra.

¡Hurra! ¡Estoy muy bien!

En el otoño de 2001, conocí a un hombre que se llamaba Ed Borger. En realidad, lo conocimos todos. Los cuatro nos reuníamos con Ed Borger una vez a la semana: era nuestro consejero familiar. Ése fue el año en que Lyon tuvo un episodio alérgico agudo, un año lleno de ira que pasó enteramente bajo mis cuidados. La terapia fue idea de Tom. Creo que esperaba que un profesional independiente acabase desconcertado ante

nuestros desbarajustes y le echara la culpa de todo a Sarah, la madre. Pero Ed no se pasmó por nada. De hecho, sugirió que aquella dinámica nuestra nos había venido muy bien a todos. Hubo algo en la manera en que dijo aquello que me hizo pensar que la dinámica seguía en movimiento, quizá barrió abajo, donde les sería de utilidad a otras familias confundidas. Y nosotros nos quedaríamos con menos dinámica, cuatro personas solas con todos los sentimientos equivocados que nos profesábamos mutuamente.

A Lyon y a mí las primeras sesiones nos resultaron conocidas. Nos dedicábamos a observar, mientras Tom y Sarah se mataban con saña, resucitaban para amarse y terminaban aburriéndose. Lyon giraba los ojos hacia mí e incluso me decía moviendo los labios: Después vamos a comer yogur helado, ¿vale?, y yo no le hacía caso para no molestar a Ed Berger. En mi modesta opinión, Ed era un hombre maravilloso. Yo pagaba la tercera parte de los ciento cincuenta dólares que cobraba y quería que me transformase. A veces, nos animaba a que Lyon y yo hablásemos más. Lyon soltaba un discurso maravillosamente egocéntrico en el que enumeraba sus necesidades emocionales.

Necesito paz y tranquilidad y que no haya más peleas cuando hago los deberes y cuando duermo. Necesito una mochila negra de la marca JanSport...

Cariño, ésa no es una necesidad muy emocional que se diga.

Necesito que mamá cierre la boca y que me deje terminar mi lista de necesidades porque quién es ella para decir si es o no una necesidad emocional. Necesito quedarme en casa de Deb cuando me apetezca.

En este punto, Ed la acosó con delicadeza.

¿Prefieres vivir en casa de Deborah?

Sí, pero a mamá no le gusta.

(La madre abre la boca y enseguida la cierra.)

¿Por qué crees que no le gusta?

Ya sabes, por lo de Deb y mi padre.

(Mi mano izquierda aprieta la derecha; Tom mira al suelo.)

¿Qué pasa con Deb y tu padre?

Ya lo sabes.

No, no lo sé. ¿Te sientes bien diciendo lo que piensas?

Antes estaban casados. Ésa es la razón por la que Deb es como mi otra madre.

(Tom reprime un grito, Sarah se ríe, yo hablo.)

Nunca hemos estado casados. ¡Sólo somos amigos! Siempre hemos sido amigos.

Ah. Pero, ¿qué pasa...?

¿Qué?

Pues, no sé. Creía que... No sé. En fin, gracias por decirlo, os lo agradezco. Ahora me siento como una boba.

Y todos nos apresuramos a decirle a la niña que no era una boba, que era todo lo contrario, que era una niña perspicaz y sensible y que, a veces, daba incluso la impresión de ser clarividente. ¿Quizá recordaba algo de una vida pasada? Todos nos reímos. ¡Quizá sabía algo que nosotros ignorábamos! ¡Quizá fuese ésa la razón por la que éramos tan buenos amigos en esta vida! Ed Borger nos observaba con una amabilidad distante, y estaba claro que no se tragaba nada, pero tampoco juzgaba. Tan sólo observaba cómo la dinámica nos proporcionaba otro asalto, sólo un asalto más, por favor.

Tenía el síndrome premenstrual el día en que Ed Borger me obligó por fin a hablar. Pero no dije nada. En lugar de eso, lloré en diferentes tonos y velocidades, valiéndome de mi lamento para evidenciar una infelicidad devastadora que nos cogió a todos por sorpresa. Después de la sesión, mis tres amigos me abrazaron y, dentro de aquel enredo, me sentí segura. Lyon me cogió la mano y Tom me preguntó si quería hablar de mis sentimientos. Le miré a él y a su niña y, por un instante, vi el hechizo que me rodeaba, igual que se ve la hebra de una araña brillando al trasluz. Un hechizo arrojado sobre mí hacía mucho, en un tiempo en que yo ansiaba ser atrapada, y que ahora abarcaba generaciones. Sarah me acarició la espalda con una mano fría, la visión desapareció y estuve segura de que no tenía nada que decir.

Habíamos visto a Ed durante todo un mes, casi cinco sesiones, y todos notábamos que nos había ayudado mucho y que ya estábamos preparados para dar por concluida la terapia familiar. Alguno de nosotros (Sarah) había estado preparado para darla por concluida incluso antes de empezar, pero en aquel momento había consenso. El episodio alérgico agudo de Lyon desapareció.

Al principio, cuando los ojos y la piel de Lyon se enrojecían y se inflamaban, Sarah tenía tendencia a decir cosas de este estilo: ¿Es ésa la manera que tienes de llamar la atención? ¿Alergia? ¿Eso es lo único que se te ocurre? Ed le enseñó a decir a Lyon: Mami, necesito que me cuides, y a

Sarah le enseñó a contestar sin dar gritos. Habían practicado la técnica en mi sala de estar. Lyon decía su frase a la perfección) y Sarah llegó a dominar el tono delicado, aunque se desviaba algo de ese tono cuando susurraba: Dime cómo puedo ayudar a mi pequeña, a mi pequeña gran niña. ¿De verdad quieres que hable así? ¿No hace que te sientas como un bebé?

Es posible que el exasperado cuerpo preadolescente de Lyon se reemplazase a sí mismo en defensa propia por un cuerpo de mujer antiexasperado, y bastante espectacular, durante el verano que siguió a su primer año en el instituto. Me pareció que aquella respuesta elegantemente exuberante que dio a la pregunta de su madre resultaba estupenda, genial. Yo misma no lo hubiera hecho mejor.

Ed también nos había sugerido que nos esforzáramos de nuevo en compartir la custodia. De modo que Lyon, a regañadientes, empezó a dormir en su casa dos noches a la semana. Aquellas noches no sabía qué hacer conmigo misma. No estaba acostumbrada a dormir sola, aunque hacía mucho tiempo que había dejado de tener ligues. Por lo general, la primera noche la pasaba limpiando, pero la segunda me sentía preocupada y confusa. Después de pasado un tiempo, aprendí a limpiar más despacio y ampliaba el tiempo de limpieza a dos noches considerablemente agradables, que eran siempre interrumpidas por una llamada de Lyon.

Mamá ha salido con Juan y papá está hablando por el móvil en el garaje.

¿Qué vas a hacer?

No lo sé. Quizá llame a Kevin y le pida que venga y me dé un lengüetazo.

Lyon.

¿Qué? Hablé con él hoy.

No, no lo has hecho.

Sí, en clase.

¿Qué pasó?

Me dijo...

¿Tomó él la iniciativa? Eso está bien.

Lo sé.

Vale, sigue.

Me dijo: Me apuesto a que ya te has leído el libro entero...

¿El de Willa Cather? ¿*Mi Antonia*?

Sí. Y yo le dije: No, ni siquiera he terminado las páginas que tendría que haber leído anoche. Y eso fue todo.

Está bien. Piensa que eres lista.

Lo sé. Ahora voy a masturbarme pensando en él.

Vale, hazlo.

¡Estoy bromeando! Vamos, que te crees que te lo iba a decir si fuera a hacerlo.

Cuando me encontré con Ed Borger en Trader Joe's, Lyon vivía en mi casa sólo la mitad de la semana. Ed y yo estuvimos hablando de eso mientras sosteníamos unas bolsas de pan de molde. Consideró que era un gran avance. Le dije que todo se lo debíamos a él. Me dijo que su pan siempre se ponía mohoso antes de terminar la bolsa. Le dije que debería congelarlo para evitar ese problema. Me dijo: ¿No le alterará el sabor? Le dije: No si lo tuestas. Me dijo: ¿Se puede tostar congelado? Y yo le dije: Claro que sí.

Metimos las bolsas en nuestros respectivos coches y llegamos a la conclusión de que disponíamos de unos cuarenta minutos antes de que nuestros productos perecederos perecieran, tiempo de sobra para tomar una taza de té.

Cuando hacíamos la terapia familiar, solía soñar despierta: qué pasaría si Ed quisiese sólo oír lo que pensaba yo, qué pasaría si impidiese al resto de la familia estar presente, qué pasaría si yo pudiese hablar y hablar y hablar, y qué pasaría si, cuando dejase de hacerlo, Ed me dijera que yo era genial y que el resto era un grupo de lunáticos, y qué pasaría entonces si Ed me dijese que siempre se había sentido atraído por mí, y qué pasaría si me desnudara y yo lo desnudara y pasásemos más o menos el resto de nuestra vida juntos. Admito que esos pensamientos me rondaban por la cabeza mientras tomábamos el té. Pero sobre todo hablamos de Lyon.

Creo que algún día se convertirá en una mujer estupenda.

¡Ya casi lo es! Ha crecido muchísimo desde la última vez que la viste.

¿Está más alta?

Sí. Y más desarrollada.

Desarrollada.

Sí. Y parece que el desarrollo le ha calmado la alergia. ¿Crees que es posible, médicamente hablando?



Bueno, cualquier cosa es posible médicamente hablando.

Yo tengo la misma sensación.

¿Qué quieres decir?

Que cualquier cosa es posible.

Bueno, no todo. Los cerdos no pueden volar.

Sí, pero por alguna razón, sentada aquí contigo, me parece como que pueden.

¿Que pueden qué?

Volar.

Ah.

Lo siento, ¿estoy diciendo tonterías?

No, no, claro que no.

Ed Borger colocó su yogur en mi frigorífico y me pidió que le recordase que lo cogiera antes de marcharse. Lyon estaba en casa de sus padres, pero había ropa suya desperdigada encima de mi cama. La recogí y la guardé en un cajón. Apagué la luz y no nos desnudamos el uno al otro, sino que cada cual se quitó su ropa. Antes de hacer nada, Ed me preguntó si le daba permiso para llorar, y yo le dije: Permiso concedido. Acomodó su cara entre mis pechos y empezó a gemir. Cuando acabó, me di cuenta de que no tenía la cara húmeda.

Es porque lloro lágrimas secas.

Ah. ¿Existe ese término? ¿Lágrimas secas?

Bueno, tengo la teoría de que los hombres, en realidad, no lloran menos que las mujeres, sino que lo hacen de distinta manera. Ya que nunca vimos a nuestro padre llorar, cada hombre se ve forzado a inventar su método propio.

Mi padre lloraba.

¿De verdad? ¿Con lágrimas?

Sí, siempre.

¿Es posible que tu abuelo llorara y que de esa manera enseñase a llorar a tu padre?

Bueno, tal vez, pero también lloraba porque mi madre tenía un lío que le duró dieciséis años.

Fui al cuarto de baño y me lavé la vagina para prepararme. Me detuve en el corredor antes de volver al dormitorio. Pude verlo arrodillado en mi enorme cama cuadrada, mirando con fiereza y fijeza la lámpara. Estaba llevando su pene a una posición erecta estrangulándolo con ambas manos.

Me vino a la cabeza la imagen de Ed, sentado en su consulta, observando, asintiendo con la cabeza y esforzándose en esbozar una risita. Allí, en la oscuridad del pasillo, decidí que quería eso. Seré tu mujer si quieres ser mi hombre para siempre, Ed Borger. De repente, detuvo su furioso movimiento manual y dirigió la cabeza hacia mí, hacia la oscuridad. Como si me hubiese oído, como si respondiera a mi promesa. Le saludé con la mano. Pero no me miraba, miraba algo que había detrás de mí. Antes de darme la vuelta, supe que se trataba de Lyon.

En aquel momento, se produjeron cuatro horribles acciones interrelacionadas. La quinta fue llevarla en coche a casa de sus padres. Lyon se negó a sentarse a mi lado, en el asiento del copiloto.

¿Por qué tengo que hacerlo?

Porque cuando te sientas ahí detrás me siento como si fuera un chófer.

Es que eres un chófer.

Lyon.

¿Qué? ¿No eres básicamente un chófer niñera? ¿No te pagan mis padres para eso?

Sabes que no me pagan nada.

Bueno, ése es tu problema, no el mío.

Lyon, somos una familia.

No, en realidad, tú no eres pariente nuestro, tú sólo eres una persona que nos ayudaba igual que nos ayudaba Ed. Es perfecto que vosotros dos folléis. Todos los ayudantes contratados deberían follarse los unos a los otros. Estoy a favor de eso. Todos nosotros estamos a favor de eso.

Por favor, no se lo digas a Tom ni a Sarah.

Eso es de cajón.

¿Es de cajón que se lo dirás o que no se lo dirás?

Sencillamente es de cajón.

Pero no se lo dijo. Tampoco volvió a quedarse por las noches en mi casa. Me trataba como si fuera una amiga de sus padres, y pasaba a toda prisa por delante de los tres en compañía de su novio, mientras se despedía de nosotros con la mano, gritando un Adiós, tíos. Aquel cambio fue enterrado junto a todos los demás cambios: el aprender a conducir, el perpetuo sarcasmo, el feminismo. Tom y Sarah me aseguraron que a ellos también los ignoraba, que los tres estábamos en el mismo barco, el mismo en que nos habíamos subido. Pero yo sabía lo que pasaba. Me culpé a mí misma por esa cosa que llaman individualismo. Todo tenía su origen en un

único momento. La culpabilidad estaba machacándome. Eso sí hubiera estado dispuesta a hablarlo con algún terapeuta. Enseguida pensé en llamar a Ed, como profesional. Pero, ¿sería Ed una persona independiente y objetiva? No lo sería. Cuanto más pensaba en esa no-objetividad, más ganas me entraban de llamarle.

Consulta del doctor Borger.

Hola, Ed, soy Deb.

Deb. Hola.

Hace tiempo que no hablamos.

¿Qué es lo que te preocupa?

Bueno, no volviste a llamarme después de aquel día.

No creí que fuera oportuno seguir con la relación después de lo que pasó.

Lyon no ha vuelto a dormir en mi casa, de modo que no puede hacerse la tonta con respecto a lo que vio aquí.

¿La echas de menos?

Sí, desde luego.

Entonces esta llamada no tiene nada que ver conmigo, ¿no es así?

Bueno, en cierto sentido sí. Tú estabas implicado.

¿Deb?

¿Sí?

Siento tener que hacer esto, pero será mejor que te llame cuando no esté en la consulta. ¿Quieres que vuelva a llamarte?

¿Quieres hacerlo?

Si quieres que lo haga, lo haré.

Pero si te digo que no quiero que me llames, ¿te quedarás tan pancho y no me llamarás?

Creo que es mejor que lo dejemos correr.

De manera poco elegante y sin mi consentimiento, el tiempo pasó. Mi amistad con Tom y Sarah se convirtió en algo basado en encuentros puntuales. Me invitaron a la ceremonia de entrega del título de bachiller a Lyon, al cumpleaños de Tom, a la cena de Acción de Gracias y a la de Navidad. Lyon no volvió a casa durante las vacaciones de Navidad, pero nos envió a los tres, desde Okanagan, una sudadera con el escudo de la Universidad de British Columbia. Se fue más rápido y más lejos de lo que yo había imaginado que fuese posible. ¿Quién se va a una universidad de Canadá? Bajo coacción monetaria, volvió durante las vacaciones de verano,

vivió en su casa y consiguió un trabajo en un mercado de productos agrícolas orgánicos que era dirigido y explotado por una cooperativa de lesbianas. Yo compraba allí más de lo que necesitaba, pero nunca le pregunté si me echaba de menos ni intenté que volviésemos a estar juntas. Me limitaba a mantener una conversación liviana con ella.

Qué ilusión me hace ver que hayas traído albérchigos.

No me lo agradezcas a mí. No son mis albérchigos.

Bueno, técnicamente lo son. ¿No es esto una cooperativa?

Sí, pero hay que trabajar más de un verano y comerle el cono o lo que sea a la directora. ¿Quieres una bolsa?

Me asocié a PALG (las siglas de Padres y Amigos de Lesbianas y Gays). Compraba libros escritos por y para lesbianas y para sus sorprendidos y solidarios padres. Cuando regresó a la universidad, me la imaginaba sentada en su dormitorio, rodeando con su brazo la cintura de una jovencita, quizá de una jovencita marimacho. Había leído sobre la dinámica de las relaciones entre una marimacho y una fémina, y estaba segura de que era Lyon quien asumía el rol de mujer. Me preguntaba si Tom y Sarah conocían las preferencias de Lyon. Llegué a la conclusión de que no tenían ni idea, porque continuaban demasiado ocupados con ellos mismos. Es posible que tuviesen menos escarceos amorosos, pero una especie de amargura había reemplazado a su manía. En aquella época, el pasado parecía algo casi alegre. En diciembre, Tom me llamó para invitarme a la cena de Navidad.

Va a venir Lyon.

Oh, cojonudo.

Y tiene un novio nuevo. Vas a flipar cuando lo veas.

Me di de baja en PALG. Los días que siguieron los pasé en un estado de asombro lacrimógeno. No sabía nada de ella. Todo había terminado entre nosotras, yo no era su madre de verdad y tenía casi cincuenta años. No me sentía nada bien con todo eso y no había nada que hacer. De alguna manera, el hecho de renunciar a mi convicción de su lesbianismo, a su presunta novia marimacho y a mi necesidad de tolerancia era peor que haber perdido a la propia Lyon unos años atrás. O lo más probable era que aún me afectase la vieja pérdida, sólo que de una manera distinta.

Llegué tarde. Lyon aún no había llegado. Tom y Sarah dijeron que se dejaría caer a los postres. Conversé con sus otros amigos. A algunos de ellos los conocía de nuestros tiempos universitarios. Me asombré de lo poco

que conocían a Lyon. Uno de ellos creía que aún estaba en el instituto. Justo cuando nos sentamos a cenar, sonó el timbre de la puerta. Alguien con un plumífero entró dando un traspiés y quitándose la bufanda: era Ed Borger. Saludó con la mano y dijo: Hola, ¿qué hay? Después dijo: Ahora viene Lyon, está hablando por teléfono.

Aquellas palabras se me escaparon porque estaba ocupada en observar la camisa de Ed. Era un modelo peculiar de camisa moderna, la réplica de una camisa que había estado de moda en los años sesenta, aunque modificada para que resultase atractiva para la gente que no podía recordar los sesenta. Ahí residía el problema, porque Ed *podía recordar* los sesenta, recordar al adolescente que fue en los sesenta, y lo lógico era que evitase ponerse una camisa de ese tipo porque a él no le parecería retro, sino que le traería recuerdos de una época previa a su acomodación en la sociedad. De modo que aquella camisa se la tenía que haber comprado otra persona, alguien que no podía recordar los sesenta. Mis pensamientos se vieron interrumpidos por la entrada de Lyon, que acariciaba la espalda de Ed mientras nos decía hola a todos. Tom le sirvió una copa de vino a Ed.

¿Cómo va el asunto del asesoramiento familiar?

No puedo quejarme, Tom.

Comimos en silencio, tanto los que conocíamos a Ed como los que sólo sospechaban que allí pasaba algo raro.

Me imagino que dices la verdad. No *puedes* quejarte de nada, ¿verdad?

Nos comimos el guiso de batata, las patatas gratinadas y el jamón al horno.

¿Qué dices, Tom?

Ed cubrió con su mano la de Lyon. Nuestras miradas pasaron de Ed a Tom. Tom miró a Lyon. Todos hicimos lo mismo. Ella le clavó los ojos a Sarah, que levantó la vista del plato y miró a su hija, que, como si tal cosa, se liberó de la mano de Ed y me pasó la bandeja de las patatas, aunque yo no se la había pedido. Agarré la bandeja, pero ella no la soltó, y nos quedamos sosteniéndola durante unos segundos, aquella bandeja inmóvil sobre la mesa de comedor de sus padres. Mis ojos se aventuraron a desviar la mirada de la bandeja hacia la pechera de su blusa y hacia sus ojos. ¿Qué temía encontrar allí? ¿Maldad y regocijo? ¿Astucia? ¿Vergüenza? En sus ojos resplandecía aquel antiguo amor, el amor más importante de toda mi vida. Tenían una mirada de triunfo.

# Agradecimientos

Me gustaría agradecer a las siguientes personas la ayuda prestada en la elaboración de este libro: Fiona Maazel, Rick Moody, Nan Graham, Sarah Chalfant y Mike Mills.

*Fin*

## Reseña bibliográfica



### Miranda July

Nació en 1974 en Berkeley, California. Es directora de cine, escritora y artista de performances. Su obra se ha presentado en lugares como The Kitchen, el museo Guggenheim o el MoMA y en dos bienales de Whitney. Escribió, dirigió y protagonizó su primer largometraje, *Tú, yo y todos los demás*, que recibió un premio especial del jurado en el Festival de Cine de Sundance y la Cámara d'Or en el Festival de Cannes. En estos momentos está rodando su segunda película, *Satisfaction*.

Sus relatos han sido publicados en The Paris Review, Harper's, Zoetrope y The New Yorker. *Nadie es más de aquí que tú* (Seix Barral, 2009) está en proceso de publicación en diecisiete países, donde está recibiendo una gran acogida por parte de la crítica y los lectores.

Este archivo fue creado  
con BookDesigner  
bookdesigner@the-ebook.org  
18 de diciembre de 2010

---

**notes**

[1] En español en el original. (*N. de la t.*)

[2] En español en el original. (*N. de la t.*)